



 Activar Windows
Ir a Configuración de PC para activar Windows.



CARLOS MIRANDA



 Activar Windows
Ir a Configuración de PC para activar Windows.

E-I.S.B.N.: 978-956-12-2637-1.
1ª edición: enero de 2014.

Dirección editorial: José Manuel Zalarnu.
Dirección de arte: Juan Manuel Neira.
Diseño de interior y de portada: Juan Manuel Neira.

© 2012 por Carlos Miranda Muñoz.
Inscripción Nº 221.139. Santiago de Chile.
© 2012 de la edición por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Derechos exclusivos de edición reservados
por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Editado por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Los Conquistadores 1700, Piso 10, Providencia.
Teléfono 28107400. Fax 28107455.
E-mail: zigzag@zigzag.cl / www.zigzag.cl
Santiago de Chile.

El presente libro no puede ser reproducido ni
en todo ni en parte, ni archivado ni transmitido
por ningún medio mecánico, ni electrónico, de grabación,
CD-Rom, fotocopia, microfilmación u otra
forma de reproducción, sin la autorización escrita de su editor.
La infracción se encuentra sancionada como delito contra
la propiedad intelectual por la ley Nº 17.366.

 Activar Windows
Ir a Configuración de PC para activar Windows.



ÍNDICE

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

EL CAMINO DE LOS HÉROES

- El retorno de los siete Todopoderosos
- El chamán de los hielos
- Recicladores profesionales
- La caverna del abismo
- El héroe del parkour
- Andrés y la revista
- La gran tormenta y las primeras señales

CAPÍTULO 2

LA BATALLA DEL BOSQUE NATIVO

- El despertar de los amaroks
- La peligrosa misión de Andrés
- El Hombre Pájaro y los Escaladores
- Dos niñas extraordinarias
- Monitos del monte
- Combinación de poderes

CAPÍTULO 3

EL VIAJE DE LAS SIETE PRUEBAS

- Primera prueba: La cámara magmática
- Segunda prueba: Un gigante muy especial
- Tercera prueba: La caverna pleistocénica
- Cuarta prueba: El vértigo
- Quinta prueba: El laberinto
- Sexta prueba: Las columnas del fin del mundo
- Séptima prueba: El mundo del silencio

CAPÍTULO 4

LA MUTACIÓN DE LOS TODOPODEROSOS

- La maligna mutación
- La Ciudad Subterránea
- Encuentro con los ancianos

CAPÍTULO 5

LA GRAN BATALLA DEL ÁRTICO

- Viaje por un paisaje desconocido
- Kullorsuaq y el Pulgar del Diablo
- Primeras incursiones
- Llamadas desesperadas
- Con más corazón que fuerzas



Activar Windows
Ir a Configuración de PC para activar Windows.

[El rescate](#)

[Adiós a los hielos](#)



Activar Windows

Ir a Configuración de PC para activar Windows.



*A Leila, mi musa eterna.
A Salvador y su descomunal fuerza interior.
A Vicente y sus ojitos multicolores y ...
por supuesto, a la Nanita de los cielos.*



 Activar Windows
Ir a Configuración de PC para activar Windows.

*Una sociedad se define
no solo por lo que crea,
sino por lo que decide
no destruir.*

Edward Osborne Wilson



Activar Windows
Ir a Configuración de PC para activar Windows.



PRÓLOGO

Hace muchos miles de años, antes de la creación de las antiguas civilizaciones, los habitantes de la Tierra vivían en perfecta armonía con la naturaleza. De pronto todo cambió...

Algunos seres humanos evolucionaron en forma paradójica. Comenzaron a utilizar la razón en lugar del instinto. Quisieron develar los misterios de su entorno, rompiendo con la dimensión mágica de muchos prodigios naturales. Sentaron su supremacía sobre los demás seres del planeta. Transformaron el espacio terrestre en propiedad y el tiempo en periodos. Sometieron a la naturaleza y la intervinieron hasta el extremo, ejerciendo sobre ella un dominio sin contrapeso. En fin, trajeron consigo el progreso, la esclavitud y la guerra.

Una alianza entre siete linajes de Todopoderosos gobernó por entonces, repartándose el planeta y sus riquezas. En poco tiempo coparon casi toda la superficie terrestre, construyendo colosales civilizaciones. Durante siglos

coexistieron en completa paz; sin embargo, en su afán por encontrar una fuente de energía que alimentase sus máquinas de dominio, tropezaron con un espeso y oscuro líquido negro, que emergía desde las entrañas de la tierra. El “aceite de roca”, como llamaron a este poderoso combustible, les confirió una hegemonía suprema sobre los demás hombres.

Desoyendo las profecías de sabios y hechiceros, que pregonaban que este líquido era la sangre del Señor del Abismo, un ser maligno confinado en el centro de la tierra desde el principio de los tiempos por la fuerza creadora del universo, decidieron extraerlo, a pesar de las voces que alertaban que esto podía acarrear el fin de aquella era.

El hidrocarburo corrompió las mentes de los Todopoderosos, quienes, cegados por la ambición, se enfrentaron en conflictos aterradores, que arrasaron con la cobertura de la Tierra. Máquinas de guerra, armas devastadoras, vomitaban fuego y sembraban destrucción. Los pozos del combustible fueron deliberadamente quemados, provocando el colapso de la atmósfera, al saturarla de gases contaminantes, que sobrecalentaron el planeta.

Sin embargo, algunas comunidades de hombres buenos, que representaban a la verdadera esencia del género humano, se aliaron para resistir a los ejércitos de los siete Todopoderosos. Para esto revivieron el Arkanus, una antigua leyenda nacida de las visiones mágicas de sabios de los primeros tiempos, leyenda que hablaba de la alianza entre hombres y fuerzas de la naturaleza; alianza que representaba un itinerario, un camino preciso de cómo derrotar al Señor del Abismo, que comenzaba a despertar en lo profundo.

Ante ello, los siete Todopoderosos volvieron a aliarse para enfrentar la rebelión y la esperanza instalada en el corazón de los oprimidos. Desesperados, al verse combatidos, buscaron con exasperación la fuente original de la energía, haciendo contacto con el oscuro ser cautivo.

En un mundo en tinieblas, colapsado de gases, el siniestro ser emergió arrasándolo

todo. Surgió del abismo, secundado por un terrible ejército de criaturas, que le obedecían ciegamente. Se vivificó de su sangre combustible y cobró un poder sin precedentes. Destruyó con extrema facilidad los exiguos ejércitos del bien y por un tiempo largo dominó la superficie, imponiendo su terrible poder.

Pero aún existía una esperanza: el Señor del Abismo podía ser derrotado si se lograba reunir a siete hombres virtuosos e íntegros, dotados de poderes extraordinarios, capaces de conectarse con las fuerzas de la naturaleza y desafiarlo. Entre los últimos y escasos sobrevivientes se buscó a aquellos que tuvieran este perfil. Muchos se ofrecieron como voluntarios; magos, príncipes, valientes guerreros perecieron invariablemente en sus intentos por derrotar al venido del abismo. Cuando todo parecía perdido, entre los ignorados, los despreciados, los considerados menos aptos para la empresa, surgió un grupo de hombres que sintió el llamado de una voz desconocida y que se atrevió a enfrentarlo.

Fue una batalla impresionante, que duró extensas jornadas. Ayudados por las fuerzas de la naturaleza, los siete héroes hicieron retroceder al engendro hasta el mismo foso del cual emergió, y en una última y conmovedora ofensiva, lo empujaron al vacío eterno, volviéndolo a enclaustrar en las insondables profundidades.

Gracias a ellos, el género humano tuvo una nueva oportunidad. Debieron pasar siglos para que la naturaleza pudiera recuperarse de su devastación. Solo pequeñas bandas lograron subsistir en un clima adverso y hostil. Otros grupos de hombres y de animales decidieron autoexiliarse, introduciéndose, a través de profundas cavernas, en el interior de la Tierra. De ellos nada se sabría durante mucho tiempo.

La historia de estos hechos fue olvidándose poco a poco, así como la leyenda del Arkanus, que desapareció de la memoria de los hombres.

Con el paso de los siglos, el deseo de dominio volvió a corromper a gran parte del género humano. Y la historia comenzó a repetirse.

La resurrección de esta historia es la que aquí relataremos. Una historia que da

cuenta de la aparición de nuevos siete héroes y de épicas batallas entre bestias despreciables y criaturas asombrosas; de la lucha entre el bien y el mal, nuevamente confrontados; de la armonía y el caos frente a frente. Una historia de redención y esperanza, para salvar a un planeta agonizante. Una historia contemporánea, porque está ocurriendo...

Pongan atención a los bosques oscuros e intocados; observen con detención las profundidades inexploradas del mar, los desiertos más tórridos y desolados, los vírgenes parajes de hielo y, sobre todo, no ignoren lo que está por estallar en lo más profundo de la Tierra.



CAPÍTULO 1

EL CAMINO DE LOS HÉROES

EL RETORNO DE LOS SIETE TODOPODEROSOS

Como un mosquito surcando el cielo y luego como un gran monstruo ruidoso, un helicóptero se posó sobre la ardiente losa del helipuerto, levantando una gran nube de polvo candente, incinerado por el calor del desierto. El estremecedor ruido que producía el aparato, silenció por un momento el traqueteo incesante de los pozos de petróleo, que perforaban la tierra con insistencia, buscando liberar el preciado líquido negro.

La puerta del helicóptero se abrió de golpe y apareció un hombre grueso, de rostro severo, perfectamente vestido de terno negro, corbata y un lustroso maletín, que

portaba con una firme cadena sujeta con esposas a su brazo. Unos formales agentes de seguridad lo esperaban provistos de radiotransmisores y gruesos lentes oscuros. De inmediato lo flanquearon por sus cuatro costados, para acompañarlo al lujoso recinto que se hallaba a muchos cientos de metros bajo aquel desolado páramo.

Aquel hombre era uno de los siete multimillonarios más poderosos de la Tierra, de aquellos que no figuran en ninguna revista ni estadística; uno de aquellos que, desde la oscuridad, manejan el poder económico del mundo e inventan guerras, que desatan de vez en cuando en algún país pobre, para incrementar sus fortunas; uno de aquellos que poquitos conocen, aunque, en definitiva, deciden los destinos del planeta y hasta son capaces de controlar la naturaleza, la que han intervenido hasta casi someterla.

El hombre, acompañado siempre de los atléticos agentes, miró el desierto y los pozos de petróleo con satisfacción y se internó en el edificio a paso seguro.

El pasillo, iluminado por un contaminante sistema termoeléctrico, conducía hasta un ascensor. Los agentes acompañaron al magnate hasta su puerta, provista de un moderno scanner de retina. El hombre acercó su ojo y la puerta se abrió. Rápidamente, el ascensor lo condujo hacia las entrañas de la Tierra, a un complejo ultra secreto.

Se trataba, sin duda, de una reunión sumamente importante, ya que aquellos siete hombres se congregaban solo para ocasiones especiales, y esta era una de ellas. El Proyecto Arkanus, iniciado hacía años, presentaba ahora importantes novedades y había que estar ahí para conocerlas. Por algo se habían invertido miles de millones en el proyecto, que buscaba secretamente la fuente fundamental de la energía, el origen del combustible fósil. Como todos los seres ambiciosos, nunca conformes, a pesar de ser los más ricos del planeta, los siete Todopoderosos se habían obsesionado por encontrar lo que, en definitiva, les conferiría el poder económico absoluto, aunque en parte ya lo detentaban.

Cuando el hombre grueso abrió la puerta del salón de reuniones, se encontró con

una amplia mesa larga, ante la cual estaban sentados, vestidos elegantemente, los otros seis Todopoderosos mundiales, que lo miraron sin saludarlo. El recién llegado enrojeció levemente, pues venía atrasado, y apenas tomó asiento, una gran pantalla se encendió frente a un extremo de la mesa.

La pantalla mostró a varios hombres dentro de una oscura caverna, iluminada solo por lámparas que salían de sus cascos. Uno de ellos habló por un transmisor:

—Estamos seguros de que hemos encontrado la fuente original —señaló, iluminando el entorno con su linterna y mostrando unos extraños signos en las paredes de la cueva—. Los signos son iguales a los del pergamino que poseemos —prosiguió—. Pero lo más insólito, en esta caverna que parece estar hecha de petróleo solidificado, es esta figura... —La lámpara del científico iluminó una forma que emergía desde la pared rocosa—. Es realmente asombroso que a esta profundidad exista esta especie de escultura. Bajo estas condiciones de presión y de temperatura es imposible que un ser humano haya podido llegar hasta aquí sin una tecnología como la nuestra.

La misteriosa forma era similar a un gran dedo meñique, pero con una deformación y horrible uña curva y puntiaguda. Los exploradores estaban definitivamente asustados, a la vez que excitados. El científico acercó a la figura un aparato similar a un reloj, cuya manecilla comenzó a girar locamente.

—Aquí la concentración de energía es impresionante, como podemos constatar —aseguró el experto—. Si esta no es la fuente original que mencionan los escritos, no me imagino cual pueda ser.

La transmisión comenzó a sufrir interferencias, posiblemente por el exceso de energía presente en el lugar, pero los siete Todopoderosos ya estaban satisfechos. En ese mismo lugar, a miles de metros bajo sus finos zapatos, parecía estar lo que tanto anhelaban. Claro que ni siquiera imaginaban que lo que habían hallado, el origen de su ambición ilimitada, era, al mismo tiempo, la raíz de su perdición.

EL CHAMÁN DE LOS HIELOS

En lo más profundo del helado desierto Ártico, un niño inuit¹ miraba el horizonte blanco y gélido, con la mirada que solo tienen los niños que han conocido desde pequeños el rigor de un clima extremo. Vivía en un iglú en la temporada de invierno y su jardín no tenía ni árboles ni flores, pero era tan vasto, que nunca podría recorrerlo entero, aunque le encantaba deslizarse en su trineo hasta donde no quedaba nada más que él y la naturaleza.

Kalaalit era conocido en su clan como el hermano de los osos polares y lo respetaban por ello. Tenía sobre estos animales una ascendencia increíble, que los magníficos gigantes blancos aceptaban con sumisión. Pero él nunca abusó de su habilidad; al contrario, cuidaba y protegía a estos mamíferos de los cazadores de pieles, alertándolos cuando estos aparecían en sus gigantescos rompehielos, para que alcanzaran a ocultarse, lo que no era difícil, dado el hermoso pelo transparente que les permite mimetizarse con el paisaje blanco del Ártico al reflejarlo.²

Aunque Kalaalit era feliz en aquellos parajes congelados, últimamente se sentía acongojado: olía en aquellos hielos algo preocupante. Percibía que todo su mundo, su cultura, su cosmogonía, estaban en peligro. El sostenido aumento de la temperatura promedio del planeta, provocado por el calentamiento de la Tierra, aceleraba el deshielo y la licuefacción de la cubierta helada ártica. El niño nada sabía de estos términos académicos, pero en su corazón advertía el peligro que aquello revestía para él, para su familia, para su clan entero y, por cierto, para sus amigos los osos. Ya nada era igual en su región; al parecer, se acercaba el fin de los tiempos, que habían pregonado alguna vez sus antepasados en cantos y leyendas.

La opresión de su pecho lo tenía angustiado. Escuchaba al viento con atención,

pues podía entender su lenguaje. De pronto, pudo comprender lo que trataba de decirle con sus silbidos y cambios de dirección; era algo malo, desgraciadamente.

—¡Nanuc! —gritó, con un clamor que pareció emerger de lo más hondo de su ser. Tomó su trineo, azuzó a los huskies, los vigorosos perros siberianos expertos en tirar trineos, que parecían haberse dormido solidificados, y partió en la dirección que su intuición le indicaba. Nanuc, su amigo, estaba en peligro.

Nanuc era un gran oso polar, un oso tremendo y valeroso, al cual todos los de su especie temían. Pero era un gigante bondadoso y pacífico, el mejor amigo de Kalaalit, quien podía incluso montarse sobre su lomo, acariciar su suave piel y sentir su calor.

Recién había terminado el invierno Ártico, la época en que los osos se alimentan abundantemente, ya que la ecuación agua, hielo y aire se los permite y las focas oceladas pululan numerosas bajo los hielos. Como durante la primavera y el verano el alimento escasea, los osos deben ralentizar sus funciones vitales, reducir su metabolismo al mínimo, para no desgastarse mientras deambulan por las tierras emergidas, quemando sus reservas de grasa, en una suerte de hibernación ambulante. En los últimos años los inviernos estaban siendo cada vez más cortos y los veranos se dejaban sentir por periodos prolongados. Los osos deben ayunar por más tiempo y sobrevivir en tales condiciones se les ha transformado en un desafío permanente.

Kalaalit escudriñaba el horizonte y no veía ser vivo alguno, y aún menos al gigante blanco, su amigo. Los perros corrían a todo dar, mientras el niño inuit sentía comprimirse aún más su corazón.

—Los amigos, los verdaderos amigos —se decía—, se comunican por canales misteriosos, que a veces nadie comprende.

Fue este pensamiento el que guió a Kalaalit en la dirección correcta, un camino que de pronto se tornó complicado y peligroso. El vehículo comenzó a oscilar, resbalando de lado a lado. El peso del trineo no tardó en agrietar el hielo y los perros se agitaron nerviosos, deteniéndose por instinto y negándose a continuar. El niño

abandonó el vehículo y corrió presuroso hacia el lago cercano, el que tiempo atrás se mantenía congelado hasta bien entrada la primavera, pero sobre el que hacía ya unas semanas era un gran riesgo desplazarse.

Al acercarse a la orilla, alcanzó a divisar el hocico de su amigo, emergiendo apenas del agua. El oso trataba de respirar con dificultad. Muchos de sus congéneres habían muerto últimamente; el contorno de los hielos estaba cada vez más frágil y quebradizo, y en su afán por buscar alimento, los animales se acercaban a las orillas, las que cedían bajo su peso. Era lo que le ocurría a Nanuc: intentaba inútilmente retornar a la superficie.

Los osos polares son grandes nadadores; pueden nadar hasta sesenta kilómetros en aguas abiertas, en forma continua, pero son mamíferos y respiran por pulmones, por lo que deben salir a tomar aire a menudo antes de volver a sumergirse. Pero Nanuc era grande, viejo y pesado, y estaba exhausto. Intentaba trepar al hielo, el que volvía a quebrarse a cada intento. Kalaalit se arrojó entonces al suelo y extendió su mano, tratando de agarrarlo.

—¡Nanuc! —volvió a gritar, mientras el desesperado animal, ya casi sin fuerzas, hacía los últimos intentos por salvarse. El niño alcanzó a cogerlo de una de sus patas, y sintió de pronto cómo su cuerpo se estremeció entero, percibiendo en su interior que él y el oso comenzaban a ser uno solo, como que el espíritu del animal se le hubiese metido dentro y se fundiera con su alma. Las afiladas uñas de Nanuc lo lastimaron, pero sin que ello le importara, lo agarró firme, en un último esfuerzo desesperado, mientras el oso se hundía irremediablemente.

—¡Nanuc! —gritó nuevamente el niño. Pero ya no fue un grito, fue casi un susurro, que se confundió con el sonido del viento. El oso polar, el gran oso polar desaparecía sumergiéndose en las heladas aguas árticas.

Durante el retorno a la aldea, que más que aldea era un pequeño conjunto de iglús, Kalaalit decidió que había llegado el momento de emprender su viaje, un viaje del cual el abuelo siempre le habló, en su forma mágica de cantos y poemas

ancestrales, un viaje para el cual estaba destinado, como siempre lo supo.

Dejó a un costado del iglú al trineo y a los perros, aguardándolo. La madre del niño, que ya conocía el destino de su hijo, salió del iglú portando una alforja con víveres y ropa. El padre había salido temprano a pescar y aún no regresaba, lo que apenó un poco a Kalaait, pues no podría despedirse de aquel buen hombre que siempre le enseñaba cosas útiles. La mujer acercó su rostro hasta juntar su nariz con la del niño y lo besó como lo hacen los inuits, frotándose las narices de lado a lado.

Kalaalit tomó la alforja y se dirigió hacia el trineo. Cerca de este se hallaba el abuelo con sus piernas cruzadas, delante de una hoguera humeante, cuyo humo se espesaba más cada vez que lanzaba sobre ella sus polvos misteriosos. El niño se detuvo frente al anciano, mientras este pronunciaba unas ininteligibles palabras, que parecían una bendición o una bienaventuranza. Luego entregó a Kalaait una pequeña estalactita de hielo mágico, que no se derretía con el calor y que era más helada que el hielo mismo. El niño la guardó entre sus pertenencias, como un tesoro.

El trineo comenzó a avanzar en dirección sur. Atrás quedaban los iglús que lo habían visto nacer y crecer; la pequeña aldea inuit perdida en los hielos árticos que tal vez no volvería a contemplar. De pronto, sobre una lejana colina helada, vio una forma oscura que permanecía erguida y silenciosa. Era su padre; con su morral en las espaldas, lo despedía sonriente, deseándole buena caza. El viaje de Kalaalit recién comenzaba: el gran chamán estaba en marcha.

RECICLADORES PROFESIONALES

Sobre un húmedo y frío pavimento, vestidos con ropajes harapientos, y acarreando un viejo y estropeado triciclo, de noche, a la hora en que los chicos de su edad se acuestan en tibias y mullidas camas a escuchar cuentos y a soñar

apaciblemente, corrían tres niños, tres hermanitos, desafiando la oscuridad en total silencio, como para no molestar, como para pasar inadvertidos. El grupo se desplazaba por las calles del pueblo, deteniéndose en cada basurero, buscando cartones y otros materiales que reciclar. Era su sustento diario.

Salvador era el mayor de los tres chicos cartoneros. Frisaba los doce años y ya casi había olvidado la fecha de su cumpleaños, pues este era como un día cualquiera, en el que pedaleaba interminablemente por las oscuras calles del pueblo. Se sentía más grande y maduro que sus hermanos, pues conocía los secretos de la noche mejor que nadie. La patrulla policial, la única patrulla policial del pueblo, lo saludaba amistosamente cada vez que lo encontraba. Y los del camión de la basura, que le guardaban cartones, lo admiraban y llamaban cariñosamente Cartoncito.

Relacionada, en cierta forma, con Salvador, estaba Constanza, la niña de la tienda de mascotas, la hermosa niña con la que Salvador soñaba durmiendo y también despierto, aquella a la que imaginaba pasándola a recoger, vestido con ropajes de príncipe, en un hermoso caballo blanco, como el formidable corcel de la carroza mortuoria del pueblo. La chica, un poco mayor que él, salía cada noche de la tienda de sus abuelos y, sin hablarle ni mirarle a los ojos, depositaba un plato de pellets para los hiperkinéticos y maleducados quiltros del niño, que siempre le avergonzaban peleándose por la comida.

A Salvador le seguía Víctor, un chico muy especial.

—Viene con problemas —anunció el médico, cuando el niño nació—. Sus piernecitas están atrofiadas. Nunca podrá caminar solito.

Todos lloraron mucho aquel día, pero Víctor nunca lo hizo; es más, parecía estar siempre sonriendo plácidamente.

Aunque mientras crecía sus piernas se desarrollaban muy poco, a Víctor ello no parecía afectarle; era feliz sobre su triciclo, montado sobre una ingeniosa estructura que su padre le había construido. Se sentía todo un señor importante en aquellas alturas.

Nadie dudaba que supiera hablar, pero no lo hacía muy a menudo. Las palabras que salían de su boca podían contarse con los dedos de las manos. Eran muy pocas, pero siempre certeras y en los momentos precisos. Sus hermanos no necesitaban oírlo para entenderlo; tanto lo querían, que con solo mirarle sabían lo que necesitaba. Jamás se desprendía de su radio a pilas portátil, en la que escuchaba viejas canciones, como de abuelo. Arriba, en lo alto del triciclo cartonero, el pequeño Víctor vivía en su propio mundo de sueños, donde podía correr y sobrevolar en lugares maravillosos, que existían solo en su imaginación. Ello lo hacía feliz.

Valentina, la menor de los tres hermanos, tenía nueve años, aunque representaba seis, por su pequeña estatura y lo agudo de su voz. Era tímida e inteligente, usaba unos anteojos casi tan grandes como su propio rostro, que la hacían verse tierna y divertida a la vez. Llevaba siempre consigo, como un tesoro, un pequeño pastillero que había encontrado en la basura. La cajita tenía en su tapa el retrato de Sissi, emperatriz del imperio austro-húngaro³. Tenía, además, una característica muy singular: le gustaba contar dos chistes de gigantes, los únicos que sabía y que contaba siempre sin ninguna gracia, como quien narra una historia triste. Tal vez por eso le pedían que los contara, porque tenían tan poca gracia, que hacían reír por esta sola razón.

El grupo recolector lo completaba don Matías Santos Dumonte, el padre de los tres hermanos y a quien le gustaba que lo llamaran así, por su nombre completo. Cualquiera podría pensar que se trataba de un distinguido personaje, aunque en cierta forma lo era. Debió encargarse de los niños desde muy pequeños, desde el día en que su esposa, que siempre creyó merecer más que su familia, los abandonó de un día para otro.

A su manera, don Matías se las arreglaba para ser un buen padre. Gustaba de aclararles a todos que su oficio y el de sus hijos no era el de simples cartoneros sino que el de recicladores profesionales, que cumplían una labor muy importante como protectores del medio ambiente. También era dado a narrarles a sus retoños historias

increíbles, donde siempre ganaban los buenos; historias en las que, por cierto, él era el protagonista, ya que según contaba, provenía de una familia de alta alcurnia, influyente y poderosa, que en un tiempo muy remoto quedó súbitamente en la ruina, estafada por hombres codiciosos.

Tenía un solo problema, don Matías: abusaba del alcohol, sobre todo cuando se encontraba con sus dos amigos: el Chuña, que repetía todo lo que don Matías decía, y el Cantinflas, que siempre se afirmaba los pantalones con ambas manos, porque se le caían y dejaban a la vista los más divertidos calzoncillos. Cuando don Matías se tropezaba con ambos, la juega era segura. Y aquella noche, como casi todas las noches, los tres se toparon “por casualidad” y se fueron directo al bar.

La curiosa comitiva de los cartoneros la completaban tres perros, obviamente recogidos; los más desvencijados, famélicos y salvajes perros posibles de imaginar. Ni siquiera tenían nombre: solo eran el Uno, el Dos y el Tres, de acuerdo a como fueron siendo encontrados y adoptados. Corrían de un lado a otro de la calle, orbitando el triciclo, sin dejar basurero sin oler ni desparramar. Les encantaba espantar gatos y perseguir a otros perros en busca de pelea, a los que hacían huir espantados ante sus deplorables aspectos. Se sentían los dueños de las calles durante la noche y en el día dormían a pata suelta.

De pronto se escuchó un trueno lejano, tras un centelleante relámpago que iluminó la calle. El viento norte anunciaba el aguacero.

—Pollitos —dijo don Matías, saliendo del bar.—, debieran haberme avisado que estaban aquí.

Los niños se incorporaron con dificultad y subieron a su silla a Víctor, aún dormido.

—¡Vamos a casa: les prepararé una sopa caliente! —agregó don Matías, cariñoso.

—¡Una sopa caliente! —repitió el Chuña, haciendo eco, como de costumbre.

—¿Dónde está mi príncipe heredero? —preguntó Don Matías, abrazando a Salvador con afecto—. Recuerde, usted señor, que será un hombre importante para este mundo

y debe cuidarse.

Salvador se sintió algo azorado con el abrazo y se puso rígido, como un tronco. Amaba a su padre, pues sabía que era un hombre bondadoso, aunque un poco deschavetado.

—¡Chuña, Cantinflas, mis fieles escuderos! ¡Ayuden con ese triciclo! ¡Debemos movernos rápido! ¡Parece que va a llover a cántaros!

—¡A cántaros! —repitió el Chuña.

—¡Damas y caballeros, *ladies and gentleman, monsieurs et madmoiselles*, háganse a un lado, que aquí avanza la Empresa de Recicladores Profesionales Santos Dumonte e hijos, protectores del medio ambiente!

—¡Ambiente! —repitió el Chuña, mientras al Cantinflas, por aplaudir, se le caían los pantalones.

La caravana se perdió en la oscuridad de la noche. Tres niños, tres adultos borrachos y tres perros desnutridos, eran los únicos despiertos en un pueblo dormido, mientras la tormenta comenzaba a desatarse en el horizonte.

LA CAVERNA DEL ABISMO

Tras la reunión de los magnates petroleros en el complejo secreto, se habían detonado una serie de hechos catastróficos en las profundidades de la Tierra. Sin sospecharlo siquiera, los Todopoderosos habían revelado parte del Arkanus, pero en forma errónea, lo que significaba la posibilidad de un nuevo despertar del oscuro ser de las profundidades y de sus ejércitos siniestros. Los acontecimientos comenzaban a desencadenarse sin vuelta atrás, sucesos que serían desastrosos para la naturaleza y el género humano.

Los Todopoderosos habían hecho contacto con el Señor del Abismo,

desconociendo absolutamente las consecuencias de este nefasto acto. Ignorantes y cegados por su desmedida ambición, firmaban su propia sentencia de muerte, la inusitada muerte que sufren quienes se atreven a despertar al venido del abismo.

En una caverna oculta en lo más oscuro de las honduras de la Tierra, unas formas aterradoras podían distinguirse, moviéndose en las tinieblas apenas iluminadas por un pozo de lava ardiente al centro de la cueva. Solo los ojos amarillos de las bestias permitían tener la certeza de que eran muchas y no una masa amorfa dispersa en el piso de la caverna. Eran los temibles amaroks, los guerreros predilectos del Señor del Abismo, su ejército de elite, sus más fieles seguidores.

Los amaroks fueron lobos mitológicos de la cultura inuit, seres grandes, feroces y crueles, muy temidos, especialmente por los niños de aquella raza ártica. Convocados por la voz oculta, acudían al llamado, despertando de su letargo de milenios, con hambre voraz y sed de venganza. El más grande y aterrador de todos, un amarok de color gris (color exótico entre ellos) miraba desde un peñón cómo sus súbditos se ordenaban lentamente para escuchar sus pavorosos gruñidos. Solo se sentía el resoplido infernal de sus narices untuosas.

Estas espantosas criaturas cuadrúpedas tenían un color más oscuro que el negro, aunque cueste creerlo. Su pelaje era grueso y grasiento, empapado en un aceite viscoso y combustible; sus ojos amarillos penetraban hasta la médula de sus víctimas. Lo más repugnante de todo era su hocico, repleto de colmillos distribuidos en varias filas, afilados y nauseabundos.

El Arkanus profetizaba que las bestias del mal serían las primeras en copar la superficie del planeta, para preparar el camino de regreso del Señor del Abismo, que comenzaba a despertar. Serían la punta de lanza de su retorno definitivo, para sentar su reinado absoluto en la Tierra. Anteriormente, miles de años atrás, había fracasado en su intento, pero ahora sus ejércitos eran más numerosos y fuertes, preparados durante milenios con gran paciencia para el momento crucial. Paciencia que había creado en ellos un resentimiento cada vez mayor contra la naturaleza y los hombres,

que los habían postergado y despreciado. Había llegado la hora.

–¡Nuestro Señor ha despertado! –fueron las primeras palabras de la arenga que pronunció el Amarak Gris.

La subtierra se estremeció con el rugido aterrador de las bestias del abismo, que celebraron alborozadas sus palabras. Las paredes temblaron, dejando caer grandes rocas, que aplastaron a algunos, que de inmediato fueron devorados por alguno de sus congéneres.

–¡Ha llegado nuestra hora, la hora de la venganza! –vociferó la bestia, causando más estragos entre la multitud–. ¡Los humanos han vuelto a dominar la Tierra y es la hora de recuperarla para nuestro Señor!

El concierto de rugidos, aullidos y dentelladas fue tan espantoso, que el cráter de lava estalló, arrojando magma por doquier, chamuscando el pelaje y quemando el hocico de los que se encontraban cerca.

–¡Esta vez no habrá hombre ni naturaleza capaz de impedir nuestra venganza! ¡Que reine lo Oscuro! ¡Ha llegado la era del enemigo de la naturaleza! ¡La era de las tinieblas! ¡Corran, mis fieles camaradas! ¡Corran a recuperar lo que les pertenece! ¡Corran, muerdan y devoren, aliméntense de la putrefacta carne humana!

El gran Amarak Gris remató sus palabras con un escalofriante aullido y vio con satisfacción cómo, por los innumerables túneles de las cavernas, se internaban rabiosas las huestes del abismo, determinadas a volver a la superficie a sembrar su reinado del terror. Las bestias se chocaban y mordían unas a otras, en su intento de salir primero por las diferentes hendiduras de la roca, a paso veloz, rugiendo desquiciadas, ansiosas de volver a saborear la carne de los hombres. Miles de amaroks volvían a la superficie de la Tierra, de donde habían sido desterradas miles de años atrás.

El Arkanus estaba siendo revelado por los seres equivocados.

EL HÉROE DEL PARKOUR

Mark era un adolescente de quince años un tanto rebelde. “Un delincuente juvenil en potencia”, decían las tías envidiosas que no lo querían. Pero él era solo un chico que acarrea una gran soledad, una inmensa carencia de afecto. Era el hijo del gerente de la transnacional que construyó el complejo de represas del río Lahuenco, instalación que había motivado el desplazamiento de innumerables comunidades indígenas, expulsadas de las tierras que habitaban desde tiempos inmemoriales.

Aquello había ocurrido no hacía mucho, y como una forma de compensarlos, se les cedieron nuevas tierras y casas modernas, que reemplazaron sus rucas por escuálidas viviendas construidas en un terreno descampado. Habían perdido así el contacto con el territorio en el que nacieron y crecieron durante innumerables generaciones. Territorio que era su verdadera madre, pues eran “gente de la tierra”, como indicaba su nombre.

Mark, como hijo de un importante empresario y de una madre más preocupada de los salones de belleza y del té de la tarde con sus amigas, que de él, pasaba solo. Pero su soledad no consistía en no tener cerca a sus padres, sino que era esa soledad profunda de los jóvenes que, a cambio de atención y cariño, reciben dinero y regalos costosos. Esto lo llevaba a vagar por las calles del pueblo, acompañado siempre de un silbato, que le gustaba hacer sonar cuando se metía en toda clase de problemas, lo que en el fondo hacía solo para llamar la atención.

Sin embargo, había encontrado un pasatiempo que le encantaba: el parkour, una especie de disciplina o deporte que consistía en trepar murallas dando saltos con agilidad, trepar por obstáculos difíciles usando solo su cuerpo, sin ningún elemento. No se trataba de escalar, sino que de trepar y saltar, en lo que se había hecho un experto. Lamentablemente, debido a su baja autoestima y necesidad de aprobación, se arriesgaba mucho más allá de sus posibilidades, para demostrarse a sí mismo y a

los demás que era valiente y osado, lo que le provocó varios accidentes y le hizo tomar riesgos innecesarios, como aquella vez que intentó trepar el edificio municipal y fue sorprendido y detenido. Su padre, como siempre, le solucionó el problema de un plumazo, haciendo valer su poder e influencia. Ni siquiera lo reprendió; es más, ni le habló, solo lo subió a su automóvil, lo llevó a su casa, y luego partió a una de sus interminables reuniones. A Mark le hubiese encantado que lo regañara, al menos para saber que su padre estaba ahí y que no era una imagen inalcanzable y fantasmagórica.

Le iba mal en el colegio; su conducta y calificaciones eran pésimas, pero en el fondo era un chico bueno, que solo clamaba por afecto. En una ocasión había divisado a tres niños cartoneros, que junto a su padre hurgaban en la basura. Le pareció una actividad miserable, pero los chicos parecían felices y el padre los trataba con cariño. Seguramente a él no le importaría que el suyo fuese pobre, si solo lo quisiera más que a su dinero. Él cambiaría sus consolas de juegos, sus aparatos tecnológicos y sus computadores de última generación, que lo aburrían rápidamente, por un breve instante, por un solo minuto recostado en las faldas de su madre, y que ésta le acariciara el pelo, para sentir su cercanía y cariño.

Esa noche, en la que una tormenta se cernía sobre el pueblo, decidió salir. Su padre y su madre no estaban, como siempre. Iría a practicar un poco de parkour. Había descubierto un lugar donde probar sus habilidades en la plaza central: la altísima estatua ecuestre del fundador del pueblo. Cualquier cosa era mejor que estar en una casa vacía.

ANDRÉS Y LA REVISTA

Andrés conducía un antiguo furgón Volkswagen, en el cual trasladaba a niños a

sus colegios durante el día. Durante la noche gustaba de subir al cerro cercano para mirar el pueblo y su enjambre de luces rutilantes. Allí podía entregarse a la nostalgia de tiempos pasados, que fueron mejores hasta antes de que perdiera a su familia y, luego, a su trabajo de maestro de escuela, que el dolor y la soledad no le permitieron seguir desempeñando.

Como profesor de escuela primaria había intentado crear conciencia en sus alumnos de la catástrofe global, que presentía venir gracias a sus no despreciables conocimientos en materia ambiental. Aunque ello no pasaba de ser un tema menor para los adultos de su entorno, encontró en los niños un interés verdadero y puro por el tema, una conciencia incorrupta, un amor incondicional a su planeta y a los seres que lo habitan. Pese a ello, algo lo desanimaba, eso inexplicable que les sucede a todos cuando crecen e ingresan en la maquinaria del sistema: la pérdida de sus convicciones y el olvido de sus valores, los que finalmente relativizan u ocultan detrás de la máscara que han de ponerse, para enfrentar la diaria lucha por sobrevivir en una sociedad extremadamente competitiva.

Así, pues, decidió emigrar al sur de su país e iniciar una nueva vida; buscar un lugar especial para expiar sus culpas y sanar sus profundas heridas. Eligió el pueblo en que ahora vivía por su bello entorno natural, por el caudaloso río que lo cruzaba, por la magia de la naturaleza virgen que conservaba hasta que aparecieron las grandes máquinas que empezaron a construir caminos, embalses y represas.

Había estado varios días leyendo y releendo una revista que compró en un puesto de diario; una de esas revistas que hablan de ordinario de catástrofes apocalípticas y globales: asteroides que caen a la tierra, invasiones alienígenas, desastrosas tormentas solares... A él le disgustaban, porque las consideraba poco rigurosas y sensacionalistas.

Sin embargo, esta vez, un impulso ciego, irresistible, lo había llevado a comprar aquella revista, a pesar de que ella llevaba un tiempo exhibiéndose en el quiosco, sin que a nadie pareciera interesarle. Al leer el artículo que se anunciaba en su portada y

que inexplicablemente lo había atraído, se sintió perdiendo el tiempo, sobre todo cuando lo releyó. Cómo era posible que se empeñase en leer aquel pasquín tan fantasioso. Pero había algo en el artículo que continuaba atrayéndole y que no le permitía abandonar su lectura. El artículo se titulaba *El Arkanus. La leyenda de la tierra*.

Mantenia la revista en el asiento del copiloto de su Volkswagen y ésta parecía querer decirle algo. El artículo hablaba de tormentas, de un pueblo en el sur, de indígenas desplazados, de represas... Se sintió nuevamente un poco tonto al imaginar, por un instante, que hablaba precisamente de “la tormenta” que comenzaba frente a él y de “su pueblo” en particular. Finalmente tomó el impreso, lo dobló y lo introdujo en un bolsillo de su chaqueta.

Esa noche, la tibia brisa, presagio de lluvia, acariciaba su rostro. No era una brisa cualquiera: un fuerte viento norte anunciaba tormenta. De un tiempo a esta parte, las tormentas en ese lugar, y en el mundo entero, eran cada vez de mayor intensidad.

“Sin duda, consecuencias del calentamiento global”, pensó.

Aunque en un año no llovía más que en los anteriores, las precipitaciones eran cada vez más extremas y causaban estragos. Terribles inundaciones arrasaban con poblados enteros en diferentes partes del mundo, mientras en otros lugares se producían sequías interminables y nefastas para sus habitantes. Andrés recordó con preocupación a la gente que aquí vivía a orillas del río, en un campamento miserable que siempre se anegaba. Pensó en ir hasta él; tal vez podría ayudar en algo cuando se desencadenara la lluvia.

Subió rápido a su vehículo y se dirigió hacia el pueblo por el serpenteante camino de tierra. El río quedaba al otro extremo. Un pequeño zorro culpeo cruzó el camino y se internó presuroso en los matorrales del bosque, huyendo de su presencia o, tal vez, de la colosal tormenta que se aprestaba a desatar.

LA GRAN TORMENTA Y LAS PRIMERAS SEÑALES

Los Santos Dumonte, sus perros y los dos borrachines alcanzaron a llegar a la modesta vivienda de los primeros en la ribera del río, justo antes de que se desencadenara una lluvia torrencial. Los niños se sintieron seguros en ese pequeño espacio que, aunque pobre, era su hogar. Tenían algunos juguetes, la mayoría recogidos en basureros; juguetes despreciados por otros niños, que habían limpiado y reparado, dándoles una nueva vida. Tenían, además, un brasero pequeño, en el que hacían tostadas más ricas que en un tostador. Tenían también sus camas, refugios donde podían soñar cosas lindas y ser felices.

Don Matías, que siempre era optimista, parecía muy inquieto esta vez. A cada momento miraba por la ventana el comportamiento del río, que parecía aumentar su caudal peligrosamente. Los perros comenzaron a ponerse nerviosos y a gemir. Los borrachines se habían dormido en el suelo, ajenos a todo. Los niños, por su parte, intentaban distraerse con sus juguetes.

—Hijitos, si es necesario subirán bien abrigados al camino —dijo don Matías, con evidente preocupación.— Yo trataré de poner unos sacos de arena afuera de la puerta, por si el agua llega hasta ella —agregó, saliendo al exterior.

Un trueno espantoso se oyó en ese momento; tan explosivo, que la pequeña casa crujió entera, sobresaltando a los niños. El Uno, el Dos y el Tres salieron corriendo, aterrados, volcando sillas, vasos y pasando por encima de los borrachos, que no se inmutaron. Valentina comenzó a llorar asustada.

—¡Despierten, beodos, hay que sacar a los niños de aquí! —gritó don Matías, regresando a la casa visiblemente impresionado.

Salvador se inquietó mucho, nunca había visto tan serio a su papá. Víctor, incluso, había perdido su sonrisa de siempre y Valentina seguía llorando aferrada a una muñeca. Pese a los sacos de arena, el agua comenzó a filtrarse lentamente por debajo

de la puerta de la casa y don Matías decidió que tendrían que evacuarla. Cada uno de los adultos tomó a un niño y lo puso en sus espaldas, como a caballo, mientras los perros se enredaban temerosos entre sus piernas, haciéndolos tropezar. Era como si los nueve, de pronto, se volvieran tres seres compactados por el miedo, subiendo por el camino con el agua hasta los tobillos.

—¡Por aquí! —se oyó una voz, que provenía desde lo alto del camino. Era Andrés, que había llegado a tiempo con su furgón. Estaba delante del vehículo, que mantenía con las luces encendidas, perforando la densa oscuridad. A Salvador le pareció ver, a la luz de los focos, una imagen resplandeciente, como la de un héroe que acudía en su rescate. Fue una visión fugaz, como la de un ser de otro planeta, un gigante poderoso y bueno que los socorría valerosamente. Sin embargo, cuando llegó al lugar solo vio a un joven bajo, que estaba tan asustado como él.

—¡Llévelos al pueblo, por favor, señor! ¡Yo iré a tratar de evitar que el agua entre en la casa! —rogó don Matías a Andrés, ante la sorpresa de sus hijos, que con llantos le suplicaron que no los dejara solos.

—Tranquilos, mis pollitos, la mala hierba nunca muere —dijo don Matías, sonriéndoles picarescamente, antes de perderse en la oscuridad.

El vehículo partió rumbo al interior del pueblo, con los tres niños y los tres perros entumidos y mojados. Buscarían un lugar lejos del río. A Andrés le preocupaba que colapsara la gran represa. Por el puente transitaban varios vehículos en dirección contraria, alejándose del pueblo. Él era el único que ocupaba la otra pista del viaducto, en sentido opuesto. ¿Por qué regresaba al pueblo? ¿Por qué no dirigirse a los bosques? ¿Por qué él no hacía lo mismo que todos? Algo en su interior le decía que hacía lo correcto.

Ya en el pueblo, Salvador alcanzó a ver una luz encendida en la tienda de mascotas y bajó del vehículo aún en movimiento, ante el desconcierto de Andrés y de los chicos. A través del escaparate había divisado a Constanza, que afanosamente buscaba algo en los cajones del mostrador.

—¿Qué buscas? —le preguntó, ingresando súbitamente al local.

La niña se asustó al verlo aparecer.

—¡Ah, eres tú! ¿Cómo entras así? ¡Me asustaste!

Salvador tembló entero; era la primera vez que la niña le hablaba, aunque no fueran palabras muy corteses.

—El señor que nos trajo dice que hay que subir rápido hacia los bosques, porque la represa colapsará en cualquier momento y el pueblo se inundará por completo.

Constanza pareció no escucharlo y siguió buscando en los cajones con desesperación.

—¿Qué buscas? —volvió a preguntar Salvador.

—Las llaves —respondió la niña, sin interesarse por él.

—¿Qué llaves? —insistió el chico.

—Las del criadero de perros de mi abuelo. Está en un lugar bajo, cerca del río, que de seguro se inundará. Hay cinco o más perros encerrados ahí; si no los rescato morirán ahogados —dijo la niña, mientras seguía buscando. —¡Aquí están! —exclamó de pronto, dando un salto de alegría.

—Es peligroso ir hasta allá —le advirtió Salvador.

—No me importa —repuso la niña—. No dejaré que los perros se ahoguen.

—Vamos, yo te acompaño —dijo Salvador, que continuaba sintiéndose ignorado.

—No es necesario. Es mi problema.

A lo lejos, y cada vez más cerca, se sentía la bocina del furgón, llamándolo con insistencia.

—Déjame acompañarte; conozco un camino más corto —insistió Salvador.

La niña lo miró por primera vez, casi convencida. Por un instante, Salvador pudo observar con fijeza sus ojos, que nunca había visto. No eran unos ojos cualquiera; uno era azul y el otro verde. “Hacen que se vea más linda”, pensó Salvador, aunque para Constanza sus ojos habían sido siempre un problema, un motivo de burla para sus compañeros de escuela. El chico entendió al fin por qué la niña nunca miraba de

frente.

Salvador volvió corriendo al furgón.

—¿Adónde irán? —preguntó a Andrés.

—Nos iremos por el camino que rodea el bosque —repuso éste, visiblemente molesto.

—Allá los alcanzaremos —afirmó Salvador, mientras Constanza lo esperaba bajo la lluvia huracanada. El chico miró a sus hermanos y les guiñó un ojo, sonriendo, para demostrarles que estaría bien, que volverían a reunirse pronto.

Andrés, convencido de que era inútil impedirle que se fuera, hizo partir el vehículo para proseguir su camino. De pronto, en la oscuridad, le pareció ver una imagen fantasmal, una figura humana de pie sobre el monumento del centro de la plaza, vestido con uniforme de colegio, a una gran altura: era Mark.

—¡Oye loco, baja de ahí, te puede caer un rayo! —gritó Andrés desde el vehículo. Ya estaba bastante molesto por los problemas que le estaba creando el grupo de chicos indisciplinados. El joven no le contestó y miraba el cielo con su cara empapada; al parecer lloraba, era difícil saberlo.

—¡Bájate o llamo a la policía! —gritó Andrés, descendiendo del furgón.

Mark miró hacia abajo y vio a un hombre que se cubría la cabeza con su propia chaqueta. Se descolgó, tomándose del cuello del caballo de la estatua y saltó al piso con gran agilidad. Se paró ante Andrés:

—¿Qué quiere, jefe? —le preguntó con desinterés.

—¡Que te vayas a tu casa! —respondió Andrés, enojado.

—Ya se han ido todos. Han evacuado las casas por miedo a la represa. Hasta la policía se ha marchado —replicó Mark.

—¿Y tú qué haces aquí? —preguntó Andrés, tratando de evitar la copiosa lluvia que caía incesantemente.

—Yo no le temo a la tormenta, jefe —respondió el chico, mirando el cielo.

—¡Sube al auto, será mejor! —le ordenó Andrés— ¡Y no soy tu jefe! —le aclaró.

Andrés se dio cuenta que el chico estaba triste por algo; era un chico extraño, parecía estar deprimido. Mark obedeció y abordó el vehículo.

El furgón se perdió por entre las calles, que ya parecían verdaderos brazos del río. El pueblo se inundaba por todos sus costados y subir hacia los bosques parecía la única opción.

Entretanto, Constanza y Salvador descendían la ladera del cerro con gran rapidez, resbalando de vez en cuando y magullándose enteros. De pronto divisaron, en medio de la oscuridad, el galpón donde se encontraban los perros. El nivel del agua en la quebrada había subido casi dos metros. Parecía ser demasiado tarde y seguramente los desdichados canes ya se habían ahogado. Los chicos se miraron entristecidos y decepcionados. En eso percibieron unos débiles gemidos; los perritos, al parecer, habían logrado alcanzar un sitio más alto que el nivel de las aguas y resistían estoicamente. De inmediato, y sin medir el peligro, Constanza se lanzó a las torrentosas aguas. A Salvador no le quedó más remedio que imitarla. Como pudieron, llegaron hasta el portón, pero el cerrojo ya estaba bajo el agua. La niña se aferró con gran dificultad a un poste metálico. La fuerza de la corriente y su intolerancia al frío comenzaron a hacerla perder fuerzas. Desde pequeña, Constanza había tenido problemas respiratorios severos, que no le permitieron llevar una niñez normal. Pasaba más en casa, cuidada por sus abuelos, que en el colegio. Salvador advirtió que la chica estaba a punto de dejarse vencer por la corriente y se apresuró a hundirse en busca del candado del portón.

—¡Lo tengo! —se dijo, mientras abría el grueso cerrojo.

Adentro se oyó el chapoteo desesperado de los perros, que sintieron que venían en su rescate. Salvador se sumergió nuevamente, conteniendo la respiración, como cuando jugaba con sus hermanos metiendo la cabeza dentro de un balde, para ver quien aguantaba más rato, y logró abrir el portón. De inmediato aparecieron nadando desesperadamente seis o siete perritos, que alcanzaron la orilla. Se sacudieron y echaron a correr, sin dar siquiera las gracias. Salvador volvió a nado adonde había

quedado Constanza, pero grande fue su sorpresa cuando no la vio en parte alguna. Al parecer, el río se la había llevado.

—¡Constanza! —gritó, desesperado.

Solo se escuchaba el ruido ensordecedor del torrente. Sin pensarlo dos veces, se dejó llevar por la corriente. Iría en su búsqueda, aunque arriesgara con ello su vida.

No supo si estaba ahogándose o no, pero sentía el pavoroso ruido del río y la tormenta, mezclado con la música de la radio de Víctor. Le pareció ver a su papá regañándolo por estar empapado, a la propia Constanza, esperándolo en la plaza del pueblo para tomar helados... estaba viendo, como en un sueño, todas estas extrañas imágenes, cuando sintió que lo alzaban de un brazo con gran fuerza, como quien levanta un muñeco de trapo. En su media conciencia percibió a un ser extraño, de rostro afable, que lo conducía por entre los árboles con una rapidez increíble y una fuerza descomunal.

Salvador había tenido el primer contacto con un ser de la subtierra, precisamente con un escalador, sin tener conciencia de ello. Con uno de aquellos extraños seres que muchos miles de años atrás, tras el colapso del planeta, decidieron ocultarse en las profundidades de la tierra, huyendo del mal que se había apoderado de la superficie. Y que ahora, tras grandes y dilatadas cavilaciones, habían decidido volver a creer en el hombre y estaban dispuestos a ayudarlos en su lucha contra el Señor del Abismo.

Salvador se encontró de pronto tirado sobre la ladera del cerro, junto a Constanza, que permanecía inconsciente. Sintió que las ramas de los árboles se agitaban y vio a varias sombras desplazándose ágilmente entre ellas. Seguro que eran sus misteriosos salvadores, quiso darles las gracias, pero ya habían desaparecido.

—¡Constanza, despierta! —gritó entonces a la chica, remeciéndola. Pensó que debía sacarla de allí cuanto antes, ya que el frío y la humedad podrían acarrearle una grave pulmonía, pero no tenía fuerzas suficientes para cargarla. Comenzó a rezar, como su padre le había dicho que hiciese cuando sintiera que un problema no tenía solución.

Unos momentos después, un relámpago iluminó su entorno y pudo distinguir a uno de los hermosos caballos blancos que tiraban de la carroza mortuoria del pueblo, parado justo frente él, a corta distancia. Parecía una visión divina, una aparición milagrosa en medio de la oscuridad. Se acordó de su ensueño, de cuando pasaba por Constanza, vestido de príncipe, y la rescataba. Sin duda, su fantasía iba a cumplirse. El caballo dobló elegantemente una de sus patas, como invitándole a montarlo. Salvador sacó fuerzas de donde no las tenía para levantar a Constanza y subirla al corcel. Y ambos partieron a todo galope en dirección al bosque, justo en el momento en que un gran estruendo retumbó en el cajón del río. La represa había colapsado.

¹ Inuit y no esquimal, como se los llama despectivamente, pues “esquimal” significa “comedores de carne cruda”.

² La piel de los osos polares es negra, y es preciso que lo sea, porque sino no podrían absorber el poco calor que captan del ambiente.

³ Sissi (1837 –1898) fue en realidad Elizabeth de Baviera, una mujer incomprendida en su tiempo, que quiso cambiar el orden establecido por el rígido sistema de la época. Era culta, deportista y una luchadora incansable, sin embargo fue asesinada por un contrario a sus ideas. Una más de las historias que don Matías solía contar a sus hijos las noches de invierno.



Activar Windows

Ir a Configuración de PC para activar Windows.



CAPÍTULO 2

LA BATALLA DEL BOSQUE NATIVO

EL DESPERTAR DE LOS AMAROKS

Bosques primarios son aquellos que, a pesar del progreso y la modernidad, permanecen vírgenes, immaculados, y son una representación viva de cómo era la Tierra cuando los primeros seres humanos comenzaron a habitarla. Los grandes depósitos de ceniza volcánica, cubierta de un humus vigoroso y rico en nutrientes, sustentan en ellos una vegetación siempre verde, absolutamente nativa, cuya supervivencia, lejos de la impertinencia del hombre, se ha debido al aislamiento geográfico y a lo extremo del clima.

En los bosques primarios de Chile, imponentes avellanos, canelos, lengas, coihues

y maños se alzaban sobre los treinta metros; el piso estaba adornado con rocas musgosas, quilas, helechos y unas curiosas flores llamadas copihues, similares en forma a las bocinas de las viejas victrolas. La fauna se componía de pequeños y tiernos cervatillos llamados pudúes, zorros, gran cantidad de loros y un muy especial primo hermano de los canguros: el monito del monte, un marsupial pequeño, que en ocasiones es confundido con un ratón, cuando la curiosidad los aventura a lugares habitados. Según las últimas teorías, es el antecesor verdadero de los marsupiales australianos, el más antiguo de estos exóticos animales, sin duda un fósil viviente.

Nadie pensaría que este bosque lluvioso endémico, al cual equivocadamente algunos llaman selva, por lo impenetrable de su follaje, iba a ser escenario de una cruenta batalla entre las fuerzas del bien y del mal. La paz podía respirarse en aquel lugar paradisíaco, silencioso, intocado. ¿Quién podría imaginar, además, que este extremo del mundo sería el punto de reunión de las bestias más atroces y repugnantes? En la oscuridad de una noche tempestuosa, en el límite este del bosque, que lindaba con el cordón montañoso, comenzaban a agruparse los amaroks, las horribles huestes del Señor del Abismo. Llegaban por oleadas incesantes, a través de las diversas cuevas de los ramales de la Cordillera de los Andes. Su aspecto feroz se veía aún más temible a la luz de los incesantes relámpagos. Apenas aparecía un grupo, los que lo esperaban aullaban pavorosamente en señal de bienvenida. Podía sentirse la conmoción de los árboles ante tantos enemigos de la naturaleza. Las viles criaturas habían acudido desde diferentes regiones del planeta, desplazándose por cavernas de la subtierra en interminables jornadas. Sin embargo, parecían estar descansadas, listas para la invasión y ávidos de sangre. Solo debían esperar el amanecer.

El Arkanus señalaba el lugar específico donde comenzaría la incursión, precisamente en el bosque descrito; un bosque nativo que debía ser profanado, incinerado y destruido, como lo señalaba la Leyenda.

El Gran Amarok Gris recibía satisfecho a las delegaciones de guerreros que se

iban presentando, sumisamente, para ponerse a sus órdenes. Faltaba poco para iniciar el ataque; acometerían primero por grupos reducidos, para ir menguando la resistencia de sus enemigos. Estaban seguros de que los humanos se encontraban desprevenidos y que la victoria era segura. No contaban con que un puñado muy particular de ellos, al otro extremo del bosque, se reunía escapando de la tormenta y del colapso de una represa.

—¡Debemos acercarnos a la montaña! —gritó Andrés, tratando de hacerse oír entre el ruido de los truenos—. ¡Suban al furgón, todos! — volvió a gritar, con tono perentorio.

En la confusión, los tres quiltros, que habían seguido a Víctor, se colaron en el vehículo.

Un viejo y estrecho camino, construido para que las máquinas y los camiones llegaran a la represa, bordeaba el bosque de coihues en dirección a la montaña.

Salvador, que había llegado en el caballo blanco transportando a Constanza, aún afectada por la lucha en el río, bajó del corcel de un salto, tomó a la chica con dificultad y la subió al vehículo, ayudado por Mark. Miró luego al caballo y sintió un impulso inexplicable de hablarle; se acercó a una de sus orejas y le susurró:

—Corre hacia las montañas, amigo, ahí podrás salvarte.

Con gran extrañeza del chico, el animal pareció entender a la perfección sus palabras y, agachando la cabeza, acarició su brazo. Enseguida partió al galope, hasta perderse entre los árboles en dirección a la montaña. Andrés, que había asistido a la escena con admiración y sorpresa, se preguntó qué conexión podría haber entre lo que acababa de presenciar y lo leído en la revista acerca de un Gran Domador. Confundido, volvió a sentirse turbado por pensar en ese tipo de cosas.

Una pequeña fogata encendida por Andrés, en una cueva que encontraron para guarecerse, sirvió para que se secaran un poco y calentaran sus agarrotados cuerpos. Afuera la tormenta parecía volverse aún más intensa y no había señales de que terminase.

—Esperaremos aquí a que pase la tormenta, es un lugar seguro —afirmó Andrés, que continuaba sintiéndose un tanto confuso. Por su cabeza pasaban ideas e imágenes que no lograba entender y que comenzaban a perturbarlo. Finalmente sacó la revista, que guardaba húmeda y arrugada dentro de su chaqueta, y volvió a sentir la necesidad de leerla. Esta vez quiso compartirla con aquellos muchachos entumidos.

—Escuchen, niños, les leeré algo curioso para pasar el rato. No sé qué les va a parecer, pues a mí me parece muy... Es mejor que escuchen, nada más —agregó, invitando a los chicos a reunirse en torno a él.

Los niños se acurrucaron, rodeando la fogata. Los tres quiltros los imitaron.

—Que al menos esto les sirva para que no se aburran —agregó Andrés, esbozando una sonrisa. Hojeó la revista y comenzó a leer el artículo sobre la leyenda del Arkanus.

“—Una antigua leyenda, conocida como Arkanus, transmitida oralmente por generaciones, cuenta acerca de la destrucción de la naturaleza por la acción irresponsable del hombre. La intervención será tal, que la atmósfera colapsará debido a los gases de invernadero y la tierra se sobrecalentará a niveles alarmantes; las tormentas se volverán más violentas, los hielos se derretirán, subirá el nivel de los mares y muchas especies desaparecerán”.

Los niños escuchaban con atención. Algo de ello sabían por boca de su padre; Mark lo había oído en la escuela, pero como solía ocurrir, no lo había tomado mucho en cuenta: eran amenazas que le parecían muy lejanas. Tampoco ahora le parecieron de gran interés. Constanza comenzaba a incorporarse, mostrando indicios de haberse recuperado.

—Pero eso no es todo —prosiguió Andrés—. “El hombre se enfrentará a sí mismo en guerras devastadoras por controlar un líquido oscuro y combustible extraído de la Tierra”.

En ese instante pasaron por su mente varios conflictos actuales, desatados en todo

el mundo bajo el paradójico pretexto de evitar posibles contiendas e invasiones, pero que en el fondo tenían como principal objetivo controlar el petróleo.

“–En todo este contexto –continuó – la leyenda cuenta que un grupo de siete hombres todopoderosos y malvados harán contacto con la fuente original de esta energía y despertarán bajo la tierra al Señor del Abismo, el que reclamará su reinado sobre la superficie, reinado que le fue arrebatado hace muchos miles de años”.

Esta vez los niños reaccionaron interesados ante las palabras de Andrés y le pidieron que continuara su lectura. Afuera el cielo parecía venirse abajo.

–Lo más increíble es lo que sigue –señaló Andrés, mirándolos con fijeza, como queriendo despertar en ellos mayor interés del que empezaban a demostrar –. “El Señor del Abismo no estará preparado todavía para su regreso y liberará a sus bestias. Estas le allanarán el camino el día en que en un pequeño pueblo del sur del mundo, una enorme tormenta se desate, como respuesta de la naturaleza a la expulsión violenta de pueblos aborígenes de sus tierras, para dar paso a inmensas construcciones que alterarán el paisaje y el curso de un caudaloso río de nombre nativo”.

Los niños se miraron asombrados y con cierto temor. El relato les recordó la represa y la relegación de la comunidad indígena que había vivido en su entorno, y también el río Lahuenco, de nombre complicado pero mágico. Mark, por su parte, se sintió avergonzado: su padre había sido el responsable de aquel megaproyecto energético y de sus ahora terribles consecuencias.

Andrés, advirtiendo el interés que había despertado en sus oyentes, y convencido aún más de sus propios temores, prosiguió su relato:

“–Las bestias del Señor del Abismo comenzarán su invasión de la superficie en ese apartado lugar del planeta, preparando el retorno de su señor, para volver a instalar en la superficie su reinado de fuego, destrucción y muerte, en un mundo saturado y en tinieblas por la contaminación. Pero hay una esperanza: solo podrán ser detenidas por un pequeño grupo de héroes que se atreverán a enfrentarlas; siete

héroes con poderes extraordinarios, que se reunirán en el corazón de un bosque nativo, convocados por las secretas voces de la naturaleza, para ir en su defensa y proteger también al género humano de su extinción”.

Los chicos volvieron a mirarse entre ellos, incrédulos ante lo que oían.

–Somos seis –dijo Mark, en tono de broma– y tres quiltros. Estamos lejos de ser esos héroes extraordinarios...

Salvador lo miró con enfado. El chico, definitivamente, no le caía bien.

–No digo que debamos identificarnos con la leyenda –señaló Andrés–. Pero es curioso lo que nos está pasando, se parece mucho a...

–¿Por qué no continúa leyendo, mejor? –dijo Valentina, interrumpiéndolo con voz casi inaudible, pero segura–. A mí me gusta esa historia –agregó.

Mark se levantó de su lugar y se apartó del grupo. “¡Ja! ¡Siete héroes!” pensó. “Tres cartoneros, una niña enfermiza, un tonto ridículo como yo y un no tan joven chofer de bus escolar”.

Los ojos se le inundaron de lágrimas. Estaba triste por verse ahí, sintiéndose que no encajaba con sus compañeros. Cuánto le habría gustado creer que lo que escuchaba tenía relación con ellos y poder, por una vez, sentirse importante para alguien.

Sin embargo, Andrés continuó con el relato:

“–Estos siete magníficos héroes deberán enfrentar duras pruebas y batallas. Y cada uno, sin saberlo, porta un talismán mágico, un sello y prodigioso elemento, que los ayudará a superarlas, a revelar el Arkanus, la leyenda de la Tierra, y a derrotar definitivamente al Señor del Abismo”.

Victor miró su radio a pilas, que había dejado de funcionar, y esbozó una sonrisa. Nadie se dio cuenta de ello.

“–El primer héroe es el Interpretador –continuó leyendo Andrés–. Este posee extensos conocimientos de lenguas muertas y códigos milenarios, y tiene el poder de hacerse invisible cuando corre peligro de muerte, ya que será él quien encuentre el

Arkanus, lo descifre y lo lea, sin que nadie logre impedirselo”.

Todos miraron a Andrés.

—A ver chicos, yo, con suerte, sé algunas palabras en mapudungún y esta revista no tiene nada de códice milenario —dijo Andrés, mirándolos con ternura—. Y en cuanto a hacerme invisible, miren como sigo leyendo sin que me vean —dijo, bromeando. Y prosiguió su lectura—: “Además, el Intérprete es el líder del grupo y enfrentará cara a cara al Señor del Abismo en la lucha final”.

Aunque el relato no era más que un ejercicio divertido mientras pasaba la tormenta, él no podía evitar imaginarse siendo protagonista de sus hechos. Era el sueño de un hombre que necesitaba reivindicarse ante sí mismo.

—El segundo héroe es el Gran Domador. Este es capaz de comunicarse con los animales y entender su lenguaje, así como el lenguaje de la naturaleza” —No pudo eludir mirar a Salvador, que se veía asustado y tembloroso. Recordó que este le había hablado al caballo, el cual pareció entender perfectamente sus instrucciones.

—El tercero es el Hombre Pájaro, un ser también de gran poder, con la facultad de volar por los aires mejor que las mismas aves”.

Nadie de los que allí estaban tenía ese perfil. La imaginación de Andrés comenzaba a flaquear.

—El Dominador de los Elementos es el cuarto héroe. Un ser que puede controlar el clima con gran maestría y poder. El quinto es el Trepador y Señor de los Escaladores, que guiará un ejército de criaturas asombrosas, capaces de desafiar la ley de gravedad”.

Si Mark no se hubiera alejado del grupo, tal vez habría imaginado ser aquel héroe, por su afición al parkour, y se hubiese sentido aún más ridículo.

—El sexto héroe es Ojos de Fuego, quien posee la capacidad de hacer arder en llamas a cualquier ser maligno” —continuó leyendo Andrés, notando que uno de sus oyentes se había dormido. “Parece que los aburro”, pensó. No sospechaba que Víctor ya había escuchado lo suficiente y comenzaba a soñar que surcaba los cielos como

un pájaro. Al ver que Constanza, Salvador y Valentina aún lo oían atentos, decidió continuar:

—Finalmente el séptimo héroe es el Chamán —leyó—, un mago asombroso, capaz de crear encantamientos sorprendentes y magias infalibles, además de poder transformarse en cualquier animal con el que logre conectarse”.

Antes de seguir con la lectura, Andrés volvió a observar con desazón a sus oyentes. ¿Cuál, de entre ese grupo de niños frágiles y desvalidos, podría ser un chamán poderoso? Se sintió un poco estúpido por el solo hecho de haber imaginado que ellos podían ser parte de una leyenda tan absurda. —Es mejor que se duerman —se dijo, desanimado—. Probablemente al amanecer amaine la tormenta—. Se acurrucó junto a la fogata, oyendo cómo el fuego crepitaba y sus llamas se desdoblaban en la oscuridad. Sintió ganas de avivar el fuego echándole encima la revista, pero en vez de hacerlo se quedó dormido.

Entretanto, y antes de que también lo venciera el sueño, Salvador daba vueltas en su cabeza una de las frases que había leído Andrés: “Las bestias del Señor del Abismo comenzarán su invasión de la superficie en ese apartado lugar del planeta”. Su cuerpo se estremeció, no obstante también pudo dormirse.

Habría sido normal que, ante la complicada jornada vivida, todos durmieran mal o tuvieran horribles pesadillas. Sin embargo, los sueños de todos fueron muy bellos y curiosos; fueron más bien revelaciones, por llamarlos de algún modo. En sus sueños, cada uno aparecía como un héroe específico, de acuerdo a lo que les había leído Andrés. Cada uno se sentía llamado desde lo más profundo del bosque, convocado a una cita que permanecería grabada en la memoria de la Tierra. Sin embargo, ninguno de ellos se atrevió a comentar más tarde aquellas visiones.

Los tres perros, que permanecían acurrucados en torno a la fogata, no daban señales de levantarse. Salvador pensó despertarlos, pero antes de pronunciar palabra, los canes ya se habían incorporado de un salto y se pusieron delante de él, moviendo la cola. —El Gran Domador —se dijo para sí Salvador, y probó ordenándoles con su

pensamiento que salieran de la cueva. Grande fue su sorpresa cuando vio que los perros salían obedientemente al exterior.

Andrés, por su parte, permanecía silencioso, recogiendo las mantas que los cubrieron durante la noche, para llevarlas al vehículo. Los hechos simbólicos con los que había soñado todavía daban vueltas en su cabeza y no lo dejaban concentrarse. Mark quiso explorar el exterior de la cueva trepando por las rocas. Como nunca, experimentó una agilidad increíble y con gran facilidad trepó por las abruptas paredes del cerro. Constanza, por su parte, ya no se sentía enferma; es más, percibía un extraño vigor en sus músculos, que siempre fueron muy débiles. Sus ojos también estaban distintos: parecían capaces de mirar más allá de las cosas. Valentina, la pequeña, miró hacia el cielo, deseando que la lluvia acabara y, al instante, el atroz aguacero cesó y las nubes comenzaron a disolverse. Víctor saludó a unos pájaros que pasaban; y estos respondieron haciendo un giro completo sobre su cabeza.

Y así como antes ninguno había comunicado a los otros su sueño, tampoco ahora comunicaron las nuevas fuerzas que sentían emerger desde sus entrañas.

—¿Regresamos al pueblo? —preguntó Salvador a Andrés, que permanecía silencioso.

—¡Claro! —repuso este, subiendo las cosas al Volkswagen—. ¿Qué más podríamos hacer? —Miró hacia el horizonte lejano: una espesa neblina cubría el pueblo. —¿Habrà resistido el colapso de la represa? —se preguntó. Era tiempo de averiguarlo.

Como el vehículo de Andrés se negó extrañamente a partir, decidieron dejarlo allí y encaminarse a pie al pueblo. Mark, que bajaba rápidamente del cerro, se detuvo a una altura de unos seis metros y dio un salto tremendo, cayendo en cuclillas. Andrés lo miró incrédulo.

—¿Cómo lo hiciste? —le preguntó con asombro.

—Parkour, jefe —respondió Mark, con una sonrisa burlona.

—¿Park... qué? —inquirió Andrés, mientras Mark, junto con los demás compañeros, se alejaba por el camino sin responder.

Los seis personajes y los tres perros formaban un grupo compacto, encaminándose hacia el pueblo. De pronto, inexplicablemente, cambiaron de rumbo y se internaron en el bosque.

Tras la tormenta, el bosque de coihues parecía aún más primitivo y bello en medio de la bruma y la humedad. El grupo avanzaba silencioso, sin decir palabra. Todos permanecían absortos, tratando de comprender las voces que les hablaban desde los árboles, desde la tierra, desde el cielo. Algo inexplicable les estaba sucediendo; sus mentes se aclaraban poco a poco y todo comenzaba a cobrar sentido. La naturaleza les comunicaba, más bien les susurraba, secretos increíbles; les pedía ayuda, al mismo tiempo que les ofrecía protección. De improviso los perros comenzaron a intranquilizarse. Andrés, que llevaba a Víctor sobre sus hombros, se detuvo de inmediato, mirando los árboles con detención.

—Salvador, ¿puedes averiguar qué quieren decirnos los árboles —preguntó, sin siquiera darse vuelta hacia el chico.

—¿Qué? —repuso Salvador con sorpresa—. ¿Que qué quieren decirnos los coihues? ¡Cómo voy a saberlo! —agregó, irritado.

—¡Solo haz la pregunta! —le ordenó Andrés, con la firmeza de un líder al cual no debe contradecirse.

Salvador, sin disimular su molestia, miró a su alrededor y en su interior pensó la pregunta: “¿Qué quieren decirnos, altos coihues?” Por un momento vio con claridad cómo los milenarios habitantes del bosque se movían, se acercaban a él y le hablaban en una extraña lengua, la que, sin embargo, pareció comprender.

—Dicen algo así como que estamos en peligro —expresó, todavía incrédulo por entender el mensaje —; dicen que tengamos cuidado con lo que se oculta en la floresta.

Andrés bajó a Víctor de sus hombros y lo posó sobre la hierba. Tomó la revista y la abrió donde aparecían los extraños símbolos que le atormentaban desde hacía rato. Comenzó a descifrarlos rápidamente y con gran facilidad.

–Una gran batalla se desatará en este bosque –interpretó–: la lucha de los héroes contra las fuerzas del abismo. –Era la primera vez que todos escuchaban estas palabras sin hallarlas extrañas y fantásticas y sin sentir miedo alguno. Por el contrario, ellas los pusieron alerta y los prepararon para lo que pudiera suceder–. Los siete héroes deberán demostrar su valentía –agregó– y luchar con todas sus fuerzas para detenerlas y salvar este santuario natural...

Andrés debió interrumpir sus palabras. Los perros corrían de aquí para allá, gruñendo y gimiendo, pero sin ladrar. Desde lo profundo de la espesura se percibían unos pasos sigilosos. El bosque comenzó a oscurecerse extrañamente y luego el silencio se hizo penetrante, hasta llegar a ser aterrador.

–¡Humanos, carne fresca! –se dijo el explorador que deambulaba oculto por los matorrales de quilas. Había sido enviado por los amaroks a reconocer el terreno y debería volver donde su líder para alertarlo de la presencia de enemigos. Pero su apetito pudo más y comenzó a acercarse para devorarlos él solo. Con la vista fija en sus presas, comenzó a aproximarse lentamente, hasta una distancia que le permitiera saltar sobre los aparentemente desprevenidos humanos. Tensó los músculos de sus oleosas patas y los pelos de su lomo grasiento se erizaron; aguzó los ojos amarillos, y justo antes de dar el salto definitivo, se levantó ante él Constanza. La chica, que lo había percibido venir, clavó su vista sobre el engendro, quien estalló en llamas en un instante. El chillido de dolor de la bestia fue tan estridente, que se sintió a varios kilómetros a la redonda. No muy lejos de allí, los otros amaroks oyeron el alarido de su compañero y dando un escalofriante rugido de odio, se lanzaron a cobrar venganza.

–Debió ser un explorador –dijo Andrés, aún atónito ante el cadáver de la bestia que olía a petróleo–. Ahora serán decenas, tal vez cientos, los que vendrán a vengarlo. Debemos estar preparados.

Los chicos se estremecieron. Hacía rato que habían asumido que esto era parte de una misión, en la cual habían sido involucrados sin pedirlo. El aspecto pavoroso y el

tamaño de la bestia muerta, les decía que la lucha iba a ser muy desigual, a pesar de los poderes que recién tomaban conciencia que se estaban manifestando en cada uno de ellos.

Andrés advirtió la inquietud reflejada en el rostro de los chicos; parecían querer explicarse cómo habían llegado a ser parte de una leyenda, cuando pocos días atrás eran niños comunes y corrientes; ni siquiera comunes y corrientes, sino chicos marginados y humildes, los más menospreciados de sus congéneres. Como líder del grupo, Andrés, ya convencido de ser el líder del que hablaba la revista, se dio cuenta que era preciso motivarlos, hacerlos sentir que sus poderes los harían fuertes y capaces. Y decidió hablarles con determinación:

–¡Salvador, gran domador de fieras! ¡Constanza, ojos de fuego! ¡Victor, el hombre pájaro! ¡Valentina, dominadora de los elementos! ¡Mark, trepador y señor de los escaladores! ¡El planeta nos necesita, la naturaleza nos llama! ¡Somos los elegidos para revelar el Arkanus, combatir el mal y todas sus corrupciones! ¡Debemos ser dignos de esta misión que nos han encomendado y mantenernos valerosos hasta el final! ¡Los ejércitos del Señor del Abismo se acercan y debemos derrotarlos! ¡Utilice cada uno sus poderes en la mejor forma posible! ¡Vayan, estarán siempre acompañados por las fuerzas del bien, que serán su principal fortaleza!

Los chicos sintieron en sus renovados corazones el influjo de las palabras pronunciadas por su líder, quien los llamaba por sus nuevos nombres y les revelaba sus poderes específicos. Salvador volvió a verle enorme y luminoso, como aquella vez que los rescató en el río. De seguro se trataba de un gran guía, que sabría conducirlos con sabiduría y arrojo.

Cada uno partió en una dirección distinta para iniciar la batalla. Solo Víctor permaneció sentado sobre la hierba, sin poder moverse. Advirtiendo su desconcierto, Andrés se le acercó:

–Victor, sé que descubrirás pronto cómo luchar. Fuiste el primero en tener la revelación de tus poderes, por lo que confío en ti más que en nadie.

Tras esto, Andrés se perdió entre los matorrales de ñirres. Al quedar solo, Víctor sintió temor por primera vez en mucho tiempo. Trataba de incorporarse, pero no lo conseguía. No lograba entender en qué forma podría volar como había soñado. Sintió ganas de llorar, pero no supo cómo hacerlo, pues nunca había llorado.

LA PELIGROSA MISIÓN DE ANDRÉS

Andrés caminó por un sendero estrecho entre arbustos enmarañados. Llevaba consigo la revista y se detuvo para leer una vez más lo que decía acerca de su misión. Él era el intérprete y el líder, sí, pero no lograba imaginar que tendría que estar en peligro de muerte para hacerse invisible. Sabía que en cualquier momento se encontraría ante otros de aquellos monstruos horripilantes y aún no sabía cómo enfrentarlos. Buscaba en su interior una voz que le hablara; miraba a los árboles, por si querían decirle algo, pero nada. No obstante, la montaña lo atraía con un magnetismo poderoso, ineludible.

“—El primer héroe es el Intérprete —leyó una vez más—. Este posee extensos conocimientos de lenguas muertas y códices milenarios. Y tiene el poder de hacerse invisible cuando corre peligro de muerte, ya que será él quien encuentre el Arkanus, lo descifre y lo lea, sin que nadie logre impedirselo”.

Aquel segundo párrafo era sin duda el que describía su misión. “Tal vez esta no sea precisamente luchar”, pensó, mientras se acercaba a la montaña que lo llamaba con voz misteriosa. En eso, se detuvo frente a una explanada y se ocultó entre unos frondosos helechos. Vio con terror a un grupo de bestias, tan espantosas como la que habían muerto un rato atrás. Un gran engendro gris parecía estar dándoles instrucciones. Justo detrás de ellos, se veía una entrada al interior del cerro que se había propuesto explorar. Estaba perfectamente custodiada por varios monstruos

furibundos.

De pronto comenzó a sentir unos extraños bufidos detrás de él, que lo paralizaron. Un gruñido ronco le confirmó que algo aterrador se acercaba a sus espaldas. “Sin duda es uno de los guardias que custodian el perímetro”, pensó, lleno de pavor. El aliento fétido de la bestia, que llegó hasta él, lo impulsó a echar a correr, pero se encontraba inmobilizado por el miedo. Sintió cómo las asquerosas patas del animal hacían crujir las hojas del piso, acercándose.

El hocico de la criatura ya se encontraba a unos centímetros de su nuca. El amarok daba olfateadas al aire, como percibiendo algo, una presencia que lo incomodaba, y gruñó roncamente otra vez. Andrés comenzó a temblar. El horrible engendro retrocedió unos pasos y volvió a avanzar, pasando a su lado, rozándolo con su grasiento pelaje aceitoso. Andrés pudo sentir su repugnante organismo, que emanaba maldad. Sin embargo el monstruo no lo había descubierto.

—“Y tiene el poder de hacerse invisible cuando corre peligro de muerte, ya que será él quien encuentre el Arkanus...” —se dijo nuevamente Andrés. Estaba claro que la bestia no había podido verlo con sus perversos ojos amarillos.

Se mantuvo de pie sobre una roca por unos instantes, para probar si realmente no podían detectarlo. En efecto, las espantosas criaturas seguían en su conciliábulo sin notarlo. Se encaminó entonces con decisión hacia su objetivo. Mientras pasaba cerca de ellos pudo sentir la oscuridad que emitían.

El líder gris comenzó a inquietarse; miraba a su alrededor, sintiendo una presencia que lo intranquilizaba. Daba una especie de ladridos afónicos al aire y olfateaba insistentemente. Los demás se pusieron en alerta. Andrés se detuvo presa del pánico, temiendo haber perdido el poder de no ser visto. La criatura mayor ordenó a un grupo que inspeccionaran el lugar. Tres de ellos pasaron cerca de Andrés sin distinguirlo. Eso le dio ánimos para continuar.

La entrada de la cueva parecía alejarse en lugar de acercarse, pero siguió avanzando, hasta que sucedió algo terrible. Sin que Andrés se diera cuenta, el

amarok gris se puso justo detrás de él, en posición de ataque. Andrés se dio vuelta y quedaron frente a frente. La bestia lo miraba con sus penetrantes ojos amarillos. Estaban a escasos cinco metros de distancia uno del otro.

–Estás ahí. No puedo verte, pero sí sentirte –gruñó el amarok.

Andrés retrocedió unos pasos, hasta chocar con una gran roca a sus espaldas.

–Puedo oler el hedor de tu carne débil y putrefacta –rugió la bestia.

Andrés, como buen intérprete, entendió perfectamente el idioma de rugidos del súbdito de las tinieblas.

Pasó un largo instante, en que el enorme monstruo y Andrés estuvieron uno frente al otro. El amarok se agachó de pronto y dio un enorme salto para caer sobre el héroe. Pero como no lo veía y solo lo sentía respirar, erró el cálculo, pasó de largo por sobre Andrés y chocó contra la roca, dándose un feroz golpe en el hocico, que le quebró los colmillos y lo hizo caer al piso, retorciéndose de dolor. La sangre oscura brotó abundantemente de sus fauces y se incorporó presa de una incontenible furia. Los demás amaroks comenzaron a correr en todas direcciones, en busca de aquel ser que no veían. Andrés aprovechó la confusión para internarse en la caverna y perderse en la oscuridad.

EL HOMBRE PÁJARO Y LOS ESCALADORES

Víctor continuaba sentado sobre la húmeda hojarasca, sintiendo un gran temor y soledad. Sus piernecitas le parecían aún más pequeñas e inútiles. Trató de encender su radio a pilas, pero esta continuaba descompuesta desde la tormenta. Aún no lograba descubrir la forma de desplegar su facultad de volar, si es que la tenía realmente. Miraba a su alrededor, por si veía a algún pájaro que pudiera contarle su secreto, pero lo que sus ojos vieron fue algo realmente pavoroso. Desde los

matorrales de quilas comenzaron a surgir unas horribles criaturas, echando espuma por la boca. Intentó arrastrarse hacia unos árboles cercanos, pero apenas pudo avanzar unos pocos centímetros. Las bestias comenzaron a rodearlo, corriendo en círculos, como buitres hambrientos en torno a un cadáver. Víctor tomó una piedra, que estaba a su lado, y la arrojó contra una de ellas. El proyectil la golpeó en el lomo, sin siquiera hacerle cosquillas.

–¡Un bocado fácil! –dijo uno de los amaroks, sarcástico, mientras la docena de feroces criaturas rodeaba al indefenso chico.

Estaban a punto de abalanzarse sobre él cuando, desde los árboles, descendió Mark con gran habilidad. Lo acompañaba un pequeño número de seres que Víctor nunca había visto. Se movían por entre el ramaje de los avellanos con gran soltura. Varios de ellos saltaron sobre las bestias, desatándose una feroz contienda.

–¡Sujétate a mi cuello! –ordenó Mark a Víctor, al tiempo que comenzaba a preparar a un árbol, huyendo del lugar. Detrás de ellos se sentían los aullidos de dolor y el crujir de huesos rotos de las criaturas, que estaban siendo despedazadas por los ágiles escaladores, a quienes Mark había convocado haciendo sonar su silbato. Sin embargo, como los amaroks los superaban en número, algunos de estos se escabulleron en persecución de los dos héroes, que huían entre las quilas con agilidad felina. Durante varios minutos huyeron por entre los arbustos, hasta encontrarse ante la quebrada que se había formado por el paso del río. Y cuando Mark se detuvo a tomar aire, presa de un gran agotamiento, se vieron rodeados nuevamente por las fieras enfurecidas.

Las paredes del acantilado se veían propicias para escalarlas, pero con Víctor a cuestas resultaba imposible.

De pronto, Víctor vio lo que parecía un espejismo. En un principio no dio crédito a su imprevista visión. Ante ellos, al borde del precipicio, estaba el triciclo cartonero, repleto de cartones y con su silla en lo alto.

–¿Cómo habrá llegado hasta aquí? –se preguntó Víctor. Pero no era el momento

de hacerse preguntas, por algo estaba ahí. Tocó el hombro de Mark, que permanecía de rodillas, tratando de recuperar el aliento, mientras las bestias comenzaban a acercarse peligrosamente. El chico entendió el mensaje y corrió hasta el destartado vehículo, puso a Víctor en su silla, subió al triciclo y comenzó a pedalear. Los amaroks le cerraron el paso; la única salida posible era el acantilado, una alternativa por cierto impracticable.

Sin embargo, Mark continuó pedaleando en esa dirección, mientras las horrendas criaturas se afanaban por alcanzarlos.

—¿Qué hacemos?—gritó Mark a Víctor, cuando el acantilado estaba solo a unos metros y ya era imposible detenerse. Víctor se dio vuelta hacia él y a Mark le pareció que un aura mágica lo rodeaba. Sonriendo, el niño le dijo con su voz suave y angelical:

—Pedalea.

Mark no tuvo tiempo de discutir la extraña orden, solo cerró los ojos y pedaleó a todo lo que daban sus fuerzas. Entonces sucedió lo increíble: el humilde triciclo cartonero, el desvencijado vehículo reciclador, comenzó a volar por sobre la quebrada, a surcar el aire a gran velocidad. Víctor miró el paisaje satisfecho, mientras una bandada de loros trichahue, que pasaban por el lugar, lo saludaban con respeto. Encendió su radio, que ahora sí funcionaba, y una antigua canción se escuchó fuerte y clara:

—*Volare oh, oh.*

Mark miró hacia atrás y vio cómo unas cuantas bestias caían al vacío, zurrándose contra las rocas y pereciendo entre bramidos de dolor.

—*Cantare oh, oh, oh, oh*—oyó Víctor, el Hombre Pájaro.

DOS NIÑAS EXTRAORDINARIAS

Tras unos minutos de abrirse paso entre los matorrales de ñirres, Constanza y Valentina desembocaron en un claro del bosque. Valentina se echó al suelo y estalló en llanto.

—¿Por qué lloras?—le preguntó Constanza, inquieta.

—¡Porque soy una inútil!—repuso la niña—. Todos tienen poderes, menos yo, que ni siquiera soy valiente. Además, soy pequeña y tonta—sollozó.

—No eres débil ni tonta—le replicó Constanza, sacándole los lentes y ordenándole el pelo—. Eres una niña muy inteligente y valerosa; ya llegará el momento en que descubrirás tus poderes.

—Es que tengo mucho miedo—susurró Valentina.

—Todos lo tenemos—dijo Constanza, con ternura—. Para todos nosotros esto es algo extraño y nuevo, pero debemos ser fuertes. Mira este bosque de avellanos, ¿no es maravilloso? Si podemos hacer algo para salvarlo, como a todos los bosques de este mundo, debemos ser fuertes y valerosos.

—Si solo estuviera aquí mi papá—lloró Valentina.

—Seguro que él está por ahí cuidándote y vigilándote, como también lo hacen los míos.—Constanza recordó el terrible accidente que acabó con la vida de sus padres. Ella era aún muy pequeña, demasiado pequeña como para haberse percatado en profundidad de la pérdida. Y también recordó a sus abuelos, que a pesar del dolor se enfocaron en cuidarla en la mejor forma. Sintió un nudo en la garganta.

Las chicas se abrazaron en medio de la quietud del bosque.

El silencio se rompió de súbito, en cuanto apareció un grupo de amaroks. De sus hocicos fluía un líquido repulsivo, una baba asquerosa, que evidenciaba su voraz apetito. Constanza los miró fijamente de uno en uno, sabedora ya del poder flamigero de su visión. Los ojos de la chica se tornaron de un rojo furioso y aún cogida de la mano de Valentina, que temblaba y sollozaba a su lado, comenzó a calcinar una a una a las bestias, que ardían dando pavorosos rugidos. Mientras lo

hacia, le habló a la pequeña:

—Aguanta, mi pequeña Valentina. Sé valiente. No podré sola con estos monstruos, necesito tu ayuda. —La niña no dejaba de llorar—. Acuérdate: ¿te ha pasado algo distinto a lo de siempre? —Sus ojos ardían como brasas, chamuscando a los amaroks que se les acercaban e intentaban rodearlas.

—No lo sé. Espera... hace unos días pedí, mirando casualmente a la señora de mi pastillero, que dejara de llover y dejó de llover. Creo que fue una coincidencia.

—¡Eso eso es, mi querida! ¡Ese es tu talismán! ¡Úsalo! ¡Eres la Dominadora de los Elementos, como Andrés lo dijo! ¡Pídele a tu talismán que nos socorra!

Mientras Valentina sacaba de su bolsillo el pastillero y rogaba con todas sus fuerzas a la figura de su tapa que las ayudara, Constanza seguía abrasando engendros con sus ojos de fuego.

De pronto, la suave brisa que corría en el bosque se transformó en una gran ventolera. Constanza cayó al suelo, agotada de enfrentar con sus ojos a los amaroks que las acometían, al tiempo que Valentina se ponía de pie y mirando concentrada su talismán pronunciaba estas palabras:

—¡Vientos del sur y del norte, ciclones y temporales, devuelvan a estas criaturas a sus escondites abismales!

Una ráfaga impresionante de viento sopló en dirección a los atacantes, dispersándolos, haciéndolos chocar contra los árboles y azotándolos contra el suelo. Desde el piso, y con sus ojos todavía cansados, Constanza pudo apreciar el inmenso poder de una niña, aparentemente tan pequeña e indefensa, que ahora se transformaba en una heroína poderosa. Esto le dio ánimos para ponerse de pie y comenzar a ocupar de nuevo sus ojos de lanzallamas.

La mortandad de amaroks achicharrados fue grande. Sus pelajes combustibles chisporroteaban y ardían al instante, haciéndolos dar alaridos aterradores. El aire apestaba a petróleo quemado. Sin embargo, los engendros de lo oscuro seguían apareciendo en grupos de combate desde las profundidades del bosque. Constanza

continuaba paseando su mirada encendida de un lugar a otro, pero el tiempo no le alcanzaba para enfocarlos uno a uno.

—¡Valentina, son muchos, debemos salir de aquí! —exclamó Constanza, mientras hacía arder a una de las bestias—. ¡Pide ayuda de nuevo, Valentina!

La niña volvió a concentrarse y a clamar ayuda a los vientos, mientras ambas corrían en dirección al río. De pronto, un violento ciclón envolvió al grupo de engendros que las perseguía a corta distancia. Era la naturaleza, que acudía en su rescate.

MONITOS DEL MONTE

Salvador podía sentir a lo lejos el bullicio de los combates desatados en el bosque de avellanos. Sin embargo, aún caminaba buscando su momento, el que no parecía llegar. Intentó consultar a los árboles, pero estos permanecían mudos de temor. Tampoco logró visualizar a qué animal recurrir. Por un instante, le pareció que esto del Gran Domador era más fantasía que realidad. Se sentía solo, aunque realmente no lo estaba: un animal descomunal lo observaba desde las sombras.

El chico penetró en un lugar oscuro, una especie de caverna creada por la misma vegetación. Hacía mucho frío; la luz no llegaba hasta allí. El piso era pantanoso; tanto, que le costaba avanzar sin hundirse en el fango, un fango negro y resbaloso, como betún de zapatos. De pronto le pareció que una criatura grande se desplazaba cerca de él, pero la oscuridad, que a cada paso era mayor, le impedía verla. El frío del lugar lo estaba calando hasta los huesos. Súbitamente pudo distinguir unas luces amarillas, que se movían a lo lejos. “Son luciérnagas”, pensó y trató de comunicarse con ellas, pero estas no le respondían. Sin embargo, las luces se acercaban; solo bastaba que avanzara unos metros y podría tocarlas. Se sentía como hipnotizado por

su movimiento.

Un rugido tremendo lo sacó del estupor y lo hizo caer de espaldas en el barro. Las luces retrocedieron, permaneciendo a corta distancia. Salvador intentó ver desde donde provenía aquel bramido atroz, y apenas a unos pasos identificó a una enorme bestia blanca.

—¡No te muevas! —le habló el animal—. ¡Los amaroks solo han retrocedido para reagruparse! —agregó, poniéndose delante de Salvador, quien no podía creer lo que sus ojos veían: un enorme oso polar en un bosque húmedo del sur, al cual, además, le entendía el lenguaje.

—¿Quién eres? —le preguntó temeroso.

—Eso no importa ahora —respondió el oso, sin quitar la vista de las bestias que se aproximaban con sus luces—. Necesito que uses tus poderes y convoques a los habitantes del bosque. ¿Eres o no el Gran Domador?

—Creo que sí, pero no sé como hacerlo, aún no conozco del todo mis poderes —repuso Salvador.

—Piensa en ellos intensamente y llámalos. Pero hazlo rápido, pues los amaroks se acercan. —Las luces amarillas comenzaban nuevamente a aproximarse.

Salvador intentó concentrarse una vez más en los seres del bosque, pero no lograba conectarse con ellos. El lugar era tan sombrío, que parecía pertenecer a otro mundo y de seguro allí no habitaban seres vivos. Las bestias comenzaron a gruñir con ferocidad, disponiéndose al banquete.

—¡Haz algo! ¡Rápido, ya no les asusta mi rugido!

La desesperación hizo que Salvador sacara de su bolsillo, inconscientemente, uno de los chicles que siempre llevaba consigo. Lo apretó entre los dientes mientras gritaba una especie de invocación:

—¡Amigos animales de las cercanías, acudan en nuestra ayuda!

Antes de que su grito se apagara, el Uno, el Dos y el Tres, los tres quiltros pendenciosos y desaliñados de los Santos Dumonte, emergieron desde la oscuridad,

ladrando con furia y abalanzándose sobre los amaroks. Cogidos de sorpresa, estos empezaron a retroceder. El oso miró a Salvador sorprendido y se unió a la persecución rugiendo. Al chico, que aún permanecía en el suelo, no le quedó más que coger una rama gruesa y gritando, como un desaforado, lanzarse también sobre la avalancha de engendros, que ahora huían despavoridos.

Más que el aspecto de los perseguidores, lo que hacía huir a las bestias eran los gritos humanos, los ladridos de los perros y los rugidos del oso, que sonaban como un concierto terrorífico.

Cerca de allí estaba el amarok Gris, con su hocico desfigurado por el golpe contra la roca.

—¡Cobardes! —aulló, dando un zarpazo mortal a uno de los amaroks que venía huyendo—. ¡Miren a quienes los persiguen, estúpidas bestias!

El tropel de engendros se detuvo y también lo hicieron sus perseguidores, cuya cantidad y débil aspecto quedó en total evidencia. Los amaroks, dando furiosos rugidos de venganza por haber sido burlados, volvieron sobre sus pasos.

—¡Atrás! —gritó el oso—. ¡Volvamos!

Y los perros, el oso y Salvador, todavía con una rama en la mano, cambiaron su trayectoria, huyendo, esta vez aterrados, como antes lo hicieron los amaroks.

Tras unos minutos de carrera en retirada, el agotamiento los hizo detenerse bajo un bosque de araucarias. Los amaroks, viendo que sus perseguidos no tenían escapatoria, detuvieron su cacería. No se decidían a atacarlos: su líder les había ordenado que lo esperaran. Quería que los fugitivos fuesen su bocadillo especial.

El amarok Gris avanzó lentamente sobre sus presas, con la clara intención de devorarlas.

—Intenta usar ahora tus poderes —le susurró el oso a Salvador.

El chico pensó de nuevo en los animales del bosque, pero no recordaba a ninguno capaz de enfrentar a esas bestias. Por su cabeza solo pasaba la imagen de los tiernos monitos del monte, las pequeñas e indefensas criaturas de esa región.

De pronto, sobre el hocico maltrecho del amarok Gris cayó un piñón de araucaria⁴. Luego fueron más de uno y, tras ellos, una lluvia de piñones se desencadenó sobre los sorprendidos amaroks, que tendieron a desbandarse ante lo imprevisto de los proyectiles. Salvador miró hacia lo alto de los árboles y pudo ver a un ejército de monitos del monte lanzando los duros frutos. Muy luego, la lluvia de piñones se transformó en un verdadero temporal y los engendros del mal comenzaron a dar aullidos de desesperación. El grupo de héroes aprovechó la situación para subir por la colina que se iniciaba en la linde del bosque, pero el oso, exhausto se quedaba atrás. El Gris ordenó entonces a sus súbditos trepar a las araucarias para matar a los animalitos fastidiosos y terminar con el diluvio exasperante. Varios amaroks comenzaron a treparlas, pero resbalaban y caían al suelo, pues sus cuerpos aceitosos no estaban hechos para escalar troncos. Salvador se dio cuenta de que el tiempo era escaso para ponerse a salvo y retrocedió para ayudar al agotado plantigrado.

Los monitos del monte, entretanto, continuaban arrojando sus proyectiles sobre los amaroks, los que ante el inusitado chaparrón comenzaron a desbandarse.

Aprovechando la tregua, Salvador y su pequeña hueste alcanzaron lo alto de la colina.

COMBINACIÓN DE PODERES

Pese a los violentos combates que ya habían emprendido los siete héroes contra las huestes del Señor del Abismo apenas habían rasguñado a sus ejércitos. Estos se reagrupaban en la montaña, creciendo en número y acumulando rabia. Se preparaban para una ofensiva que planeaban fuera la final y que ahora sería con todas sus fuerzas desplegadas.

Continuaban llegando más amaroks desde las profundidades. Pero a esto, que de por sí ya era aterrador, se sumó algo pavoroso: en un instante la montaña crujió, el olor a petróleo se apoderó del ambiente, todo se oscureció y las propias bestias viscosas se estremecieron de miedo. Hasta al amarok Gris comenzaron a temblarle las nauseabundas patas. Por la entrada de la caverna aparecieron decenas de bestias aún más espantosas que las que ya habían combatido en el bosque de araucarias. Eran los temidos amaroks del Foso Negro, los más horribles de esta especie, mordiendo el aire con furia y dando unos aullidos espeluznantes. Tras ellos surgieron tres bestias descomunales, doblemente más grandes que las demás. Eran Nesfar, Ineter y Goldan. Convocadas especialmente por el Señor del Abismo, acudían a la batalla para ganarla de una vez. El mal jugaba todas sus cartas, ya que había encontrado, contra todos los pronósticos, cierta resistencia en un grupo de humanos. Peor aún, estos los habían enfrentado y derrotado en los primeros encuentros. El amarok Gris se acercó titubeante a las imponentes alimañas.

—¡Has fracasado! —le rugió Nesfar, colérico y con el lomo erizado.

El Gris sintió pánico.

—¡Tú sabes lo que le sucede a quienes le fallan a nuestro amo! —continuó Nesfar, y abalanzándose sobre él y clavando sus fauces en el lomo de la bestia, lo sacudió de un lado al otro, azotándolo contra las rocas. Ante el espanto de los demás, el Gris cayó al suelo despedazado. El Señor del Abismo les daba a entender así que no toleraría más errores. Al amanecer del día siguiente tendría que ejecutarse la ofensiva final.

Al pie de la colina, el ocaso se dejaba caer sobre el río, cubriéndolo de un sombrío velo de oscuridad. Salvador bajaba por la pendiente acompañado por los perros. De pronto se dio cuenta que el oso no lo seguía, así que volvió sobre sus pasos para buscarlo. Pero lo que encontró fue algo muy distinto a su compañero de lucha. Entre unas rocas, con su atuendo rasgado, yacía tendido en el piso un munit. Salvador le ayudó a incorporarse.

–¿Quién eres? –le preguntó, cauteloso.

–Muy a tiempo lo de los animalitos pequeños –contestó el inuit, visiblemente fatigado.

–¿Acaso eras tú el oso polar? –preguntó Salvador, admirado y receloso al mismo tiempo.

–No, él era Nanuc, el gran oso polar; yo solo me reencarné en él –repuso el inuit.

–¡Entonces tú eres el Chamán! –exclamó Salvador, con admiración y entusiasmo–, ¡tú eres el séptimo héroe, el que se reencarna en animales!

El niño estaba dichoso de completar finalmente el círculo que no lograba cerrar por falta de un héroe, pero el encuentro con Kalaalit y la demostración de su poder de transformarse en animales, le permitió completar el complejo rompecabezas.

El grupo comenzó a reunirse a orillas del río. Poco a poco fueron llegando, desde distintas direcciones, primero. Constanza y Valentina, saltando por sobre las rocas tomadas de la mano; luego apareció Salvador, cargando a un malogrado inuit. Haciendo giros y cabriolas sorprendentes en el aire, Mark y Víctor descendieron en el triciclo cartonero. Todos se abrazaron emocionados al verse sanos y salvos. Salvador presentó al nuevo integrante del grupo, a quien todos dieron felices la bienvenida. Durante un buen rato cada uno relató sus hazañas increíbles. Hablaron de sus poderes y de cómo los habían ido descubriendo; hablaron de los escaladores y de las horribles bestias de las tinieblas. Kalaalit les contó que venía de muy lejos, desde Groenlandia, en el Ártico, al encuentro de su destino y de sus nuevos compañeros.

La noche los sorprendió hablando aún de lo que habían vivido aquel día. Solo Andrés no aparecía por ninguna parte.

–¿Qué hacemos ahora? –preguntó Mark a Salvador, que permanecía mirando a lo alto de la colina aún con esperanzas.

–Debemos buscar a Andrés –repuso el chico.

–Le oí decir que iba en busca de la entrada a una cueva que había divisado en la

colina –señaló Constanza.

–Tal vez regresó al pueblo –dijo Salvador y decidieron emprender el regreso en medio de la oscuridad.

A unos cuantos kilómetros de ahí se producía un maléfico festín. Los amaroks habían cavado un foso profundo, ante la supervisión atenta de Nesfar, Ineter y Goldan. Con sus garras poderosas y afiladas, las bestias horadaban la tierra con desesperación. Por entre la turba de monstruos, nadie notó que se desplazaba sigilosamente una sombra silenciosa.

De pronto estalló desde el fondo de la oquedad una gruesa columna de petróleo a gran presión. Las fieras chillaron de excitación, causando un tremendo alboroto. Las tres bestias mayores se miraron satisfechas. El “aceite de roca” comenzó a emerger con fuerza, hasta repletar el profundo foso. Una turba de amaroks se arrojó dichosa en las negras y aceitosas aguas. Otros las bebían como agua fresca, casi atragantándose. Los que se zambullían, salían empapados en el líquido viscoso y se internaban en el bosque de araucarias, restregándose contra sus troncos. Las abismales criaturas tenían un claro propósito: incendiar aquel bosque nativo y milenar, como lo profetizaba la leyenda, y dejar en llamas a todos los seres que lo habitaban, incluyendo, por cierto, a los siete héroes.

Desde su posición, Andrés captó de inmediato sus crueles intenciones y apresuró el paso para ir en busca de sus compañeros. Goldan había percibido su presencia, pero lo dejó continuar. Quería devorarlos a todos juntos.

Los chicos, por su parte, llegaron hasta el furgón, que permanecía en el camino, y Mark trató de hacerlo partir. De nuevo el vehículo se negó a hacerlo. Al parecer el destartalado cacharro parecía saber cuando era prudente ponerse en marcha.

–Es peligroso regresar a pie al pueblo –dijo Mark.

–Algunos podemos hacerlo en el triciclo. Es preciso que antes encontremos a Andrés –opinó Constanza.

–No hay que separarse. Esta batalla está lejos de terminar –aseguró Salvador.

–¿Y si esperamos aquí? –dijo Valentina–. Tal vez Andrés vuelva a este mismo sitio.

Kalaalit asintió, y, como buen chamán, pronunció unas palabras en su lengua y un montón de ramas y de hojas se encendieron. Sacó unos pescados de su alforja, los atravesó con una estaca y comenzó a asarlos. Todos lo miraron con alegría y admiración: hacia mucho rato que no probaban bocado. El chico aborigen sonrió:

–Acérquense, hay suficiente para cada uno.

Durante un rato olvidaron combates y poderes extraordinarios y disfrutaron de unos momentos de tranquilidad y comunión, la que sin embargo duró poco. En eso llegó Andrés a la carrera, cubierto de petróleo y bastante desgreñado. Parecía un nuevo tipo de engendro que venía a atacarlos. Los chicos se pusieron de pie, asustados.

–¡Soy yo, no se asusten! –dijo Andrés, advirtiendo su temor–. Traigo dos noticias: una buena y otra mala. ¿Por cuál empiezo?

–¡Por la buena! –contestaron a coro, felices de constatar que era su líder y no otra bestia maligna que emergía del bosque.

–Bien, empecemos por la buena –dijo Andrés–. Encontré una entrada, la misma por la que emergieron las bestias. Gracias a ella logré dar con el pasaje secreto que, según los símbolos, nos llevaría a las profundidades de la tierra, donde está el Arkanus. Pero ella está custodiada por un fuerte grupo de engendros, ahora dirigido por tres bestias más grandes y poderosas, que lideran un ejército de seres enormes y horripilantes.

–¡Si esa es la noticia buena, cómo será la mala! –se lamentó Salvador.

A los demás chicos tampoco les pareció un panorama alentador, así que Mark se apresuró a preguntar:

–¿Y la mala? ¿Cuál es la mala?

–Estos engendros malignos han creado un enorme pozo de petróleo para incendiar

el bosque y toda la comarca. Ese es su nuevo plan.

–¡No permitiremos que lo hagan! ¿Verdad? –preguntó Valentina, que ahora parecía tener una voz más potente y decidida.

–Como chamán, tú podrás averiguar si ese es su plan –dijo Andrés, dirigiéndose al chico inuit, que aún permanecía sentado junto al fogón.

Kalaalit tomó un poco de tierra, la arrojó al fuego y comenzó a descifrar en el humo el mensaje que quería comunicarle la naturaleza.

–Debemos enfrentar a las bestias, pero esta vez unidos –dijo Kalaalit, con voz solemne y misteriosa–. Será preciso que combinemos nuestros poderes, solo así podremos derrotarlos. En esta batalla nadie que no sea uno de nosotros puede participar.

Todos pensaron en que no podrían ser ayudados por los asombrosos y valientes escaladores. Salvador pensó en los monitos del monte, sus curiosos amigos.

–Esta será la batalla que nos hará dignos defensores de la naturaleza y que nos permitirá conocer la Ciudad Subterránea –agregó el chamán.

–¿Dignos? –preguntó Mark–. ¿No es suficiente con lo que ya hemos arriesgado?

Andrés lo tranquilizó, mostrándole otros símbolos en las páginas de la revista, ya bastante estropeada y sucia.

–Observa –le dijo–. Estos símbolos señalan que los héroes, si demuestran ser dignos, podrán llegar a la Ciudad Subterránea, donde habitan los desterrados que hace miles de años se ocultaron bajo la tierra. Para demostrarlo deben derrotar a los ejércitos del Abismo y pasar con éxito siete pruebas.

–¿Siete pruebas? ¡Todavía más pruebas! –exclamó Salvador, que se había acercado curioso a la revista, para mirar los símbolos de los que hablaba Andrés. Estos le parecieron extraños e indescifrables, pero su líder era el intérprete y no él. El grupo entero se desmoralizó al conocer el oscuro panorama que se les ofrecía. El amanecer se acercaba y no habían dormido ni siquiera un poco.

–Descansemos aquí, chicos –sugirió Andrés, advirtiendo la evidente fatiga del

grupo.

Pero antes de que terminara de pronunciar estas palabras, se sintió un concierto de aullidos terribles en los faldeos de la cordillera. Los amaroks habían encendido una hoguera descomunal para comenzar el incendio del bosque de araucarias. Andrés se dio cuenta que nuevamente los chicos necesitaban ser incentivados por su líder.

—¡Mis valientes héroes! —los arengó—. Sé que no han dormido ni comido lo suficiente. Pero estoy seguro de que vuestros nobles corazones guerreros no permitirán que las bestias del Abismo destruyan este santuario natural, este bosque maravilloso. ¡Vayamos en su auxilio con astucia y fortaleza! ¡La Ciudad Subterránea nos espera!

Los chicos sintieron inflamarse sus pechos y recuperaron fuerzas de donde ya no las había; las palabras de su líder los despertaron de su letargo y les infundió nuevos ánimos. Víctor fue el primero en elevarse, esta vez solo, en su triciclo volador. Mark trepó a una araucaria, como impelido por un trampolín. Kalaalit tomó su alforja, y Salvador, Constanza y Valentina comenzaron a correr, sumergiéndose decididos en la vegetación del sotobosque. Ya estaba por amanecer y la inmensa hoguera de los venidos del abismo teñía el cielo de rojo furioso.

En el otro extremo del bosque, varios amaroks exploradores se habían introducido entre los matorrales de quilas y firras, pero las tres bestias mayores permanecían en el lugar, preparando una trampa.

—Vendrán aquí —rugió Ineter, satisfecho—. El fuego los atraerá como a insectos.

Ordenados por sus jefes, un trío de fieras tomó a uno de los amaroks que estaba cerca y le encendieron fuego en su pelaje impregnado de combustible. Mientras la infeliz criatura chillaba y se revolcaba de dolor, la comenzaron a empujar hacia el bosque, para que en su desesperación chocara con los árboles y se iniciara el fuego.

A medida que avanzaban entre los matorrales de quilas, los chicos se encontraban con engendros exploradores y los enfrentaban. Mark derribó a dos, que intentaban

ocultarse tras un coihue milenario. Constanza, que iba delante del grupo, fijaba sus ojos llameantes sobre los engendros que aparecían, inflamándoles el pelaje. Pero estas bestias de avanzada eran solo señuelos; Nesfar, Ineter y Goldan esperaban a los héroes en los faldeos de la cordillera, con el grueso del ejército.

El ambiente, de un momento a otro, se tornó irrespirable. El incendio forestal avanzaba sin control y el humo negro les cegaba la visión. Entonces Valentina se detuvo y, concentrándose en su talismán, pronunció estas palabras:

—¡Aguas de los cielos, ríos y manantiales, acudan en nuestro auxilio y extingan estas llamas pavorosas!

De pronto, las aguas cercanas de los arroyos y de las vertientes empezaron a reunirse en las pequeñas, pero poderosas manos de la niña. Luego, una gran columna líquida emergió de ellas y comenzó a extinguir el fuego a su alrededor.

—¡Bien hecho, pequeña! —exclamó Andrés, que sostenía la revista abierta entre sus manos.

Detrás de la humareda que se produjo, apareció más de una veintena de furibundos amaroks rechinando los dientes y en posición de combate. Víctor pasó a vuelo rasante en su triciclo, haciéndolos retroceder algunos metros. Constanza parecía agotada de utilizar sus ojos y Salvador, en su interior, intentaba nuevamente conectarse con algún animal; pero el incendio los había hecho huir a todos.

—¿Qué dice la revista? —gritó Salvador, para hacerse oír entre los rugidos cercanos de los amaroks.

—¡Combinar los poderes, como lo anunció el chamán! —repuso Andrés, también a gritos. Pero nadie sabía como hacerlo.

Ahora de todas partes caían monstruos sobre los chicos, que los rechazaban en diversas formas, viéndose, a veces, obligados a retroceder. Salvador se apartó un instante de la lucha para concentrarse en sus pensamientos e imaginarse a los animales más feroces que pudieran habitar en las cercanías. Valentina, Kalaalit y Constanza permanecían en primera línea; una, arrojando ráfagas de viento y agua,

que hacían volar por los aires a las bestias; el otro, lanzando encantamientos, que les hacía estallar los ojos, y la última, incinerándolos vivos con sus ojos de fuego. Mark, en lo alto, combatía con los que intentaban escalar los árboles, pero esta vez solo, sin la ayuda de los eficientes escaladores. Y Víctor, por su parte, se lanzaba en picado, volando en su triciclo a velocidades asombrosas, golpeando y desbaratando en el aire a varios engendros a la vez. La gran mortandad de estos últimos hizo que comenzaran a replegarse en dirección a las montañas. Era parte de la estrategia: acercar a los humanos a la cordillera, donde esperaba el ejército verdadero.

Salvador permanecía semiparalizado, sin entender por qué no lograba que ahora funcionaran sus poderes. Andrés se acercó a él, advirtiéndole su confusión.

—Vamos, Salvador, no te aflijas, ya llegará tu momento. Recuerda que el chamán dijo que esta batalla debíamos enfrentarla nosotros solos, sin la ayuda de nadie más. Persigamos a estas criaturas malditas hasta su guarida. —Andrés lo tomó de un brazo y corrieron a unirse a los demás.

Los siete héroes se encontraron, súbitamente, frente al lago de petróleo que habían perforado las huestes del Abismo. El silencio era pesado y asfíxico; una densa neblina negra copaba el espacio entero. No había un solo amarok a la vista. De pronto, desde la espesa bruma, emergió la gigantesca y aterradora figura de Nesfar. Se encaminaba desafiante en dirección al grupo, secundado por sus fieles escoltas Ineter y Goldan.

—Así que son ustedes los que pretenden desafiarnos —rugió—. Si apenas son un pequeño grupo de cachorros humanos —agregó, con tono amenazante—. Pero seríamos unos estúpidos si cometiéramos el error de subestimarlos, ya que han derrotado a varios escuadrones de nuestros mejores guerreros —prosiguió, mientras Ineter y Goldan mostraban su aterradora dentadura y rugían rabiosamente. Los ojos amarillos de Nesfar se posaron directamente sobre Andrés:

—Tú, por tu edad, debes ser el líder —dijo.

Andrés se adelantó a sus compañeros y enfrentó a las bestias con decisión:

—¡Perversas criaturas del abismo! —Lo que parecía un insulto provocador, para las bestias era casi un cumplido—. ¡Somos los siete héroes que profetizó la leyenda! ¡Impediremos que ustedes retornen a la superficie de la tierra a instalar su reinado de maldad y destrucción! ¡La naturaleza es nuestra aliada!

—¡Humanos miserables! —gruñó el amarok—. ¡Ustedes mismos han despertado a los habitantes de las profundidades, porque son ambiciosos e ineptos, porque presumen de defender a la naturaleza y la destruyen a cada paso! ¡Son un género despreciable, que se cree bondadoso y sin embargo, es cruel y destructor!

Andrés, sintiendo que había algo de razón en las palabras de la bestia, replicó, intentando rebatirle:

—¡La mayoría de nosotros, los humanos, creemos en el bien —afirmó—, la mayoría respetamos a la naturaleza! Y los que aquí ves, estamos justamente para representar a esa parte de la humanidad!

—¡Si ustedes están dispuestos a sacrificarse por una especie torpe y destructora deberán pagar las consecuencias; prepárense entonces para perecer bajo los ejércitos del abismo!

Al decir esto, Nesfar lanzó un bramido aterrador, que fue imitado por sus horripilantes escoltas.

En eso, el suelo comenzó a temblar y la montaña a estremecerse. Desde el macizo, desde la cueva, desde el interior del pozo mismo de petróleo, comenzaron a surgir decenas, cientos, de amaroks enardecidos y furiosos. Los chicos se agruparon. Solo Víctor permanecía con su triciclo suspendido en el aire.

—¿Qué hacemos? —preguntó Constanza, desesperada—. ¡No podremos con todos ellos, son demasiados!

Andrés la miró impotente, sin saber qué responder.

—¡Tenemos que hallar la forma de combinar nuestros poderes! —gritó Kalaalit, cuando ya el ruido que producían las combustibles patas de los engendros se hacía insoportable.

Víctor alzó entonces el vuelo y se dirigió a lo alto de las montañas. Mark creyó que este los abandonaba y se sintió aún más desamparado. Valentina avanzó unos pasos y comenzó a reunir viento, agua y cuanto elemento natural pudo encontrar en las cercanías. Constanza clavó su vista en las bestias que venían hacia ella, buscando calcinarlas. Kalaalit probaba distintos encantamientos chamánicos para detenerlas. Mark comenzó a trepar por los árboles y a aventar por los aires a las criaturas que se le acercaban. Salvador intentó una vez más contactarse con los animales. Esta vez lo hizo en otra forma: miró en dirección a la cordillera y corrió tras el llamado que provenía de los macizos y que hacía eco en su interior.

Las fieras malignas eran muchas y los chicos se verían pronto sobrepasados, aun cuando todavía lograban mantener un pequeño espacio entre ellos y los engendros. De súbito, Andrés sintió dentro de sí que la naturaleza le pedía algo, miles de imágenes y símbolos pasaron por su mente en ese instante y que un poder increíble lo inundaba por completo. —Es el momento de demostrar que soy el líder, el que enfrentará al Señor del Abismo en la lucha final —se dijo y se adelantó al grupo con determinación. Las bestias, sorprendidas, se detuvieron. Lo rodeaba una especie de campo luminoso, un aura resplandeciente, que lo envolvía centelleante. Comenzó a crecer y a elevarse, y a reunir en él a todas las fuerzas combinadas de sus compañeros. Él sería el vehículo, el portador, quien iba a concentrar y armonizar todos los poderes. Se dio vuelta hacia los chicos y, sin que hablara, estos oyeron sus palabras:

—Mis queridos niños, miren a su alrededor, a la hermosa naturaleza que nos cobija; miren a esos árboles y matorrales, tan viejos como la tierra, y a las pequeñas criaturas que los habitan. Piensen en los insectos, que silenciosos se organizan para sobrevivir día a día. Piensen en las aves y en sus cantos maravillosos; en los arácnidos y su fortaleza sin igual. Piensen en el aire puro que respiramos, en el sol y su tibieza, en el bosque y sus misterios.

Valentina y Constanza, motivadas por la voz de Andrés que les hablaba en su

interior, se tomaron de las manos, se conectaron con su esplendoroso líder y lanzaron sobre las bestias las fuerzas combinadas del agua, del aire y de la tierra. Kalaalit se les unió, sumando el poder de su magia chamánica; su energía penetró en el cuerpo de Andrés, concentrándose y adquiriendo mayor potencia. Los amaroks comenzaron a quedar cegados por el brillante y poderoso halo que se formó en torno a los héroes mancomunados, del que luego formó parte Mark, al integrarse también a ellos, cobrando mayor poder y habilidad. En el aire apareció Víctor, que retornaba al combate acompañado de un escuadrón de cóndores de pico agudo, planeando majestuosos. Desde la misma montaña de donde habían llegado las bestias, ahora bajaba un fantástico batallón de pumas, convocados por Salvador.

Ante el nuevo escenario, las fieras del mal retrocedieron aterradas. Los cóndores se arrojaron, desde las alturas, dando feroces picotazos, arrancando trozos de carne aceitosa del lomo y de la cabeza de las bestias, que se retorcián de dolor. Los pumas se lanzaban ágilmente sobre los amaroks, clavando sus fauces en los cuellos de las abominables criaturas. Salvador, como uno más de los ágiles felinos, luchaba junto a ellos. Mark comenzó a combatir con la ayuda de los árboles, que lo protegían y secundaban. La lucha era encarnizada, pero los nuevos héroes parecían haber cobrado una fuerza sobrenatural. En medio del fragor de la batalla, Nesfar, Goldan e Ineter avanzaban paso a paso hacia Andrés, su objetivo. Este permanecía levitando en el aire, como en trance, con los ojos cerrados, concentrando los poderes de Kalaalit, de Constanza y de Valentina.

Luego ocurrió lo indescriptible. Cuando las tres bestias mayores saltaron iracundas sobre el líder, este abrió sus ojos y las miró de frente, extendió sus brazos, formó un símbolo triangular con sus manos, el legendario símbolo del Arkanus, y dejó caer sobre ellas los tres poderes concentrados de sus amigos: la magia, el fuego y los elementos de la naturaleza. Los tres amaroks estallaron en pedazos, transformándose en viscosos y negros despojos.

Disminuidos y con sus generales muertos, los amaroks comenzaron a replegarse

hacia la entrada de la caverna. Mark, que ahora trepaba por la pared rocosa, continuaba persiguiéndolos. De pronto, un engendro que yacía herido, aprovechó que el chico pasaba junto a él para enterrarle sus nauseabundos colmillos en un muslo. Salvador vio aterrado cómo el monstruo clavaba sus fauces venenosas en la pierna del héroe escalador. Este, malherido, comenzó a sentir que la vista se le nublaba y se desvaneció, afectado por el veneno.

La batalla terminaba con la huida en desbandada de las bestias que sobrevivieron al despliegue de los poderes combinados de los héroes. Sin embargo, los vencedores estaban tristes; uno de los suyos había caído gravemente herido. Víctor subió a los aires por última vez, para despedir y agradecer a los valientes cóndores, que retornaban a refugiarse en los acantilados. Salvador transmitió a los pumas el reconocimiento a su valerosa ayuda, y luego estos regresaron a la montaña.

Kalaalit, Constanza y Valentina trataban de reanimar a Mark, que no volvía en sí. El chico inuit echaba sobre sus profundas heridas unas pócimas que había traído del Ártico, pero nada daba resultado. Andrés permanecía absorto, mirando aún al vacío, afectado por la gran descarga de energía que produjo. Pese a ello, pudo advertir que unas formas extrañas emergían de entre los matorrales de ñirres. Era un grupo de escaladores. Avanzaron despacio, mirando con sus profundos ojos negros nublados también por la tristeza, hasta el puñado de héroes.

Durante un rato Andrés permaneció comunicándose con ellos en silencio, con solo la mirada; luego retornó donde los chicos y les dijo con resignación:

—Al caer herido, Mark alcanzó a convocarlos en su ayuda. Se lo van a llevar. —Los niños se asustaron y se aferraron a su amigo malherido.

—No teman —les dijo Andrés—: ellos poseen las medicinas necesarias para curarlo. Si se queda con nosotros morirá.

Los chicos miraron a los escaladores, y su rostro afable y benévolo les produjo tranquilidad. Andrés, muy triste, tomó a Mark en sus brazos y lo puso delante de los recién llegados. Dos de ellos se acercaron al chico malherido, lo levantaron y

desaparecieron instantáneamente entre los matorrales del sotobosque. Solo quedaron flotando en el aire unas cuantas hojas, que tardaron en caer.

A pesar de la rotunda victoria sobre los ejércitos del Abismo, los héroes permanecían abatidos. Uno de ellos había caído. Se miraron sin hablar, comprendiendo que debían seguir el camino para el que estaban destinados. Un gran sol radiante apareció en el cielo, iluminándolos. Era la naturaleza, que les agradecía.

Finalmente, el pequeño pero valeroso grupo se internó en la cercana y oscura caverna, en busca del pasadizo secreto que había vislumbrado Andrés. Como pregonaba la leyenda del Arkanus, siete peligrosas pruebas los aguardaban.

⁴ Piñón: Fruto de la araucaria de unos 3 centímetros de largo, duro, muy apetecido por los aborígenes de la cordillera de los Andes.



CAPÍTULO 3

EL VIAJE DE LAS SIETE PRUEBAS

1ª PRUEBA LA CÁMARA MAGMÁTICA

Llevados por su determinación, los héroes caminaban desde hacía rato por los lúgubres pasadizos. Comenzaban así su periplo por la subtierra, con el fin de enfrentar las siete pruebas que desafiarían no solo su valor, sino que también su imaginación. Iban al encuentro de un mundo oculto, perdido, incierto, el mundo de los hombres y de las criaturas que prefirieron, muchos milenios atrás, autoexiliarse de la superficie de la tierra, logrando sobrevivir en total silencio y anonimato.

Iluminados apenas por dos antorchas, que portaban fabricadas con la viscosa piel de un amarok, avanzaban por el desconocido subterráneo del planeta. Los húmedos corredores de piedra se hacían por momentos tan estrechos, que debían agacharse para atravesarlos. Ya habían perdido la cuenta de las horas que llevaban en ese ambiente oscuro y sobrecogedor, caminando en silencio sobre un suelo rocoso y accidentado. Intuían que el viaje iba a ser largo y fatigoso.

La caravana de héroes se desvió de pronto hacia una luz que emergía al final de una de las cavernas. No sospechaban que se trataba de la primera prueba que tendrían que sortear. El calor y la humedad asfixiante crecía a cada paso y el grupo descendía lento por una suave pendiente, que comenzaba a acentuarse cada vez más. Andrés se adelantó para inspeccionar la abertura. Al poco rato regresó visiblemente desanimado.

—No hay por donde cruzarla —dijo—. Es una cámara magmática. Un gigantesco lago de lava⁵ —agregó.

A pesar de esto los chicos, con gran curiosidad, corrieron en dirección al lugar. Los esperaba un ardiente estanque de magma, que borboteaba en el fondo de la cueva. Los chicos se impresionaron tremendamente cuando llegaron hasta el abrasador paraje ígneo.

—¿Es este el centro de la tierra? —preguntó Salvador, con asombro.

—No, esta ha de ser seguramente una de las pruebas —respondió Andrés—. Debemos buscar entre nuestras pertenencias algo que nos ayude a cruzar este lugar. La revista dice que cada uno de nosotros porta un talismán mágico que nos ayudará a superar las pruebas. —Los chicos se miraron entre sí.

Cada uno pensó qué objeto de los que traían podía activar sus poderes, de modo que estos les permitieran cruzar aquel candente sitio. Víctor ni siquiera pensó en usar su radio y la escondió para que no se la pidieran. El único que permanecía ajeno a todo era Kalaalit, que estaba como hipnotizado, presenciando el espectáculo de fuego, totalmente opuesto a los hielos árticos de donde provenía.

—¿Constanza, qué tienes tú, que dominas las artes del fuego? —preguntó Andrés inquieto, al ver que ninguno de los chicos reaccionaba.

—Nada, solo unos pellets de perro en los bolsillos —respondió la chica—; no creo que sean talismanes mágicos.

—Salvador, ¿y tú qué traes? —preguntó Andrés, aún más preocupado.

—Una moneda de diez pesos, unos chicles y un botón que se salió de mi camisa —repuso Salvador.

—¿Y tú, Valentina?

—Un pastillero, que me parece ser mi talismán... Pero no creo que mis poderes funcionen en este lugar.

—Es cierto —dijo Andrés, cada vez más desanimado—, solo puedes apelar a los elementos de la superficie de la Tierra.

Kalaalit permanecía en silencio, todavía absorto por el desconocido espectáculo que se ofrecía ante sus ojos. Todos lo miraron como la última esperanza.

—¡Kalaalit! —le gritó Salvador, remeciéndolo por los hombros—. ¿Qué portas, gran chamán?

Kalaalit hurgó entre sus ropas y sintió el heladísimo trozo de hielo que su abuelo le había regalado.

—Solo esto —contestó el chico inuit, enseñándoselo a su líder.

—Es únicamente una pequeña estalactita de hielo —dijo Andrés, decepcionado.

Salvador, que empujaba el triciclo de Víctor, sintió un gran desánimo y se dejó caer al suelo, tomándose la cabeza. Constanza miró a Valentina y se encogió de hombros. Andrés, por su parte, tomó la revista buscando respuestas que no aparecieron. Los héroes y su líder terminaron por sentarse también en el piso del túnel, completamente desmoralizados. Pero Kalaalit no lo hizo y comenzó a avanzar hacia el lago de lava, con la pequeña estalactita en su mano. Salvador, temiendo que el chico fuera a lanzarse al magma, porque seguía como hipnotizado, intentó ponerse de pie para impedirselo. Andrés lo detuvo:

—¡Déjalo, veamos qué hace! No olvides que es un chamán.

Kalaalit pronunció unas palabras, que sonaban como los poemas de su abuelo, y arrojó la estalactita sobre la lava [ardiente. El hielo desapareció rápido, hundiéndose en el lago fulgurante, y a los héroes les pareció que nada sucedería.

Ante la sorpresa de todos, de un instante a otro, el material fundido y escarlata del lago magmático comenzó a tomar un color azulado, que se esparció por la totalidad de la cámara. El minúsculo trozo de hielo comenzaba increíblemente a congelar todo el material ardiente, transformándolo en la réplica de un paisaje ártico, como un lago helado.

Los chicos miraron sorprendidos al chamán, que se volvió hacia ellos sonriendo.

—Parece un lago de mi región —dijo, mientras todos lo felicitaban y aplaudían.

Recordando, por un instante, que aún eran niños, los chicos se lanzaron hacia el lago congelado, que parecía una radiante pista de patinaje. El primero fue Salvador, que pedaleó con Víctor arriba del triciclo, tomando gran velocidad, para terminar con una frenada larga y brusca, que lo hizo girar en círculos, resbalando sobre el hielo. Víctor reía a carcajadas en su silla, sintiendo la frescura de aquel espacio maravilloso en su rostro. Las chicas corrieron, deslizándose una acostada, y la otra de pie, como patinando. Hasta el propio Andrés olvidó la revista, sus símbolos y preocupaciones y comenzó a correr y a deslizarse por la cubierta helada, como un niño. Kalaalit se acostó en el hielo, cerró los ojos y posó su mejilla en la nivea superficie, que la sentía tan cálida y acogedora como la de su tierra.



2ª PRUEBA

Configuración de PC para activar Windows.

UN GIGANTE MUY ESPECIAL

Tras la mágica experiencia en el hielo, los héroes caminaban ahora animados y optimistas por cavernas que ya no encontraban tan sombrías ni escabrosas. Habían sorteado la primera prueba, sin hallar las dificultades insuperables que temían encontrar. Aún no sabían que la prueba que se avecinaba, la segunda, pondría una vez más en riesgo sus vidas.

Andrés sintió un sonido profundo y grave, como un ronquido que llegaba desde el fondo del túnel por el que transitaban, donde se abría una nueva y espaciosa cámara. Detuvo a los chicos y con su índice en los labios les sugirió silencio. Como buen líder, quiso ir él solo a inspeccionarla. Sigilosamente avanzó hasta llegar a la cámara, donde vio, con asombro, que en su centro y sobre una inmensa roca, dormía un gigante aún más grande que aquella.

El gigantesco ser dormía sentado, sosteniéndose en un báculo, y roncaba estrepitosamente. Un mosquito subterráneo se posó en ese momento en su mejilla y el gigante, sin despertar lo aplastó con su manaza colosal. Llevaba varios años durmiendo, pero en el tiempo de los gigantes los años son como minutos. Andrés observó que por un costado del durmiente serpenteaba un sendero, que conducía al otro lado de la cueva. Regresó entonces donde los chicos y les habló en voz muy baja:

—Niños, debemos atravesar esta cueva, pero en el centro hay un gigante durmiendo, que parece de muy mal genio. El camino pasa a su lado, pero si somos prudentes, podremos cruzarlo sin que despierte.

Al oír estas palabras, a Constanza le dio una incontinente tentación de risa.

—¿Cuál es el chiste? —susurró Andrés, muy molesto.

—¿Un gigante? —preguntó Constanza, soltando una carcajada.

—¡Silencio! —la reprendió Andrés, de nuevo en voz baja—. ¿Quieres despertarlo y que nos despanzurre?

Salvador se acercó a la chica, que seguía sin poder detener la risa.

—Respira, Coni, respira hondo —le musitó.

La chica intentó calmarse, pero por más que lo intentaba no lograba contenerse.

—Pasaremos a su lado en el más absoluto silencio. Paso a paso, con sigilo —les advirtió Andrés.

Los chicos asintieron, mientras Constanza continuaba respirando profundo, intentando tragarse la risa. Todos sentían una gran curiosidad por ver un gigante, que creían que solo existían en los cuentos infantiles.

A medida que recorrían el sendero y se acercaban al enorme personaje, les parecía cada vez más inmenso. Éste continuaba en su sueño profundo, apoyado en su largo bastón.

El grupo, sumido en la semioscuridad que derramaban las antorchas, avanzaba con sumo cuidado, tratando de no mover ni siquiera una piedrecilla. Al pasar cerca del gigante, los niños se asombraron de su tamaño y temblaron de miedo. ¿Lograban llegar al otro lado sin despertarlo? De pronto, los sobresaltó una risa ahogada. Era la de Constanza, que continuaba con su ataque incontrolable. El gigante, habituado durante siglos al total silencio de su caverna, comenzó a desperezarse.

—¡Constanza! —exclamó Andrés, lo más bajo que pudo.

Pero la chica no pudo aguantarse más y despertó finalmente al gigante con una estruendosa carcajada.

—¿Quién osa reír en mis dominios? —vociferó el gigante, haciendo retumbar la caverna. Varias piedras se desprendieron de la techumbre rocosa de la cueva, cayendo cerca de los muchachos—. ¡Aquí, en estas cavernas, está prohibido reír! —volvió a rugir—. ¡Aquí, quien ría morirá! ¡Todos los que me conocen saben que aquí no deben reír!

Velados por la oscuridad, los chicos tiritaban de pies a cabeza. Salvador permanecía tapando con una mano la boca de Constanza, pero no podía continuar haciéndolo sin ahogarla. El gigante caminaba de aquí para allá, haciendo temblar la cueva con sus colosales pasos—. ¡Déjense ver, duendes cobardes! ¡Apuesto a que son gnomos bromistas! —Introduciendo su báculo en los agujeros, intentaba hallar la

fuentes de la risa que tanto detestaba.

Constanza, casi asfixiada por la mano de Salvador, cayó desfallecida al suelo. El chico intentó reanimarla. La joven abrió los ojos lentamente y los miró a todos un instante. De súbito soltó la carcajada más ruidosa de su vida, que hizo eco en las cavernas, túneles y hendeduras del lugar. El gigante, que se había alejado, se devolvió y descubrió al grupo oculto tras unos peñascos.

—¡Humanos! ¡Debí sospecharlo! —vociferó—. ¡Estúpidos humanos! ¡Raza despreciable que ha destruido la Tierra! ¿Osan venir a mis dominios y además reír? —levantó el puño para dejarlo caer sobre el aterrado grupo.

—¡Espere! —gritó Andrés. El puño del gigante se detuvo en lo alto—. ¡No somos humanos! Bueno, esteeee... en verdad sí lo somos, pero no de los que destruyen la naturaleza —afirmó, como último recurso.

—¡Da lo mismo! —respondió el gigante—. ¡Son humanos y los humanos me caen pésimo! ¡Deben morir, porque en esta cueva está absolutamente prohibido reírse!

—Usted es como el Gigante Egoísta, señor —El gigante debió hacer un esfuerzo para ver y oír a la pequeña figura que estaba a sus pies. Era Valentina, que lo miraba desde detrás de sus enormes lentes—. Ese era un gigante egoísta, que no dejaba jugar a los niños en su jardín —continuó la pequeña, recordando el cuento de Oscar Wilde que le contaba su padre—. ¿Por qué aquí no se puede reír?

Desconcertado, el gigante no supo qué contestar. Buscó en sus recuerdos la razón por la que un día prohibió la risa en su caverna, pero habían pasado tantos siglos, que no lograba recordarla.

—Bueno... este... Yo he completado hace poco, mil seiscientos sesenta y ocho años sin reírme —expresó con arrogancia.

Los niños quedaron boquiabiertos ante la curiosa respuesta del gigante. Era un gigante muy viejo, por lo visto.

—A ver ¿en qué estábamos? ¡Ah, de veras! ¡Estaba por matarlos! ¡No me confundan! —el gigante volvió a alzar la voz enojado y a levantar su puño

amenazante.

Andrés vislumbró de golpe que estaban pasando por una de las pruebas y comenzó a pensar qué podría calmar a aquel ser enfurecido. Sintió que era imprescindible que usaran algunos de sus talismanes.

—¿Y si yo lo hago reír —dijo Valentina, dirigiéndose al gigante ante la sorpresa de todos—, ¿nos dejará pasar si logro que se ría con los chistes que voy a contarle?

El gigante quedó desconcertado. Miró a todos cariacontecido, se dio vuelta, pensó un poco, caminó, se rascó la enorme cabeza, pensó otro poco y regresó junto al grupo.

—¡Hecho! —contestó—. ¡Pero les advierto que hace mil seiscientos sesenta y ocho años que nadie ha podido hacerme reír! ¡Si no lo logras tendrán, ¡todos!, una muerte espantosa por haberme desafiado!

Salvador recordó los chistes de Valentina, los dos únicos que la pequeña sabía, y sintió que todo estaba perdido. A Andrés, en cambio, le pareció que algo sobrenatural había en Valentina en ese momento y confió en ella.

Valentina tomó aire, miró al gigante y contó ambos chistes con el mismo tono lastimero y melancólico de siempre:

—Había una vez una giganta que tenía las orejas tan grandes, tan grandes, que al hacerle los agujeros para ponerle los aros, la mataron.

Un silencio sepulcral invadió la caverna por largos segundos. Todos miraban temerosos al gigante. Este permanecía serio.

—Y otra vez —continuó Valentina— había una giganta tan flaca, tan flaca, que cuando bostezaba se le caía el vestido.

El gigante frunció el ceño, aún más de lo que ya lo tenía, acercó su enorme rostro a la pequeña, como para tragársela y se quedó mirándola durante unos instantes eternos. De pronto, la tupida ceja izquierda del gigante comenzó a temblar, después su cara entera se contorsionó, apretó los labios, pero no pudo contenerse... y soltó la carcajada más ruidosa que es posible imaginar. Fue tan estrepitosa, que los seis

héroes cayeron al suelo debido a la onda expansiva que provocó. El enorme ser se arrojó al piso, revolcándose, presa del más contagioso e incontrolable ataque de risa de toda su vida. No podía parar de reír y comenzaba a perder el aliento y a ahogarse. Desde el suelo, Andrés y los chicos se contagiaron y comenzaron también a destemillarse de risa.

3ª PRUEBA

LA CAVERNA PLEISTOCÉNICA

Estuvieron varios días con su nuevo amigo, hablando de cómo era su solitaria vida en la caverna, y también contando chistes, anécdotas, riendo y comiendo exquisitos platos. El gigante los preparaba con insectos que encontraba bajo las piedras, que para él eran pequeños, pero para los chicos eran del tamaño de pollos. Lo estaban pasando muy bien, pero llegó la hora de partir. Al gigante se le llenaron los grandes ojos de lágrimas en el momento de la despedida. Les había contado, como gran secreto, que se llamaba Bubby, pero que este nombre le avergonzaba, por lo que prefería que lo siguieran llamando Gigante. Andrés le había explicado cual era la misión de todos ellos y Bubby, al despedirse, se la agradeció una vez más en nombre de los gigantes de la subtierra y lo animó a seguir en su cruzada del bien. Finalmente les dio provisiones para el camino y les advirtió de lo bromistas y desagradables que eran los gnomos, por si se encontraban con ellos.

El grupo avanzó rápido durante algunos días. A veces las cavernas se volvían húmedas y frías, y otras, calurosas y asfixiantes. Pero su aspecto cambiaba poco. Galerías, corredores, pasadizos, todos muy semejantes, constituidos por bloques de

pedra arriba, abajo y a los costados. Ya se estaban cansando y desesperando. La pronosticada tercera prueba no aparecía por ninguna parte.

El monótono paisaje le recordaba a Andrés lo que había estudiado acerca de los primeros tiempos del hombre sobre la Tierra. El hombre moderno había surgido recién a finales del pleistoceno, unos cuarenta mil años atrás. Le llamaron hombre de Neanderthalis, por los vestigios óseos hallados en Neander, Alemania. También le llamaron Homo Sapiens, por su gran inteligencia, que le permitía fabricar herramientas y vasijas. Vivía en bandas nómadas, cazadoras y recolectoras, con una simple pero efectiva organización. Andrés pensaba que posiblemente fue en aquella época cuando surgieron las civilizaciones de los siete Todopoderosos y ocurrieron los sucesos relacionados con la leyenda del Arkanus. Época en que muchos humanos se ocultaron en la subtierra, al igual que la espléndida megafauna. Época en que, además, el hombre pobló América a través del estrecho de Bering, durante la última glaciación, la que hizo descender el nivel de las aguas y permitió el paso de bandas de hombres que perseguían su alimento; al igual que los grandes mamíferos, que también buscaban cómo sobrevivir en aquellas tierras congeladas.

Fue el tiempo en que se extinguieron misteriosamente los milodones, los formidables animales que habitaron la Patagonia. También desaparecieron los megaterios, que en ese entonces eran del tamaño de elefantes, los increíbles y admirados mamuts. Abundaban, además, especies de ciervos gigantes, como el eucladoceros, que poseía una cornamenta espectacular, que por sí sola pesaba casi cincuenta kilos, visión que desvelaba a Andrés en sus largas noches en las cavernas. En sus vigiliadas, trataba de imaginarse al voraz smilodon, el felino más grande que haya existido; a los doedicurus, esos armadillos del tamaño de un automóvil pequeño, que junto a su impenetrable caparazón ostentaban una cola de gran grosor y dureza, terminada en un arma mortal: una piña de filudas y potentes púas. Andrés fantaseaba, también, con el osteoburus, o perro quebrantahuesos, de mordida poderosa, con el elasmotherium, una especie de unicornio gigante, del que se cree

que surgió la leyenda de estos mágicos seres mitológicos; y con el coelodonta, un rinoceronte lanudo, de aspecto temible e imponente.

Lo que Andrés no imaginaba, en sus noches de insomnio, era que los seis héroes tendrían más tarde un encuentro imprevisto con muchos de aquellos seres milenarios.

Luego de una extenuante jornada, el grupo se había detenido una vez más a dormir. Entre sueños Salvador sintió que alguien, o más de alguien, se aproximaba conversando. Salvador alertó a sus compañeros.

—¡Chicos, alguien viene! —expresó, en voz baja.

Todos se incorporaron sobresaltados, poniéndose en guardia. De pronto, de entre las sombras, aparecieron dos armadillas, charlando animadamente. Caminaban por el túnel en dirección hacia ellos.

—¡Lo que te digo es cierto! —decía uno de los animales—. Hace mucho tiempo que vengo diciéndolo; se lo he dicho a todos, pero nadie me dice nada.

Más que a lo sorpresivo del encuentro, lo que asombró a los héroes fue entender el curioso lenguaje en que ambos seres se comunicaban.

—Yo también lo había dicho y lo seguiré diciendo, hasta que alguien diga algo —dijo la otra.

—¡Qué van a decir! Sigue diciéndoles, como te digo, y verás que es como te dije —replicó la otra recién aparecida.

Habían llegado cerca de Salvador y se detuvieron, ante el desconcierto de todos. Las armadillas los miraron de arriba abajo, escrutándolos, como dos impertinentes señoras.

—¿Ustedes son cazadores? —preguntó una de ellas.

—No, no lo somos —respondió Salvador, aún impresionado.

Ante tal respuesta, las armadillas continuaron su camino y su curioso parloteo:

—Como te iba diciendo, pues niña...

El grupo entero rió de buena gana. Por fin veían una forma de vida después de

días de tediosas caminatas en las profundidades.

—¡Los desterrados! —exclamó Andrés, de pronto con el rostro iluminado—. ¡Debemos estar cerca de uno de sus refugios! —agregó, con entusiasmo y salió corriendo por el pasadizo de roca.

Motivada por el encuentro, la caravana reanudó el paso tras Andrés, haciéndolo por una caverna que se iba poniendo más espaciosa a medida que avanzaban. Poco a poco fueron apareciendo algunos de los animales que Andrés había entrevisto en sus duermevelas. Estos, al pasar, los miraban de reojo, con gran desconfianza, pero continuaban con sus actividades. De súbito, un rinoceronte lanudo de imponente aspecto, un verdadero coelodonta del pleistoceno, se detuvo ante ellos.

—¡Arrojen sus armas y herramientas antes de entrar! —ordenó.

Salvador, temblando, se adelantó al grupo.

—No somos guerreros ni cazadores —dijo—. Buscamos la Ciudad Subterránea.

—¿Y si no son de la Ciudad Subterránea, entonces de dónde vienen? —preguntó el rinoceronte, visiblemente sorprendido.

—Somos de la superficie —repuso Salvador.

—¡De la superficie! —exclamó el rinoceronte, al momento que daba media vuelta y emprendía la carrera por el túnel, como si hubiese visto unos fantasmas.

—¿Dije algo malo? —preguntó Salvador a Andrés.

—Seguramente no es usual que vengan personas de la superficie a este lugar —respondió Andrés.

Todos se prepararon para lo peor. ¿Vendrían a atacarlos? ¿Serían expulsados de allí? Antes de que terminaran de despejar sus interrogantes, la caverna empezó a temblar. Desde la techumbre de la cueva se desprendieron algunas piedras y una nube de polvo cayó donde estaba Constanza. Temerosos, los demás se protegieron las cabezas con sus manos. Por entre la bruma del túnel, comenzaron a distinguir una forma gigantesca e intimidante, que crecía y crecía. La sombra se detuvo de pronto; los bufidos de su aliento se sentían muy cerca en la oscuridad. El extraño animal

acercó su trompa a Salvador, que se hallaba a la cabeza del grupo, y comenzó a olfatearlo.

–No te muevas –alcanzó a susurrarle Andrés al chico.

Salvador sintió un olor desagradable; el vello del apéndice prensil del animal le hacía cosquillas en el rostro.

–Así es que dices que vienen de la superficie –expresó el animal, con tono grave y amenazante– Si no fuera herbívoro me comería a este farsante de un solo bocado o si lo aplasto, vendrán los desagradables carroñeros; tampoco es una buena opción –agregó.

Salvador temblaba entero y los demás estaban paralizados. Andrés sintió que era el momento de intervenir.

–Señor... animal... gran animal...–no hallaba cómo hablarle para no ofenderlo.

–¡Mamut! –interrumpió estruendosamente el paquidermo, acercándose a Andrés y dejando de lado a Salvador, que dio un gran suspiro de alivio–. ¿Acaso no reconoces a quién por miles de años fue tu alimento? –agregó.

–Señor... es decir mamut –corrigió Andrés, estremeciéndose entero–, no somos cazadores ni nos alimentamos de mamuts: somos habitantes de la superficie...

–¡Patrañas! –bramó el animal–. ¡Nadie de la superficie conoce el camino a nuestro escondite!

Otros mamuts se habían ido aproximando en silencio. Kalaalit se acercó lentamente al gran animal y se inclinó reverente ante él.

–¡Oh gran señor de los paquidermos! Somos seis héroes y guerreros que hemos combatido a las fuerzas del mal que han despertado en lo profundo. Vamos a la Ciudad Subterránea en busca del Arkanus, para combatir al Señor del Abismo, soberano de las profundidades.

El animal lo miró con asombro.

–¿Arkanus? Hace mucho que no oía esa palabra. –Los mamuts, que ya eran muchos, comenzaron a murmurar y a alborotarse–. ¿Qué saben del Arkanus? –Su

voz volvía a hacerse amenazante.

–Poco, en verdad, señor –intervino Andrés–. Solo que es una leyenda que nos permitiría interpretar cómo vencer a las fuerzas malignas, que están despertando nuevamente.

El grande y milenarío elefante suspiró profundo.

–Entonces, es verdad que el mal se retuerce allá abajo –dijo con preocupación.

Los chicos comenzaban a relajarse al ver al mamut más tranquilo, pero este volvió a enfurecerse.

–¡Mienten! –exclamó–. ¡Nadie de la superficie sabe llegar hasta nuestro refugio!

–Salvo si son los héroes de los que habla la leyenda –dijo Andrés, intuyendo que el elefante prehistórico sabía mucho acerca de ella.

–¿Héroes? –repitió el mamut–. ¿Son ustedes héroes?

–Tuvimos un primer encuentro contra los ejércitos del mal y los derrotamos, ¡oh gran señor de los elefantes! –dijo a su vez Kalaalit, manteniendo su tono reverencial y zalamero.

–¡Contra los amaroks! –bramó el mamut, incrédulo–. ¿Ustedes derrotaron a los amaroks?

–Así es, gracias a los poderes que nos ha concedido la naturaleza –afirmó Andrés.

–¿Poderes? ¡Así es que tienen poderes! –El mamut dio una burlona trompetada, que fue seguida por todos los demás y que casi desbarata la cueva–. ¡Entonces, si son tan poderosos, demuéstrennos sus supuestos poderes!

Los chicos se miraron entre sí, para ver quién se atrevería a hacerlo en ese momento. Sabían que si fallaban serían aplastados por la manada de gigantes lanudos y enfadados. Miraron a Víctor en su triciclo, ¿pero cómo este podría volar en ese limitado espacio sin chocar contra la bóveda de piedra? Constanza no podía abrasar con su mirada a alguna de las gigantescas criaturas sin provocar la razonable ira de las demás. Valentina sabía que no podía manejar los elementos climáticos dentro de las sombrías cavernas. Kalaalit, por su parte, buscaba algún polvo mágico

en su alforja, el que no encontraba. Todos miraron a Salvador: era la última esperanza. Este comenzó a buscar rápidamente una solución, mientras los mamuts se impacientaban.

—¡Los poderes! ¡Dónde están sus poderes! —insistió el gran mamut, acercándose peligrosamente al grupo.

En ese tenso instante Salvador tuvo una iluminación propia de un desesperado.

—¡Victor, la radio! —le dijo a su hermano.

Victor abrazó su radio; no estaba dispuesto a soltar su preciado aparato.

—¡Victor! —le gritó Salvador, con voz de autoridad.

El Hombre Pájaro abrió unos tremendos ojos, sorprendido. Su hermano jamás se había dirigido a él con esa voz. Andrés también lo miró con extrañeza. ¿Para qué querría la radio? Salvador parecía seguro de sí, pero su confianza era solo externa: en su interior no sabía en absoluto lo que estaba haciendo. Se estaba dejando guiar por el instinto. Encendió el aparato; solo se escuchaba el chicharreo propio de una radio que no encuentra ninguna señal a cientos de kilómetros bajo tierra. Los mamuts, ante la absurda situación, se veían aún más impacientes. De pronto, increíblemente, se escuchó la voz de un locutor y su tono tan particular:

“—Y a todos nuestros radioescuchas, el embajador de la Unicef Harry Belafonte, les ofrecerá la famosa canción tradicional jamaicana *Banana Boat Song*, que cantaban los cargadores de los muelles cuando embarcaban bananas”.

La música comenzó a dejarse oír. El nerviosismo se apoderó de los héroes. No había ningún poder manifiesto, ni tampoco lograban identificar qué talismán se había activado, salvo el sonido de aquella canción exótica, que de seguro irritaría aún más a los disgustados animales.

—*Stack banana till the morning come,
daylight come and me wan' go home.*

El mamut líder comenzaba a sentirse burlado. Los chicos lo notaron y empezaron a retroceder, para emprender la carrera y escapar de ahí lo antes posible. La música

seguía sonando cada vez más fuerte. Solo Salvador permanecía inmóvil frente a los mamuts, con los ojos apretados, tratando de concentrarse.

“¡Bailen, bailen, bailen!”; pensaba Salvador con fuerza, apretando en el bolsillo su sobajeadado chicle-talismán y tratando de meterse en los cerebros de los animales.

Súbitamente, los mamuts que estaban más atrás comenzaron a bambolearse de lado a lado, sin poder controlar sus cuerpos, siguiendo el ritmo de la canción.

—*Day o, day ay ay o, daylight,
come and me wan' go home.*

En pocos segundos, la manada entera se mecía, excepto el gran mamut, que miraba asombrado a sus congéneres. De pronto comenzó también a moverse hacia un costado y al otro, sin poder gobernar su enorme y pesado cuerpo. De un instante a otro la manada completa se balanceaba rítmicamente al son de la pegajosa música. De súbito, la caverna comenzó a temblar, pues los elefantes chocaban contra las paredes como una masa incontrolable.

—¡Has que paren! —gritó Andrés a Víctor—. ¡Van a derrumbar la cueva!

Victor apagó la radio, pero los mamuts seguían balanceándose sin poder contenerse.

—¡Ordénales que se detengan! —le gritó Andrés a Salvador.

“¡Paren, paren, paren!”; pensaba concentradamente Salvador, apretando su chicle. A esa altura el chico ya tenía la certeza de que este era su talismán mágico.

Poco a poco los velludos mamíferos comenzaron a detener su balanceo, convencidos ya de que los visitantes ostentaban poderes que los sobrepasaban.

Fue así como los seis héroes sortearon la tercera prueba. Pero su encuentro con los elefantes milenarios aún no había terminado. Estos darían la oportunidad, a Andrés y a los niños, de volver al pasado y conocer un lugar extraordinario.

Luego de una debatida y larga reunión, los mamuts decidieron llevar a los nuevos huéspedes a su mundo secreto, el de los grandes mamíferos, ocultos desde el despertar del Señor del Abismo, hacía ya miles de años. Serían los primeros

habitantes de la superficie que conocerían el escondite de la megafauna, la que sobre la Tierra se consideraba extinta.

Durante el camino, que fue largo, Musfar, que así se llamaba el gran mamut, les explicó animadamente cómo se habían ocultado del Señor del Abismo. Les contó que era cierto que existía la Ciudad Subterránea, la cual se hallaba habitada por hombres que se exiliaron de la superficie, de los cuales se separaron más tarde. – Porque es difícil convivir con el hombre –señaló Musfar–. No es una especie digna de confianza –agregó.

Contó, además, cómo tras separarse de los hombres habían llegado a una tregua, que llevaba varios siglos, que impedía a los hombres cazarlos y a los animales acercarse a su ciudad secreta, aunque de vez en cuando se reunían para tratar algún tema de las profundidades. Habían estado molestos con los hombres, porque habían encontrado varios ciervos muertos en las cavernas, pero ahora sabían que habían rondado por ahí los amaroks, lo que explicaba tal mortandad. Por supuesto, también advertían que algo malo sucedía en el mundo del Abismo, algo tenebroso comenzaba a despertar en las profundidades y estaban preocupados.

En estas pláticas se hallaban, mientras hacían su camino, cuando de pronto quedó a la vista de los héroes un espectáculo alucinante. Ante sus ojos se abría una gran cámara, cuyos límites no podían verse; una caverna impresionante, con lagunas, manantiales y una tupida vegetación. Por entre los arbustos y bajo los árboles circulaban decenas de diferentes especies de animales, conviviendo en perfecta armonía; enormes animales de finales del pleistoceno, iguales a los que había soñado Andrés en la soledad de las cavernas. Los chicos corrieron a una de las lagunas para aprovechar de bañarse en sus aguas transparentes, algo que les hacía mucha falta. Los animales, en un primer momento, se mostraron tímidos y temerosos; pero al saber que venían con los mamuts se tranquilizaron y comenzaron a compartir y a jugar con ellos.

Los seis héroes del Arkanus tenían, así, su primer contacto con los animales que

se autoexiliaron hacia miles de años, huyendo del mal y su reinado de tinieblas.

En los días que siguieron, Andrés y los chicos aprendieron mucho acerca de la historia de la leyenda del Arkanus. Musfar la conocía bien y les contó que una especie de lobos grandes de los hielos, que se ocultó junto con ellos, y que era muy conflictiva, fue seducida por las fuerzas del mal y se internó más profundamente en la subtierra, hasta hacer contacto con el Señor del Abismo, mutando en bestias horribles y cambiando su sangre por “aceite de roca”. Se hicieron llamar amaroks, tal como una antigua bestia mitológica del Ártico, y se reproducían y crecían en número, esperando nuevos errores de los habitantes de la superficie para volver a reconquistarla.

Andrés, por su parte, le habló de cómo muchos miles de hombres habían vuelto a destruir la naturaleza con su progreso y que de nuevo el planeta estaba en peligro. Musfar se entristeció mucho y le confirmó su pensamiento de que no se podía confiar en el género humano. Andrés le insistió en que no todos los hombres eran malos y que había muchos dispuestos a salvar el planeta, como él mismo y como quienes lo acompañaban. Le pidió ayuda para las batallas que hubiera que dar contra las fuerzas del mal. Musfar, sin dejar por ello de agradecerle en nombre de los grandes mamíferos, le aclaró que esta ya no era su guerra, que ellos nada le debían a la humanidad y que preferían seguir viviendo tranquilos y desapercibidos en las profundidades. Andrés, a su vez, le agradeció su hospitalidad y le pidió su opinión de cómo enfrentar el futuro. Musfar le señaló que al mal solo podía derrotárselo con la auténtica bondad.

Finalmente, los mamuts los proveyeron de víveres y les indicaron cual era el camino más corto para llegar a la Ciudad Subterránea, no sin antes aclararles que era muy largo y no exento de peligros. Les sugirieron, tal como lo hizo el gigante, que tuvieran mucho cuidado con los gnomos de las profundidades, que eran unos seres en extremo fastidiosos.

Cuando Andrés y los chicos salían del amplísimo valle de la Gran Caverna de los

Desterrados, escucharon unas voces conocidas:

–Como te iba diciendo, si no se lo dices tú, se lo digo yo –Las que hablaban eran las mismas armadillas que habían encontrado antes en la caverna.

–Díles tú, mejor; yo no les diré nada, tal como te dije –dijo la otra, mientras se detenían.

–¿Son cazadores? –preguntó la primera.

–¡Sí! –respondió Salvador, tratando de jugarles una broma.

–¡Qué más da! ¡A ver si te atreves con este caparazón y esta colita! –dijo la otra, agitando su potente apéndice puntiagudo muy cerca del rostro de Salvador. Luego continuaron con su diálogo como si nada:

–Bueno, ¿se lo dices tú o se lo digo yo?

Todos soltaron una gran carcajada, excepto Salvador, que ruborizado retomó su camino sin mirar hacia atrás.

4ª PRUEBA EL VÉRTIGO

Habían dejado atrás el sorprendente mundo pleistocénico, el maravilloso paraíso bajo tierra, y llevaban ya varias jornadas caminando nuevamente por pasadizos oscuros y húmedos. Las provisiones comenzaban a escasear y el desánimo cundía en el grupo, agotado por largos días bajo un aire espeso y sofocante. Imaginaban que sobre sus cabezas, muchos kilómetros más arriba, los hombres, completamente ajenos a los increíbles sucesos que habían vivido, continuaban sus existencias con total indiferencia. ¿Valía la pena vivir estos peligros, que recién comenzaban, por seres displicentes y escépticos? ¿Qué nuevos riesgos les deparaba el futuro? ¿Cómo

sería enfrentar al Señor del Abismo cara a cara? El ser responsables de la suerte de los humanos, de la naturaleza y del planeta entero, comenzaba a agobiarlos. Extrañaban dormir en una cama blanda y seca, añoraban el colegio, a sus familias o el solo estar ahí, en la superficie, respirando el aire fresco y contemplando el cielo azul.

La pequeña caravana marchaba en fila india, con el triciclo en retaguardia, empujado por Salvador, que estaba acostumbrado a hacerlo, aunque no por un terreno tan pedregoso y accidentado. De pronto la caverna comenzó a mostrar indicios de una antigua presencia de vida, pero no de cualquier vida, sino de actividad laboral. Las paredes presentaban ahora columnas de madera rústica, que sostenían una estrecha bóveda.

–Parece un yacimiento antiguo, una mina abandonada –dijo Andrés.

A cada paso aparecían más signos de que alguna vez hubo gran dinamismo en el lugar. Tras un rato, pudieron apreciar diminutas luces pestañeando en la oscuridad.

–¡Parecen diamantes! –exclamó Salvador.

Los chicos se abalanzaron sobre las paredes y comenzaron a extraer pequeñas piedras de los muros, echándoselas a sus bolsillos.

–La ambición mató al gato –expresó una vocecilla desde la penumbra.

–¿No será la curiosidad mató al gato? –corrigió Andrés, viendo emerger desde las sombras a una figura tan menuda como su voz.

–¡Da igual! –replicó el hombrecillo.

–¿Es que usted es un duende? –preguntó Valentina, sin rodeos.

–¡Un gnomo, distinguida señorita! ¡Y la boca le queda donde mismo! –replicó el enano, ofendido.

–¡Da igual! –se burló Salvador, imitando la voz del pequeño.

El gnomo lo miró molesto.

–Nos han dicho que ustedes son muy fastidiosos y bromistas –dijo Constanza.

–Hablan muy mal de los gnomos, porque envidian nuestras fortunas.

A Andrés comenzaba a aburrirle la insulsa conversación.

–Vamos a la Ciudad Subterránea. ¿Podría indicarnos el camino? –preguntó el líder.

–¡Encantado! Pero primero me devuelven los diamantes que se han echado a los bolsillos –contestó el gnomo.

–¡Pero si tienen demasiados! –reclamó Constanza.

–En estos tiempos nada es demasiado –repuso el pequeño ser.

–¿Y aquí dónde los gastan? ¿Dónde compran dulces? –preguntó Valentina.

–¡No los gastamos! ¡Los guardamos para tiempos de escasez! –respondió el hombrecillo con solemnidad.

–Pero, el camino... –insistió Andrés.

–El que apurado vive, apurado muere –dijo el gnomo.

–Le devolveremos sus diamantes, pero debe ayudarnos a encontrar el camino –le interrumpió Andrés, impaciente.

–¿Por qué ayudarlos, si los diamantes son nuestros? –dijo mirando desafiante al líder del grupo.

–Sí, es verdad, son suyos, pero así nos vamos pronto y lo dejamos en paz con sus riquezas –replicó Andrés.

Sin responder, el gnomo saltó como un resorte hasta el triciclo de Víctor y le arrebató la radio.

–¡Te la compro! –dijo, sin saber siquiera de qué se trataba, pero absolutamente deslumbrado con el aparato.

Víctor se enfadó tanto, que le arrebató la radio y lo empujó de su triciclo. El gnomo cayó al suelo y comenzó chillar, sobándose el trasero. Sus chillidos eran tan agudos y molestos, que los chicos debieron taparse los oídos.

–¡Basta! –gritó Kalaalit, hastiado–. O nos dices por donde seguir o te convierto en piedra –le amenazó, levantando su mano chamánica.

–¡Un hechicero! ¡Un brujo! ¡No me encantés con tu magia maligna! –chilló el

gnomo, aún más estridentemente, ovillándose en el suelo.

Constanza cambió de estrategia y se acercó al gnomo para acariciarlo.

–No llores pequeñito, nadie te hará daño –lo consoló y detuvo a los chicos, que pretendían seguir burlándose de él.

El gnomo dejó de llorar y ahora gemía como un cachorro asustado.

–¿Por qué me tratan mal? ¡Todos abusan de los pobres gnomos, porque son pequeños e indefensos! –y se arrojó al piso, tapándose la cara y sollozando.

La situación se salía de control y Andrés ordenó al grupo seguir adelante y olvidar al hombrecillo.

–¡No se vayan, los ayudaré a encontrar el camino! –rogó el gnomo.

Andrés levantó su índice y lo miró con severidad.

–¡Está bien! ¡Pero basta de rodeos y palabrerías! –le amenazó.

El gnomo se puso de pie con una sonrisa, como si nada le doliera y como si nunca hubiese llorado.

–¡Entonces síganme, distinguidos señores! –y se dirigió a una caverna lateral con paso de marcha.

Mientras caminaban por las galerías de la mina, pudieron ver los hermosos y relucientes diamantes que brillaban en sus paredes, algunos del tamaño de uvas. Los chicos estaban extasiados. De pronto llegaron a una estación, donde pequeños carritos de carga esperaban ser llenados con piedras preciosas.

–Bien, señores, es tiempo de abordar el expreso a Ciudad Subterránea –dijo el gnomo, invitándolos a subir a los vehículos montados sobre rieles.

Por un instante, Andrés dudó si subir o no a los oxidados carros, pero el solo hecho de no seguir caminando, al menos por un trecho, lo motivó a hacerlo.

–Pero tú vas con nosotros –le dijo al enano.

–¡Claro que los acompañaré! Los gnomos somos los mejores guías de la subtierra! –exclamó con vanidad–. Iré en el último carro, así iré controlando los cambios de vía –agregó.

Los carritos de carga estaban unidos entre sí solo por unas herrumbrosas cadenas. Andrés y Valentina se treparon al primero; Constanza y Salvador, al segundo; al tercero, Víctor y Kalaalit. Y en el cuarto, amarraron como pudieron el triciclo. El gnomo, que sonreía socarronamente, empezó a desactivar uno a uno los frenos que detenían los carros y estos, lentamente, comenzaron a desplazarse por los rieles en una recta levemente inclinada, que terminaba en un túnel oscuro. Los pasajeros se acomodaron en los pequeños espacios, para disfrutar de un viaje que prometía ser una agradable experiencia. El gnomo soltó el carro del triciclo y no abordó el último vagón, que partió solo. Andrés alcanzó a divisarlo a lo lejos y pudo ver su sonrisa maligna y el brillo de sus ojos burlones.

—¡Nos engañó el muy...! —no alcanzó a terminar la frase cuando, en medio de la oscuridad del túnel al que habían entrado, sintió el vacío en su estómago y bajo sus pies. Valentina se aferró a él con fuerza mientras comenzaban a descender, a caer, más bien, vertiginosamente, por una pendiente de casi cuarenta grados.

El trayecto era muy similar al de las montañas rusas⁶ de los parques de diversiones. Pero la sensación de vértigo que estaban viviendo Andrés y los chicos era muy superior a la que se puede sentir en aquellos lugares de esparcimiento. Como un chispazo, Andrés recordó, en una fracción de segundo, que debía gritar muy fuerte para aplacar el mareo. Todos lo imitaron. El concierto de gritos y alaridos se dejó sentir por un rato largo en las profundidades de la tierra.

Apenas terminaban de bajar por una pendiente brusca, seguían por otra más inclinada aún. Los carros saltaban por los aires y caían de nuevo sobre los rieles. De súbito se sintió el golpe seco de un vagón contra las rocas y Andrés rogó que no fuese el que transportaba el triciclo. Constanza y Salvador se abrazaron apretadamente y este olvidó por un momento el trance en que estaba, al sentir la cercanía de la niña más linda que había visto, la hermosa niña de los ojos distintos.

Pasaron por túneles y puentes, dando volteretas y saltos que desafiaban cualquier ley física. Como pudo, Salvador alcanzó su bolsillo y extrajo su chicle, con la idea

de que al masticarlo mitigaría el vértigo, y lo compartió con Constanza. De pronto apareció ante ellos una recta larga que cruzaba un puente, lo que les permitió tomar un poco de aire, aunque les seguía siendo imposible detenerse. Andrés trató de dar una ojeada al estado de sus compañeros y logró ver, con moderada alegría, que Constanza y Salvador continuaban abrazados, y que Víctor y Kalaalit iban férreamente agarrados a su carro. Salvador comenzó a sentir que sus mejillas se abultaban, porque el chicle que mascaba había crecido extrañamente. Miró a Constanza, que se veía muy divertida con sus mejillas también infladas.

—¡El chicle! —gritó Salvador, como si hubiese descubierto la pólvora—. ¡El chicle, mi talismán!

Constanza lo miró sorprendida. Salvador sacó la pegajosa masa de su boca y comenzó a amasarla. La mágica goma de mascar crecía aún más rápidamente en sus manos. La chica lo imitó. Justo en ese instante, se abrió ante ellos una gran caverna iluminada por antorchas, mostrando la pendiente más aterradora de todas, y, lo que es peor, estaba inconclusa. Los chicos, o caerían al vacío o se despedazarían contra la pared rocosa.

—¡Andrés! —gritó Salvador y le arrojó un trozo de la masa glutinosa—. ¡Úsala!

Andrés comprendió de inmediato lo que debía hacer. Salvador lanzó otro trozo a Kalaalit, que también entendió su gesto por simple instinto de supervivencia. Con un trozo de chicle en cada mano, los chicos esperaron la llegada a la gigantesca rampa inacabada, que se acercaba inexorablemente.

—¡Coni, sujétate con fuerza! —alcanzó a exclamar Salvador antes de empezar a caer por la pendiente. Primero vio desaparecer a Andrés y luego sintió que todos los órganos de su cuerpo se le acumulaban en la garganta. No pudo gritar, pero sí usar sus brazos y lanzar contra las rocas el masticable elemento, que se pegó fuertemente a ellas y comenzó a estirarse elásticamente desde sus manos. El carro empezó a perder velocidad, hasta casi detenerse a escasos metros del extremo de la inconclusa vía y comenzó a volver hacia atrás, como un resorte. Estuvieron así, subiendo y

bajando, un buen rato, hasta que el carro se detuvo en un enredo de chicle, piernas y brazos pegajosos.

—¿Están bien? —preguntó Andrés, todavía confuso.

—Síiii... —repuso Salvador, como si hablara de ultratumba.

Del carro de Víctor y Kalaalit solo emergió un pulgar apuntando hacia arriba.

En eso estalló en la gran caverna un aplauso cerrado. Parecía que miles de palmas batían juntas.

Los pasajeros del ferrocarril del vértigo levantaron sus cabezas y vieron que estaban rodeados por cientos de pequeños hombrecillos, que los vitoreaban alegremente. Eran gnomos como el que los había embaucado, que continuaban sonrientes con la ovación.

Uno de ellos, que parecía el más anciano, se acercó lentamente al grupo encabezado por Andrés, levantó sus brazos pidiendo silencio y habló así:

—¡Distinguidos señores gnomos! Hemos sido testigos de una hazaña increíble. Por primera vez unos pasajeros han enfrentado la Vía de la Muerte y han sobrevivido. ¡Qué gran contradicción! Eso los hace dignos de ser nuestros invitados al banquete que ofreceremos en su honor.

Todavía con los cuerpos pegoteados de chicle, los viajeros descendieron de los carros completamente magullados. Andrés se incorporó como pudo y pidió la palabra. Los gnomos se la cedieron gustosos. El líder se paró en una roca, cerca del gnomo anciano, y se dirigió a ellos:

—¡Distinguidos señores gnomos! Agradecemos de corazón vuestro ofrecimiento y sus aplausos, pero nuestras obligaciones de héroes no nos permitirán complacerlos... ¡Por lo demás, no tenemos intención alguna de compartir la mesa con unos seres despreciables, fastidiosos y embaucadores como ustedes!

Los gnomos quedaron de una pieza ante las descorteses palabras de Andrés, que ahora se transformaban en insultos, mientras se ponía cada vez más rojo de ira y aleteaba como un ventilador. Salvador consideró oportuno intervenir calmándolo,

aunque comprendía su irascible estado. Corrió hasta él, justo cuando Andrés se abalanzaba sobre el gnomo anciano y lo tomaba del cuello, con claras intenciones de estrangularlo. La estampida de gnomos huyendo despavoridos fue tan caótica como el viaje en los carritos cargueros. Tropezaban unos con otros, enredándose en sus barbas y en sus zapatos puntiagudos. Kalaalit y Salvador sostenían a un furibundo Andrés, que gritaba:

—¡Vengan acá, enanos del infierno!

Los gnomos desocuparon la caverna en cosa de segundos. Solo uno de ellos permaneció sentado en una roca, llorando.

—¡Es mi culpa, es mi culpa! —decía.

Era el gnomo que los había engañado. Andrés, un poco más calmado y arrepentido de su reacción, se compadeció de él.

—Ya, no gimotees, miniatura antipática. Después de todo, hemos pasado la cuarta prueba y eso es lo que importa —aseguró.

—Discúlpenme, señores, ¿cómo podré compensarlos? —preguntó el gnomo.

—Mostrándonos el camino más corto a la Ciudad Subterránea ¡Pero sin trucos! —advirtió Salvador.

Tímidamente, los demás gnomos comenzaron a reaparecer por los oscuros agujeros. El anciano caminó despacio, como que no quiere la cosa, y se acercó al grupo con cautela, aún sobándose el cuello.

—¡La invitación al banquete sigue en pie, señores! —dijo con altivez y de nuevo hubo un aplauso cerrado en la caverna. Andrés lo obligó a jurar y rejurar por todos sus diamantes y gnomos ancestrales, que no les volverían a engañar ni a hacer más bromas hasta que los dejaran.

A pesar de ser traviesos, los gnomos son personajes de honor y cumplieron el trato a cabalidad. Durante el banquete, que duró tres días completos, se comportaron como verdaderos anfitriones y realizaron la mejor fiesta que es posible imaginar; con

bailes, cantos, trabalenguas y comedias divertidísimas, amenizaron una abundante tragantona.

Los peregrinos de la subtierra recobraron fuerzas para seguir su camino y se despidieron de los ahora simpáticos personajes. El gnomo de la broma pesada se acercó a Andrés y le regaló un hermoso fudre de cuero legítimo, con incrustaciones de diamantes, repleto con agua fresca de las vertientes, según dijo, como símbolo de reconciliación.

Los visitantes partieron en medio de nuevos vítores, aplausos y llantos de tristeza de los gnomos, que también eran excelentes actores dramáticos. Luego de un rato de caminar por la senda que les recomendaron, Andrés sintió una gran sed y se dispuso a saciarla con el agua fresca que el gnomo le proveyó. Se empinó el fudre, cerró los ojos y esperó que el líquido lo refrescara. En lugar de ello, sintió el fragor quemante e inconfundible del ácido vinagre de vino recorriendo su garganta.

—¡Maldito gnomo! —vociferó.

Rojo de ira, intentó regresar de inmediato a pedir cuentas al enano bromista. Salvador lo detuvo.

—No olvides que la tregua de bromas duraba solo hasta después de nuestra partida —le recordó.

5ª PRUEBA EL LABERINTO

El pasadizo subterráneo por el cual ahora transitaban aparecía cada vez más frío y escabroso. Las rocas de las paredes y del suelo se habían vuelto afiladas y agrestes, y su bóveda no lograba distinguirse. El grupo caminaba silencioso y cabizbajo.

Andrés, desde hacia rato, presentía algo en la profunda oscuridad, algo que no percibían sus demás acompañantes; se sentía observado desde lo más hondo y una gran intranquilidad comenzó a invadirlo. De pronto, el pasadizo ofreció dos alternativas: dos cavernas se abrieron ante ellos.

—Iré a inspeccionar —dijo Andrés—. Esperen aquí, chicos, no se muevan —y se internó por una de las cavernas.

Los niños aprovecharon la pausa para descansar, buscando un sitio seco y liso donde sentarse. Al cabo de un rato observaron que una antorcha se movía al fondo de uno de los túneles.

—¡Es Andrés que regresa! —dijo Salvador.

—Parece que nos está haciendo señas —añadió Constanza, que aguzaba su poderosa vista hacia el interior del corredor de roca.

Salvador constató lo dicho por la chica y preguntó a Kaalalit, que permanecía en silencio:

—¿Qué te parece, chamán? ¿Vamos para allá?

El niño inuit asintió no muy convencido, también percibía algo extraño en esas cavidades. Finalmente los cinco se internaron en la cueva en dirección a la antorcha que parecía convocarlos.

Por su parte, Andrés caminaba con sigilo. Su sensación de que algo maligno los acechaba crecía a cada paso, así es que decidió regresar en busca de los chicos y proseguir por la otra cavidad, que de seguro era menos sórdida que esta. De súbito, una misteriosa nube se desplazó silenciosamente por encima de él y se detuvo cerca de la pared. Andrés comenzó a sentir que la difusa luz que emitía la nube le infundía cierta paz, la que le vino muy bien en ese momento. La nube comenzó a arremolinarse y a tomar forma. Hasta que apareció, flotando en el aire, como una imagen fantasmal, una hermosa mujer, descalza y de túnica blanca.

—Andrés, soy Ariadna —dijo la mujer—. Eres muy valiente al entrar aquí.

Asombrado, Andrés se dirigió a la aparición:

–¿Qué haces aquí, en esta cueva oscura?

–Estoy aquí para ayudarte. Llegó la hora de enfrentar tu prueba, pero deberás hacerlo solo. Será la más difícil de todas; deberás demostrar que eres un líder digno de guiar a las fuerzas del bien en el combate contra el Señor del Abismo y sus ejércitos.

–¿Demostrarlo, una vez más? En este momento ni siquiera llevo un talismán para hacerlo –dijo, dándose cuenta de que solo traía consigo una revista deteriorada.

–Esta vez no lo necesitas: tu talismán está dentro de ti –aseguró Ariadna–. Debes enfrentar tus temores, tus miedos, sanar tus heridas, en suma, purificarte.

Andrés sintió que una gran angustia se apoderaba de su ser. Recordó su pasado triste, del cual huyó; su baja autoestima, sus frustraciones y desesperanzas. En este momento se sentía débil para ser el líder, pero, por sobre todo, sentía miedo, mucho miedo.

–Deberás enfrentar al Laberinto Oscuro y vencer a su malvado guardián, para rescatar a tus amigos –agregó Ariadna.

–¿Rescatar a mis amigos? ¡Pero si los chicos están en la entrada de esta cueva, esperándome! –exclamó muy agitado.

–Ellos están en peligro –dijo Ariadna–. Porque es necesario que cumplas tu destino.

Andrés, sobrecogido, sintió el impulso de volver rápidamente donde sus compañeros.

–Ya no están donde los dejaste –agregó Ariadna, percibiendo sus temores–. Ellos han sido engañados por el guardián que los capturó y los oculta en el centro del Laberinto.

–¡Ay, pobres chicos! –exclamó Andrés, al borde del llanto, sintiéndose culpable de sus sufrimientos.

–Tú podrás ayudarlos, pero antes debes encontrar el camino del Laberinto; si te desvías de él, ellos pueden morir. Toma –agregó la mujer, extendiéndole un ovillo de

lana–. Esto le sirvió a mi amado Teseo, hace miles de años, para encontrar el camino de regreso a casa, para vencer sus temores y descubrirse a sí mismo.

Andrés se tapó el rostro con ambas manos; la idea de que los chicos, que en cierta forma estaban a su cargo, estuvieran sufriendo, lo agobió sobremanera. Lo que le parecía una aventura fascinante, se transformaba en una pesadilla. Ahora entendió que era el momento de demostrar su temple de líder.

–¿Cómo es el guardián del Laberinto? –preguntó angustiado.

–No tiene forma; será lo que tus peores miedos y pesadillas quieran que sea, por eso debes pensar siempre con bondad y amor; solo así podrás debilitarlo –respondió Ariadna.

–¿Y si no logro encontrarlos? –preguntó, al borde de las lágrimas.

–La naturaleza ha confiado en ti y eso es algo grande. Pero este es el momento en que tú debes confiar en ti mismo, es necesario que vuelvas a recuperar a ese ser que olvidaste hace tiempo. La bestia intentará confundirte, para que te desvíes y pierdas el camino. Deberás ser fuerte ante su poder; ella jugará con tu miedo, con tus culpas, tu impaciencia; te engañará, te chantajeará, pero has de ser fuerte, para que llegues a lo profundo de ti. Este ovillo simboliza a tu ser, que será develado por completo al irse desmadejando, y si logras pasar la prueba podrás volver a recomponerlo de forma perfecta.

Andrés se sintió aún más pequeño e incapaz; por su cabeza pasaban los rostros compungidos de los niños sufriendo.

–¡Solo soy El Intérprete! –sollozó.

–Eres también el líder y sabrás cómo enfrentar las nuevas dificultades. Pon la inteligencia por delante del instinto; lo espiritual por delante de lo material; y lo eterno ante lo perecedero y tomarás las buenas decisiones. Cógela –dijo Ariadna, extendiéndole un hacha brillante y afilada–. Esta fue la que usó Teseo para derrotar al Minotauro.

Andrés tomó el hacha y cayó de rodillas, mientras Ariadna comenzaba a

desaparecer, diciendo:

–No pierdas la confianza en ti mismo, Andrés; todos confiamos en ti: la humanidad, la naturaleza, tus amigos...

La nube luminosa se difuminó por completo. Andrés quedó de rodillas, en medio de la más insondable oscuridad.

Durante largo rato permaneció hincado, tratando de despejar sus miedos y angustias, pero le era difícil hacerlo. Se incorporó como pudo, respiró hondo y se internó en el Laberinto Oscuro, invadido por la desazón y el temor.

El Laberinto distaba mucho de parecerse al diseñado por Ícaro y Dédalo, los míticos constructores del laberinto de Creta. Andrés pensó que seguramente la bestia que allí lo esperaba, sería aún más terrible que el cruel Minotauro, ya que en las profundidades en que se hallaba sentía que el mal comenzaba a apoderarse de cada rincón, de cada roca, de cada escondrijo. Ató la madeja a una piedra puntiaguda y comenzó su periplo hacia lo desconocido.

Entre las alternativas que se le presentaban a cada paso, debía decidir cuál camino tomar. A veces terminaba ante una muralla infranqueable y debía regresar. Entretanto, por su cabeza pasaba la historia de su vida, repitiéndose una y otra vez; los hechos que le habían provocado sufrimiento y decepción, su familia desunida, la muerte de la abuela que lo crió desde pequeño, el día en que abandonó su trabajo de maestro de escuela, su soledad, su pesimismo, todo, no lograba controlar su mente. Una profunda tristeza lo invadía; estaba solo frente a sus incapacidades, en un momento en que debía sentirse fuerte y seguro, en que debía comportarse como un valeroso líder encaminándose al rescate de sus amigos.

Desde que Andrés ingresó al Laberinto, la bestia que se ocultaba en la oscuridad comenzó a alimentarse de las inseguridades del líder e iba creciendo y volviéndose más temible, avanzando por los pasadizos, buscándolo. Olía sus miedos y su desánimo. De súbito, Andrés sintió sus bufidos y el miedo lo conmocionó por completo. Cayó al suelo, llorando y temblando.

–¡Yo no soy un líder, soy un fracasado, un incapaz, un perdedor! ¡Los niños morirán por mi culpa! –se dijo.

Desde el fondo del pasillo le llegó un llanto débil, como el de una niña pequeña.

–¡Valentina! –exclamó, pero no fue capaz de levantarse del piso, inmobilizado por el terror.

El lamento de la niña se hacía más intenso y doloroso, pero Andrés seguía hecho un amasijo de pánico, tirado sobre el suelo rocoso.

–¡Andrés, ayúdame, tengo miedo! –la voz llegó nuevamente desde el fondo del pasadizo.

Como pudo, Andrés se levantó, pero la confianza en sus medios lo había abandonado. Avanzó con paso dubitativo y tembloroso, hasta que divisó en la oscuridad a la pequeña niña, de pie ante la pared de roca, de espaldas a él.

–¡Valentina! –dijo, acercándose a la niña, que cubría su rostro con ambas manos y lloraba. Posó su brazo en el hombro de la pequeña y esta se dio vuelta hacia él. Lo que vio Andrés en ese momento fue horroroso: la cara de la chica estaba desfigurada, repleta de llagas, lacerada por completo; era el rostro del Señor del Abismo, el de las tinieblas, que por primera vez se le revelaba. Inundado de pavor, el líder huyó por los pasillos, tropezando en las rocas, cayendo al suelo e hiriendo sus manos y rodillas. Soltó el hacha de Teseo, que cayó lejos de él, y también el ovillo de lana, que rodó por el empedrado hasta perderse de vista. Y por unos segundos, en los que sus miedos se transformaron en visiones de pesadilla, perdió la conciencia.

Un gruñido ronco y pesado lo sacó de su sopor. A través de su vista nublada logró divisar los ojos amarillos del guardián, que se acercaba lentamente. Lleno de espanto, trató de ocultarse en la oscuridad.

–Puedo oler tu miedo –rugió la bestia, que Andrés reconoció como uno de los terribles amaroks del Foso Negro–. Siento cómo tiembla cada músculo de ese cuerpo débil y tullido –gruñó el engendro. Andrés se tapó los oídos ante la voz que lo desquiciaba–. ¿Este es el gran líder que enfrentará al Señor del Abismo? –preguntó

el amarok, dando un chillido de ira espantoso, que estremeció el subsuelo.

Andrés, que aún mantenía en su mente la imagen de sus fracasos, de sus dolores y de sus pérdidas, cerró los ojos para no ver los del guardián, que lo miraban espantosamente.

—¡Huelo que eres un cobarde, un perdedor, que ni siquiera tienes dignidad! ¡Huiste de tu pasado y te ocultaste lejos, como te ocultas ahora, que no me dejas verte! —vociferó el guardián—. ¡No eres digno! ¡No eres digno! —Las palabras repercutían insistentemente en la cabeza de Andrés, trastornándolo de pánico—. “¡No eres digno! ¡No eres digno!” se repetía a sí mismo.

De pronto, un relámpago de su conciencia le hizo darse cuenta de que se había vuelto invisible. Era uno de los poderes que le había concedido la naturaleza: hacerse invisible cuando el pánico lo venciera.

—¡Sí soy digno! —gritó entonces Andrés.

Su grito era firme y decidido y surgió desde lo más profundo de su ser. Estimulado por los recuerdos de la gente que amó y por la presencia poderosa de los que ahora amaba, se puso de pie y cogió el hacha de Teseo con gran determinación. La bestia se agachó, erizó el lomo y se lanzó hacia donde percibía a su enemigo. De un solo golpe certero, Andrés le cortó la cabeza. El guardián cayó decapitado al piso y su aceitosa figura se esfumó de inmediato, junto con los temores del líder, que también desaparecieron por completo.

Andrés sintió que un gran vigor lo invadía. En una nueva iluminación de su mente recordó la sonrisa acogedora de su abuela, el rostro de su esposa y de sus hijos, que no veía desde hacía tiempo; el de sus alumnos en la escuela, divirtiéndose en los recreos; la imagen de los chicos combatiendo contra los terribles amaroks: la pequeña y valerosa Valentina, la fuerte Constanza, la de Víctor volando en su triciclo, la de Salvador, que seguramente sería un gran líder cuando él no estuviese, la de Mark, el chico rebelde, al que ahora tenía un especial cariño. A medida que sus pensamientos se aclaraban, los oscuros vericuetos del Laberinto iban iluminándose.

Purificado y pleno de seguridad en sí mismo, Andrés corrió por los pasadizos, esta vez sin equivocarse el camino, hasta que encontró a los chicos acurrucados en el centro del Laberinto, asustados y temblorosos.

—¿Y el guardián? —preguntó Salvador, aún sobrecogido por el miedo.

—¡Está muerto! —dijo Andrés—. ¡Acabo de matarlo!

Los chicos lo miraron incrédulos.

—¡Es cierto! —agregó Andrés—. ¡Lo hice con esto! —y mostró el hacha ensangrentada de Teseo.

—¿Cómo saldremos de aquí? —preguntó Constanza.

—¡Con esto otro! —exclamó Andrés radiante, mostrando el ovillo de lana.

Los chicos vieron que los ojos de su líder relucían y que ya no parecía el hombre preocupado y meditabundo del último tiempo, y lo abrazaron llorando, formando un solo cuerpo unido por el cariño verdadero.

El grupo salió rápido del Laberinto, siguiendo el camino marcado por el ovillo de lana. La quinta prueba había sido superada y no se trataba de una prueba cualquiera: era la que hizo graduarse de líder a Andrés, que ahora era un hombre renovado, distinto, un ser que se había perdonado a sí mismo, asumiendo con valor y determinación que los dolores de su pasado habían sido necesarios para llegar a ser quien era: un líder de verdad.

6ª PRUEBA
 LAS COLUMNAS DEL FIN DEL MUNDO
 Activar Windows
 Ir a Configuración de PC para activar Windows.

Andrés meditaba acerca del reto que acababa de vivir en aquellas lóbregas profundidades. Sentía aún su cuerpo dolorido y fatigado, sentía aún las sensaciones

mezcladas de miedo y de victoria, pero una cosa se consolidaba en su mente: tenía los poderes necesarios para ser el líder y no defraudaría a su grupo. Y al recapitular las pruebas que habían sorteado, se decía, no sin asombro, que cada una de ellas fue como un retroceder en el tiempo, a épocas pasadas de la historia, como la caverna magmática, que representaba el origen ígneo de la vida en la tierra; la gruta pleistocénica de la era de los grandes mamíferos; el mito de Teseo y el Minotauro, que recordaba la antigüedad clásica; los gnomos y el gigante, seres mitológicos y legendarios. ¿Qué les esperaba cuando tuvieran que enfrentarse a las dos pruebas siguientes? Comenzaron a sentir fuertes golpes y el ruido difuso de una voz.

—¿Oyen eso? —preguntó Andrés a los chicos.

—Sí, es como si golpearan las paredes con rocas —contestó Salvador.

—No es eso: me refiero a la voz. ¿La oyen? parecen órdenes —añadió Andrés.

Los chicos permanecieron en silencio.

—¡Es cierto! —dijo Constanza, al cabo de un minuto—. ¡Alguien está dando órdenes!

El grupo aceleró el paso hacia donde provenían los sonidos. Desembocaron en una abertura, en lo alto de una inmensa caverna, donde unas figuras grandes y extrañas caminaban de un lado a otro, transportando enormes piedras. Sobre una roca alta permanecía un curioso personaje, un ser extraño con las manos en la cintura, dando instrucciones a diestra y siniestra. La oscuridad no permitía distinguir su rostro.

—¡No desfallecer, he ahí el punto! ¡No desfallecer! ¿Quiéren salvar su mundo? ¡Pues no desfallezcan! ¡Ustedes serán recordados por generaciones! ¡Sus nombres quedarán grabados en la memoria de estas columnas!

El extraño ente daba órdenes a un grupo de gigantes de piedra, enormes seres que construían gruesas columnas de roca para sostener, aparentemente, la bóveda de la extensa caverna. Andrés miró a los chicos, que permanecían, al igual que él, mudos y asombrados. Los titanes, de unos tres metros de altura, continuaban su silenciosa labor en total sumisión. Uno de los colosos de granito, visiblemente agotado, intentó

sentarse a descansar sobre una piedra.

—¡No desfallecer! —volvió a gritar el ente—. ¡No abandonar la tarea! ¡He ahí el punto! ¡Es responsabilidad nuestra sostener el mundo desde abajo! ¡Es nuestra misión permitir que otros vivan!

El gigante volvió a sumarse a la faena, tomando la pesada roca e incrustándola en una columna en construcción. Andrés sintió una repentina compasión por aquellos seres, que parecían esclavos. No pudo evitar compararlos con la misión que ellos tenían: salvar a un mundo indiferente en el más absoluto anonimato. De pronto, reconoció a una pequeña figura que descendía hacia donde laboraban los gigantes de piedra.

—¡Valentina! ¿qué haces? —exclamó Andrés.

Los chicos miraron a su alrededor y, efectivamente, la pequeña se había escabullido, sin que nadie se diera cuenta, y se dirigía al lugar de las columnas muy decidida. Salvador intentó seguirla, pero Andrés lo detuvo:

—Déjala, ella tiene algo especial cuando se trata de gigantes —señaló.

La niña se acercó despacio hasta uno de los titanes que avanzaba sujetando un gran peñasco sobre su hombro.

—¡Detente! ¿Por qué trabajas tanto? ¿Por qué le haces caso a ese ser malo y abusador? —dijo la niña.

El gigante la miró con cara triste y cansada, pero no respondió y continuó con su rutina.

—¡Oigan! —insistió Valentina, con molestia, cuando otros gigantes de piedra pasaban a su lado, ignorándola—. ¡A ustedes les hablo! ¿Por qué obedecen a ese hombre cruel y explotador?

Los gigantes pasaban sin mover sus caras pétreas y lánguidas. Valentina pateó fuerte la pierna de uno de ellos y solo consiguió lastimar su pequeño pie. Uno de los seres quiso detenerse frente a la niña, pero de inmediato se sintió la voz de mando:

—¡No distraerse! ¡No desfallecer! ¡He ahí el punto! —y el gigante debió proseguir

su camino.

Valentina, furiosa, no pudo contenerse.

–¡Basta! –gritó, tan fuerte que su grito retumbó en toda la caverna.

La actividad se detuvo y los colosos se quedaron como petrificados. En lo alto, Andrés y los chicos sintieron un vértigo en sus estómagos. Valentina había avanzado unos pasos y quedaba a la vista del enigmático hombre que estaba sobre la roca. El ente comenzó a tartamudear nervioso:

–¿Qué... qué... es lo... lo... que está su...sucediendo? –preguntó.

–¿Por qué los tratas tan mal? ¿No ves que están cansados? –exclamó Valentina, sacándose sus grandes anteojos.

El extraño personaje vio, entonces, a la pequeña y altiva figura que lo encaraba.

–¿Quién eres tú que te atreves a interrumpir nuestra faena? –preguntó.

–¿Nuestra? ¡Tú no haces nada! ¡Solo das órdenes parado ahí arriba! ¡Eres un flojo! –contestó la niña, mirándolo con gran enfado.

–¡Yo soy el jefe de esta obra! ¡La mente pensante! –repuso el hombre–. ¡Soy quien dirige esta importante labor! –agregó.

–¡Pues lo haces muy mal! –dijo la pequeña–. ¡Ni siquiera les das un descanso a estos pobres trabajadores!

–¿Cómo que no? Hace setecientos años una columna se derrumbó. Tuvimos que detener la faena por diez minutos y esa vez les di un descanso... Pero tú ¿por qué te entrometes? –dijo el ente–. ¿Eres un gnomo acaso? ¡Aquí los gnomos no son bienvenidos!

–¡No! –repuso Valentina–. ¡No soy un gnomo! ¡Soy una niña!

–¡Una niña! ¿Qué rara especie es esa? –dijo el ente, mirando impaciente un reloj de arena que tenía en su mano–. Pero ¿por qué me distraigo? ¡Continúen, cabezas de piedra! –gritó–. ¡No desfallecer! ¡He ahí el punto!

Los gigantes reanudaron la tarea. Valentina se puso frente a ellos con los brazos abiertos, pero los colosos no se detuvieron. Andrés, en lo alto, cerró los ojos y tensó

el cuerpo entero al ver que uno de ellos iba a pasar por encima de la pequeña. Pero Valentina se hizo a un lado y corrió hacia la columna donde el gigante iba a colocar la roca. Este la miró con estupor.

–¡Alto! –dijo la niña–. ¡No sean tontos! ¿Por qué le obedecen?

El coloso la miró con sus pequeños ojos pétreos y le contestó con voz profunda y gastada:

–Porque él es nuestro patrón, nuestro jefe.

–¿Quién les dijo que él era su jefe? –preguntó la niña.

–Él mismo, cuando llegó. Nosotros vivíamos aquí en la cueva, muy tranquilos y en paz, comiendo rocas y charlando de cualquier cosa, pero un día llegó él y nos dijo que el mundo se derrumbaría si no construíamos grandes columnas que lo sostuvieran, que no podíamos vivir en la pereza y en la indiferencia, perdiendo el tiempo. Tuvimos miedo de que el techo de la caverna nos aplastara y le obedecimos.

El hombre, furioso, gritaba a los gigantes que continuaran su faena. Pero estos, uno a uno, comenzaron a detener su labor, acercándose a la niña.

–¡Imbéciles, cerebros de roca! ¿Quieren que el planeta les caiga encima? ¡Continúen sus labores! ¡Se los ordeno! –pese a su ira, solo atinaba a gritar desde el peñón donde estaba, sin moverse de allí.

Andrés y los chicos comenzaron a dirigirse hacia él.

“Perro que ladra no muerde”, se dijo Andrés, mientras abajo continuaba el diálogo.

–¡Eso no es verdad, el planeta no se derrumbará sobre ustedes! –exclamó Valentina–. ¡Ese tonto solo quiere sentirse poderoso mandando y abusando!

–Él nos paga con rocas –dijo uno de los gigantes–. Y las rocas son nuestro alimento.

–¿Con rocas? –preguntó Valentina –. ¡Pero si las rocas siempre han estado aquí! ¡Lo que aquí sobra son rocas y estas les pertenecen a todos!

–Cuando él llegó –dijo otro de los colosos– nos mostró un documento que decía

que estas cuevas le pertenecían y que nos permitiría vivir aquí si trabajábamos para él, y que nos pagaría con justicia nuestra labor.

—¡Estas cuevas son de ustedes! —afirmó Valentina—. ¡Ustedes siempre han vivido aquí! —Los gigantes se miraron entre sí con asombro; encontraban razonables las palabras de la pequeña. Al otro extremo de la caverna, Andrés y el resto de los chicos se acercaban al ente, quien, al verlos, se sobresaltó y se ocultó entre las sombras.

—¡Más niñas! —exclamó, ocultándose en la oscuridad.

—Somos humanos! —aclaró Andrés—. ¿Así que tú eres su jefe? —preguntó.

—Sí, soy su capataz y ellos mis obreros; les pago con justicia y les trato con dignidad —repuso desde las sombras.

—¿Y quién te designó como su jefe? —preguntó Salvador.

—Bueno... —respondió nervioso—, siempre debe haber alguien que sea el dueño de la propiedad, de las herramientas y de todo; alguien que organice las faenas.

—¡Pero aquí no hay herramientas y estas cavernas no tienen dueño! —expresó Andrés.

Desde la penumbra, el ente les lanzó a los pies un viejo y arrugado papel:

—¡Ahí está la prueba de lo que digo! —exclamó.

Salvador lo recogió y lo extendió para leerlo.

—¡Pero esto no está timbrado ni firmado por nadie! —aseguró el chico.

—¡Bueno, y quién iba a poner su firma! ¡En este lugar no hay oficinas ni funcionarios! —repuso el ente.

—¡Esto es un fraude! —dijo Constanza—. ¡Tú no eres dueño de nada! ¡Has engañado a estos pobres gigantes! —agregó enfadada.

—¡Yo no he engañado a nadie! —replicó el personaje—. ¡Estas cavernas no tenían dueño y yo solo las reclamé como mías! ¡Eso es perfectamente legal! Además, estos gigantes vivían en la barbarie, sin autoridad alguna y sin derechos de propiedad ¡Esto era un caos! Ahora yo soy su jefe, los dirijo y todo funciona en perfecto orden

—agregó, convencido de estar en lo cierto.

Andrés quiso sacarlo cuanto antes de su guarida, para enfrentarlo:

—¡Sal de tu escondite de una vez! —le ordenó.

—¡No saldré por motivo alguno! —respondió el ente—. ¡Mí posición de capataz no me permite mezclarme con las clases inferiores! —aseguró.

Andrés miró a Constanza, que estaba ya bastante irritada con el cobarde personaje.

—Es tu turno, Coni —le dijo—. Eres la única que todavía porta un talismán.

La chica buscó entre sus ropas y solo encontró unos pellets de perro en sus bolsillos. Se decepcionó un poco, pero de pronto una idea se le vino a la mente.

—¿En cuánto venderías esta caverna con todas sus piedras? —preguntó la chica.

Por un instante se produjo un silencio; el personaje parecía sacar cuentas.

—Estee... es muy cara, por cierto... considerando la propiedad, la fuerza de trabajo... ¡Ah! no olvidemos las herramientas... los gastos de papeleos... ¡Un millón! —exclamó finalmente.

—¿Un millón de qué? —preguntó Salvador, extrañado.

Constanza, poniendo un dedo en su boca, le indicó que callara y dijo:

—Tengo aquí unas piedras muy valiosas que nos dieron los gnomos de las cavernas. Son más valiosas que los diamantes; son de distintas formas y colores, además huelen muy bien.

Andrés miró con sorpresa los pellets que la chica exhibía en su mano, pero entendió su intención.

—Quiero verlos... eso me parece interesante —dijo el ente, saliendo por fin de su escondite.

Todos observaron con sorpresa al curioso personaje; era bastante pequeño de estatura y vestía una larga túnica raída. Sobre su cabeza lucía una corona gastada y mohosa, como la de un monarca en el ocaso de su reinado.

—Así que tú eres el capataz de estos gigantes —dijo Andrés, en tono sarcástico —.

Un rey decadente y patético.

El hombre recogió los pellets de la mano de Constanza y los miró con admiración.

–¡Pero soy un rey democrático! –exclamó, sin quitar la vista del alimento para perros, que le fascinó–. Cada cien años llamo a elecciones libres, para elegir a la nueva autoridad –agregó, oliendo el perfume a carne que emergía del alimento canino.

De pronto aparecieron en lo alto varios gigantes, con cara de pocos amigos. Sobre el hombro de uno de ellos venía sentada la pequeña Valentina.

–¡Pero él es siempre el único a quien podemos elegir! ¡Es el único candidato! –gruñó, bastante enfadado, el coloso que transportaba a la niña.

El reyezuelo corrió a ocultarse tras una roca.

–Los gigantes me contaron que él proviene de la Ciudad Subterránea, que allá era un rey, pero que lo habían desterrado, porque quiso apropiarse de todo –dijo Valentina.

Andrés sintió un poco de pena por aquel reyezuelo, que parecía un personaje de caricatura con su vestimenta, que de lejos se veía muy majestuosa, pero que de cerca era bastante precaria.

–¡Creíamos que era más alto! –dijo uno de los colosos–. Él nunca se acercó a nosotros, pues decía que la nobleza no debe mezclarse con la clase trabajadora. Desde aquí abajo se veía muy imponente –agregó.

Preso del pánico, el reyezuelo tiritaba detrás de la roca.

–Lo justo es que ustedes mismos decidan su castigo –señaló Andrés, por los años que los mantuvo en esclavitud.

Los gigantes se reunieron en asamblea para decidir qué hacer con el excéntrico individuo. Este trataba infructuosamente de defenderse de las acusaciones:

–¡A los esclavos no se les paga un salario y yo lo hacía puntualmente! –argumentaba, todavía oculto.

–Pero abusabas de ellos y les pagabas con el fruto de su propio trabajo, con rocas

que les pertenecieron desde siempre. Además, para qué levantar estas columnas si el planeta no se va a derrumbar –dijo Andrés.

–Había que ocupar el tiempo en algo –repuso el personaje, encogiéndose de hombros y apareciendo de nuevo en escena, al parecer resignado a su suerte.

Los gigantes retornaron al lugar, felices de haber tomado una decisión. Lo expulsarían del lugar, lanzándolo al pique donde arrojaban las pequeñas piedras inservibles. A Salvador le pareció poco el castigo a un tirano que los había explotado durante tanto tiempo, pero los gigantes no eran malos ni vengativos. Lo tomaron en andas y se dirigieron al buzón de rocas incrustado en la pared.

–¡No faltará a quién gobernar! –gritaba el reyezuelo desesperado, mientras lo transportaban los hombres de roca–. ¡Hay muchos seres en la subtierra que esperan que alguien los organice! ¡Hay todavía muchas propiedades sin dueños! ¡Hay quienes no rehúyen al trabajo duro!

Andrés y los chicos reían al oír sus palabras.

–¡Ya encontraré obreros que quieran trabajar de verdad –continuaba el ente–, no como ustedes, que nunca progresarán, porque son unos perezosos! ¡He ahí el punto!

7ª PRUEBA

EL MUNDO DEL SILENCIO

Durante varias jornadas descendieron por un inclinado e interminable pasadizo, descansando apenas por momentos. La motivación de enfrentar la última prueba, tras largas y fatigantes jornadas, los instaba a seguir sin detenerse. Nunca habían descendido tan profundamente en la subtierra, pero ni el frío penetrante ni la inquietante oscuridad los desanimaba.

Hacia buen rato que los acompañaban, escoltándolos por entre las sombras, los vaporosos escaladores, aquellos que rescataron a Constanza y a Salvador del río y que los acompañaron en algunos combates contra los terribles amaroks. No se dejaban ver, porque eran muy prudentes y no querían asustarlos, pero los chicos y Andrés percibían su presencia benigna y protectora.

Lo primero que hicieron, al darse cuenta que se encontraban en el territorio de los escaladores, fue buscar a Mark, pero no lo encontraron en parte alguna. Luego hicieron contacto con los escaladores, quienes trataron de explicarles, en su lenguaje de miradas y expresiones benévolas, que lo habían llevado donde pudiesen curarlo con medicinas mágicas y legendarias, porque la herida envenenada provocada por el cobarde amarok era grave y penetrante. A Andrés y a los chicos la noticia los entristeció, pese a que se sentían agradados en aquel espacio, donde se respiraba paz y tranquilidad.

Los escaladores eran seres escindidos de los primeros hombres, que se ocultaron en la subtierra. Se habían internado en cavernas profundas, buscando redimir a los de su especie. Habían sido sabios e iluminados en su época, que se sintieron agobiados por la destrucción del planeta causada por sus semejantes. Estuvieron dispuestos a expiar las culpas de la humanidad, pagando ellos, con su propio exilio su penitencia, aislándose como ermitaños. Sin embargo, los milenios de reflexión y aprendizaje en esas profundidades, viviendo en forma austera y precaria, los fue haciendo evolucionar hacia un estado más avanzado y desarrollado, con el que aprendieron a desplazarse con gran habilidad por las cavernas, optando por el silencio y la meditación, en busca del camino a la bondad y a la sabiduría.

Sus rostros transmitían una gran serenidad, sus ojos profundos miraban más allá de la esencia de las cosas. Andrés y los chicos pensaban que si los humanos estaban destinados a evolucionar en esa forma, el futuro de su especie sería esperanzador. El dilema consistía en si los hombres serían capaces de permanecer en la Tierra durante miles de años más, sin destruirla.

Andrés, seguido por los chicos y en total silencio, se encaminó por un sendero que se abría en medio de una rara vegetación que crecía, extrañamente, a expensas de la oscuridad. Pese a lo sosegado de aquel mundo, al líder no dejaba de preocuparle la obligada ausencia de Mark y la prueba que aún debían enfrentar.

De todos los vericuetos y accidentes de las rocas comenzaron a descender los escaladores a darles la bienvenida. Extendían sus largos y delgados brazos, para acariciar sus cabezas con suavidad. Los chicos sentían la dócil energía que les traspasaban con cada caricia. Sin embargo, aquellos seres deseaban algo que Andrés y los niños aún no lograban comprender. Los dirigían hacia una caverna oscura, al final del sendero. Al llegar al portal de la gruta, uno de los escaladores se acercó a Andrés y levantó un dedo, indicando el número uno.

—Ya entiendo, chicos: quieren que entremos en esa cueva, donde dicen que podemos hacer una sola pregunta. Pero debemos hacerla con prudencia y cuidado; es un lugar mágico, que trasciende el tiempo y el espacio —agregó.

Constanza se adelantó al grupo para entrar primero, pero Andrés la detuvo.

—Ten cuidado, Constanza —le dijo.

La chica lo miró y sin escucharlo siguió adelante. Al cabo de un rato salió llorando desconsoladamente. Valentina se acercó para abrazarla y la niña de la tienda de mascotas se derrumbó en sus pequeños brazos.

—¡Están bien, están bien! —repetía incesantemente entre sollozos. ¡Allá, donde están, están bien y orgullosos de mí! —Había preguntado por sus padres.

Salvador quiso ser el siguiente, se internó en la cueva y se perdió en la oscuridad. Casi de inmediato divisó una delgada caída de agua cristalina, alimentada por una pequeña vertiente, que brotaba desde unas rocas. Se acercó atraído por el Espejo de Agua, que brillaba y relucía en la oscuridad. “Solo puedo hacer una pregunta”, pensó. “Debo hacer la correcta”. En su corazón solo había una interrogante, que nada tenía que ver con su misión de héroe: saber si Constanza podría llegar alguna vez a interesarse en él. Apenas hizo la pregunta, apareció en la cascada la imagen, un tanto

borrosa, de la chica de ojos extraños, quien, en medio de una abundante vegetación, besaba a un joven del cual solo se podía ver la espalda. Pero el joven parecía no ser él: aparentaba un poco más edad, como la de un adolescente, y tenía puesta la chaqueta de Mark. Una profunda decepción lo invadió.

—¿Qué preguntaste? —le inquirió Andrés, viéndolo salir muy afectado. El chico no respondió. Constanza corrió a abrazarlo, pero Salvador se mantuvo rígido y en silencio, guardando en secreto su pena.

Valentina ingresó a su vez a la caverna y salió casi inmediatamente, tan serena como entró.

—El río no se llevó mis muñecas —dijo con tranquilidad al salir, ante el asombro de todos.

Víctor fue el siguiente. Andrés pensó que, de seguir así, los niños continuarían haciendo preguntas personales y no relacionadas con su misión. El chico ingresó, y al cabo de un instante salió tan sereno como cuando había entrado, con su acostumbrada sonrisa enigmática.

Llegó el turno de Kalaalit. Conociendo al niño inuit, Andrés tuvo la esperanza que preguntara algo importante acerca del futuro, o sobre el Arkanus o la Ciudad Subterránea, algo útil para todos. Pero el chamán del Ártico solo quiso saber de su amigo Nanuc, el gran oso polar, y si este se había reunido con sus antepasados.

Andrés, bastante desilusionado por las pueriles consultas de sus compañeros, ingresó a su vez a la caverna, tratando de hallar la pregunta más amplia y certera que pudiera hacer, en un intento por averiguar algo acerca de los acontecimientos que se avecinaban. Una vez frente a la cascada mágica preguntó concisamente, sin rodeos, sobre lo que le interesaba: —¿Dónde está el Arkanus? —El velo de agua se agitó y Andrés se sintió mareado, invadido por las imágenes que desfilaron en su mente. Entre la confusión de imágenes entrecortadas y superpuestas se vio a sí mismo, tendido en el piso, inmóvil, y a los chicos llorando y sufriendo; percibió mucho dolor y muerte en batallas sangrientas y vio a siete crueles seres destruyendo el planeta.

Entrevió, también, a animales huyendo de bosques en llamas. Finalmente se le reveló el rostro más horrible que podía imaginarse; este lo miró directo a los ojos, le rugió y lo lanzó lejos, contra la dura roca de una caverna. Andrés cayó semiinconsciente al piso. Fue su segundo encuentro con el Señor del Abismo, cuyos ojos vio nuevamente de frente, y su espantosa maldad se le hizo intolerable. ¿Sería ese su futuro? ¿O el amo de las profundidades solo quería atormentarlo? Salió con bastante dificultad de la caverna y debió ser asistido por los escaladores.

Al verlo tan afectado, Salvador se le acercó.

—¿Qué viste, Andrés? —le preguntó.

—El Señor del Abismo me miró directo a los ojos, Salvador... —murmuró Andrés, visiblemente conmocionado—. Hay que evitar a toda costa que lo liberen, es espantoso —agregó, con la vista perdida.

Salvador sintió en carne propia el terror de Andrés y retrocedió unos pasos, bastante perturbado, mientras los escaladores trasladaban al líder a un lugar más comfortable. Allí lo ungieron y bendijeron, para recuperarlo de sus terribles visiones. Los chicos, por su parte, se fueron a descansar sobre unos hatos de hierba seca muy cómodos.

Fue un ejercicio de silencio el que vivieron en aquel lugar; no necesitaron comunicarse con palabras; sus pensamientos fluían entre ellos y con los escaladores, quienes les revelaron muchos secretos útiles para el futuro. Entre otras cosas, les indicaron que estaban cerca de la Ciudad Subterránea, a solo unas cuantas jornadas de camino; que era un lugar maravilloso, donde encontrarían sabiduría y consejo; que confiaban en ellos y en su fortaleza, la que más que de sus poderes y talismanes, provenía de sus corazones; que eran dignos defensores de un planeta agónico y que sabrían enfrentar al mal y sus ejércitos.

Sin embargo a Andrés, a pesar de la ayuda de los escaladores y de que se había encontrado a sí mismo en el Laberinto Oscuro, lo asaltaban nuevas dudas y temores. ¿Qué habían querido decirle aquellas funestas visiones? Pero como buen líder

guardó en secreto sus interrogantes

“Tal vez las revelaciones son otra prueba más, una prueba para tantear mi entereza”, pensó, antes de emprender de nuevo el viaje.

⁵ No es raro encontrar lava en el subsuelo. Estos lugares permiten aprovechar la energía geotérmica sin contaminar y de forma renovable, transformando el agua en vapor a presión, que sirve, entre otras cosas, para echar a andar turbinas en una central generadora de electricidad.

⁶ Estas se llaman así debido a que la emperatriz Catalina la Grande de Rusia, que se aburría en los inviernos, gustaba de deslizarse por la nieve en cajones; pero en la primavera, cuando la nieve se fundía, volvía a aburrirse, por lo que les hizo poner ruedas y se entretenía deslizándose colina abajo. Más tarde, Marcus Thompson, un inteligente inventor, construyó en 1884 la primera montaña rusa, imitando los carritos mineros. Hoy existen unos gigantescos ejemplares en China y Japón.



Activar Windows
Ir a Configuración de PC para activar Windows.



CAPÍTULO 4

LA MUTACIÓN DE LOS TODOPODEROSOS

LA MALIGNA MUTACIÓN

En otro lugar de la subtierra, muy lejos de donde se hallaban los héroes, pero en un lugar igualmente sombrío y nebuloso, los siete Todopoderosos se congregaban nuevamente. No descansaban en su afán de enriquecerse aún más y seguían trabajando en su proyecto secreto. Enfundados en tecnologizados trajes, descendían a las profundidades de la tierra, provistos de aparatos complicados e innovadores. El grueso magnate sentía una gran agitación, mezclada con miedo y nerviosismo.

Estaba ansioso por ver con sus propios ojos la fuente de su futura e incalculable fortuna.

Habían decidido bajar en secreto al lugar del descubrimiento, para supervisar personalmente el avance de las obras. No querían que nadie más de la superficie supiera del hallazgo. Habían ordenado apresurar los trabajos, los cuales consistían principalmente en ir desenterrando poco a poco y con gran cuidado, la extraña efigie hallada. Esta era enorme y concentraba una inconmensurable cantidad de energía.

Los Todopoderosos abordaron un tecnificado vehículo, que terminó de internarlos en las profundidades.

A su llegada, los magnates pudieron apreciar a simple vista que las actividades que se desarrollaban en la amplia caverna estaban detenidas. Un asistente les desabrochó los cinturones de seguridad, pero el grueso magnate, con la negativa impresión de ver suspendidas las faenas, se enredó en su cinturón y tardó más que sus compañeros en liberarse. El escaso aire en el lugar estaba impregnado del olor penetrante del líquido que los había hecho ricos y poderosos.

Al fin tenían ante sus ojos parte de la exótica forma que surgía de la pared rocosa. Era claramente una mano, una gran mano gigante de temible aspecto, que ya había sido exhumada casi por completo; una mano maligna, que los atraía hacia sí con una fuerza ineludible. El magnate grueso sintió flaquear sus piernas, no supo si por emoción o por miedo.

—Hemos tenido que detener la excavación, han ocurrido varios accidentes y han muerto operarios —informó el ingeniero a cargo de las faenas—. Desde hace unos días se ha iniciado una intensa actividad cerca de la escultura, como si hubiera despertado una colosal fuente de energía. Quienes se acercan a ella para continuar exhumándola comienzan a sufrir mareos, convulsiones, y dos de ellos han muerto —agregó.

El hombre grueso asintió con frialdad, sin quitar la vista de la efigie, que le atraía magnéticamente. En su mente se cruzaban imágenes de dolor y muerte, que no lo conmovían. Los ojos de los otros seis Todopoderosos se ensombrecieron y el propio

ingeniero sintió miedo al verlos. En ese preciso momento, la fuerza maligna comenzaba a corromper aún más sus mentes ya pervertidas; los siete Todopoderosos iniciaban su camino a transformarse en esclavos sumisos del Señor del Abismo, a mutar en seres horribles y despiadados. Ya nada podría detenerlos.

De pronto, los potentes focos que iluminaban directamente la mano de la bestia, temblaron ruidosamente; la escultura descubierta cobró un brillo secreto y pareció agitarse, mientras los operarios comenzaban a huir en distintas direcciones, aterrados por el hábito del mal que comenzaba a apoderarse de la caverna.

Los siete Todopoderosos, atraídos irresistiblemente por la imagen, se acercaron temblando hasta situarse frente a ella. Secretamente seducidos, se dispusieron en perfecto orden, rodeando la mano descubierta del Señor del Abismo, que requería de ellos para poder liberar su ser completo, valiéndose de su corrupción, de su codicia y de su ambición sin límites.

A un mismo tiempo, los siete posaron sus manos sobre la zarpa del Señor del Abismo, que ya les había quebrantado la voluntad y comenzaba lentamente a dominar sus mentes. El interior de la tierra se estremeció. Lo sintieron los chicos, a miles de kilómetros de ahí, avanzando a través de tinieblas desoladas; lo percibieron los mamuts, que comprendieron que el principio del fin estaba cerca; los gnomos, que lloraron amargamente; y el gigante Bubby, que despertó luego de una horrible pesadilla. En el lago congelado, el hielo se partió por la mitad y volvió a emerger el magma incandescente. La subtierra entera fue inundada por una tenebrosa oscuridad; la maldad se esparció por todos los rincones, como un reguero de pólvora, y en la superficie muchos hombres buenos miraron al cielo buscando respuestas, cuando sintieron que un gran agobio oprimía sus corazones. Los bosques sacudieron sus ramajes, las montañas temblaron, los desiertos y océanos se agitaron tras incontables eras perdidas en el tiempo. Los siete Todopoderosos malditos, los lacayos del Señor del Abismo, estaban de regreso.

Fue el comienzo de la maligna mutación. Los focos estallaron en cientos de

chispazos, las máquinas explotaron en trozos brillantes, las decenas de operarios que huían cayeron fulminados al piso por la fuerza de una inusitada liberación de energía, mientras los Todopoderosos se convulsionaban en torno a la escultura, acumulando el poder que les confería el Señor del Abismo. Pronto comenzaron a crecer y a desfigurarse irreversiblemente; sus rostros se repletaron de llagas y comenzaron a emitir una intensa luz, que emergió de sus bocas, de sus ojos, de sus oídos. Habían sido poseídos fatalmente por el mal.

Salvo los siete poseídos, nadie ni nada quedó en la caverna, nadie que pudiera sobrevivir ni identificarse; todo quedó destruido, despedazado, desmembrado, esparcido por el piso. Los siete magnates habían mutado en criaturas monstruosas, que jadeaban en torno a la mano descubierta del Señor del Abismo. El mal se apoderaba de la débil voluntad de unos humanos corruptos, para cumplir, una vez más y tras miles de años de cautiverio forzoso, sus maléficos designios.

Las siete criaturas se miraron con satisfacción; tenían claras las órdenes, que consistían, primeramente, en acelerar el regreso de su amo. Retornarían a la superficie a apresurar los acontecimientos y a colapsar el planeta, para que su maligno señor retornase en gloria y majestad. Los nuevos esclavos sentían un impresionante poder en sus cuerpos. Se miraron entre sí, conectando sus perversas miradas, y lanzaron el más atroz de los alaridos del cual se tenga memoria; un bramido pavoroso, que se internó en cada hendidura de las rocas, que escapó por todas las cavernas, galerías y pasadizos de la subtierra, que brotó a la superficie por todos los volcanes y géiseres y que conmovió profundamente el secreto reino de los desterrados.

Un enjambre de ojos amarillos comenzó a emerger desde las aberturas de las rocas. Los temibles amaroks del Foso Negro salían a reconocer a sus nuevos líderes, demostrando sumisión y obediencia. Los ejércitos del mal comenzaban a reagruparse. El Océano Glacial Ártico sería el punto de partida de la resurrección del mal, un lugar alejado de las civilizaciones, aún poco conocido y explorado.

Derretirían el casquete polar para provocar el colapso del planeta. Ya no estaban dispuestos a esperar que todo sucediera como estaba ocurriendo: el Señor del Abismo había cambiado de estrategia y ahora buscaba retornar cuanto antes. El primero de los siete esclavos, el Todopoderoso Fusionador, partía rumbo a los hielos del norte, secundado por un terrible ejército de bestias, a consumir la maléfica misión que su nuevo amo le había encomendado.

LA CIUDAD SUBTERRÁNEA

A pesar de la extraña conmoción que sintieron en el interior de la Tierra, en lo íntimo del grupo de los héroes existía una moderada satisfacción por haber superado la séptima prueba. La Ciudad Subterránea estaba cerca, podían percibirlo en el ambiente, aunque todavía no había asomo alguno de actividad humana.

Las extenuantes jornadas por las cavernas inhóspitas comenzaban a cobrar su precio. Sin embargo, tenían la secreta esperanza de ser recibidos como héroes, de comer algo caliente, bañarse en algún río de aguas cristalinas, dormir en blandas y tibias camas. Esperaban que la ciudad estuviese ahí, a escasas tres jornadas de camino, como les prometieron los escaladores.

Pero los pasadizos, en lugar de ampliarse y mostrar indicios de presencia humana, se volvían más estrechos y rústicos. Dificilmente podrían desplazarse por ellos vehículos y carruajes, como imaginaban que habría de sobra en la maravillosa urbe. En eso, Andrés advirtió de pronto unas figuras pintadas en los muros de la caverna por la que transitaban; era una señal clara de algún tipo de existencia inteligente.

—¡Son pinturas rupestres! —exclamó, acercando la antorcha.

Poco a poco fueron viendo que se trataba de su propia historia. Asombrados, reconocieron descritos por completo los encarnizados combates contra los amaroks,

con monitos del monte, pumas y cóndores incluidos, relatados con todo lujo de detalle, en forma de figuras similares a las de los mayas; la lucha final en los faldeos de la montaña y a Nesfar, Ineter y Goldan ora enormes, ora despedazados en el suelo; la candente caverna de magma y la entretenida pista de hielo en que se transformó, con triciclo y todo; el Gigante Bubby frente a Valentina y luego revolcándose de risa en el suelo; la caverna pleistocénica y los mamuts; los gnomos, los escaladores y las criaturas de piedra. Un relato que no concluía, porque con el temblor provocado por la mutación de los siete Topoderosos, unos trozos de rocas se habían desprendido, impidiendo la visión del resto de los signos y obstaculizando el paso.

—¡Es increíble! —exclamó Salvador—. ¡Es nuestra historia! ¡Ahí está Valentina con Bubby! —volvió a exclamar, identificando en la pintura a la niña y al gigante.

—Da la impresión que esto fue pintado hace siglos —agregó Andrés.

—Qué lástima que no podremos saber cómo termina la historia —intervino Constanza, mostrando el derrumbe de rocas.

—Tal vez no hay un final, porque aún no ha terminado —dijo Kalaalit, en tono misterioso.

Permanecieron durante un rato reconociéndose en cada dibujo, mientras Andrés escudriñaba el lugar, buscando un paso entre los escombros.

—Si los escaladores están en lo cierto, deberíamos hallarnos cerca de la ciudad —dijo, mientras estudiaba cómo despejar el pasaje—. Ya hemos hecho varias jornadas —agregó.

Salvador acudió en su ayuda, trepando por entre los escombros, hasta dar con un hueco que permitía el paso.

—¡Ya está! —dijo, por aquí podemos pasar.

Al otro lado, dos hombres semidesnudos, cubiertos solo por un taparrabos, observaban con recelo al grupo de extraños.

—¡Salud, habitantes de la Ciudad Subterránea! —dijo Andrés, en tono pomposo,

acercándose a ellos—. ¡Necesitamos hablar con vuestro líder!

Los dos hombres se miraron entre sí y, encogiéndose de hombros, se alejaron del lugar. Perturbado, Andrés intentó seguirlos, pero los hombres eran muy ágiles y veloces y se perdieron tan rápido como aparecieron.

Andrés y los suyos avanzaron unos pasos más y ante ellos se abrió una cámara más pequeña que las ya conocidas. Varias fogatas iluminaban una multiplicidad de cavernas horadadas en la roca. Parecía un edificio al revés, donde el exterior era el interior. Se trataba de la chimenea de un volcán extinto.

—Debe ser el campamento de una tribu de cazadores —dijo Andrés—. Ellos deben conocer el camino a la ciudad.

El grupo avanzó hacia el centro de la cámara, buscando contactarse con alguien. Las llamas de las fogatas proyectaban sobre las rocas las sombras de las personas que estaban alrededor de ellas, ya sea en una especie de ritual, comiendo o solo reunidas. Era difícil saberlo; lo raro es que nadie salía a recibirlos.

—Tal vez son marginales desterrados de la Ciudad Subterránea, o un pueblo nómada más atrasado —aventuró Andrés.

Al cabo de unos minutos vieron que alguien, en la penumbra, se les acercaba sigilosamente. Traía consigo una especie de báculo e intentaba pasar inadvertido, pero la sonajera de sus collares lo delataba.

—¡No se separen! —ordenó Andrés a los chicos y se puso en alerta—. ¡Ya te vimos! ¡Sal de detrás de esa roca! —le gritó al hombre medio oculto, que no tuvo más remedio que acercarse a ellos. Parecía una imagen sacada del *National Geographic*, de una de esas tribus amazónicas o africanas que huyen sabiamente de la civilización, internándose en lugares casi inaccesibles para el ser humano. Estaba tatuado entero con diversos signos y portaba una impresionante cantidad de amuletos distribuidos en el cuerpo. Tenía la cabeza ataviada con plumas de diversos colores y tamaños y su báculo exhibía un cráneo en su parte superior. Se detuvo a unos metros del grupo y comenzó a danzar, emitiendo extraños sonidos guturales. De pronto

arrojó sobre los chicos una especie de esfera mágica, que estalló en el suelo, en medio de un chisporroteo enorme, desatando una humareda tóxica, que los hizo retroceder y les produjo un picor desesperante en los ojos.

Kalaalit, indignado por el recibimiento tan poco cortés, tomó su alforja y lo enfrentó, arrojándole unos polvos poderosos, que provocaron más chispas y humareda, y que le quemaron los pies desnudos al chamán rival. Pese a ello este, en lugar de huir, comenzó a danzar en forma más exótica y con sonidos aún más extraños, y arrojó otro artefacto, apuntando directo al chamán inuit, produciendo nuevos estruendos, chisporroteos y humos picantes. Y en esas alquímicas artes estuvieron durante varios minutos ambos chamanes, desafiándose con hechizos y encantamientos, ante la atenta mirada de los héroes y de los misteriosos habitantes de las cavernas.

—¡Tam tam! —se oyó de súbito. Un tambor hizo eco en la cueva varias veces.

—¡Tam tam! —se oyó de nuevo, y el chamán aborígen puso ojos de terror y huyó por entre las piedras.

—¡Tam tam! —por tercera vez.

De una de las cavernas emergió una sombra, amplificada por el efecto que producía la luz de las llamas sobre la pared rocosa.

—¿Qué buscan, extranjeros? —preguntó la sombra.

Andrés se adelantó al lugar donde estaba Kalaalit.

—Buscamos la Ciudad Subterránea —dijo—. No queremos problemas. Perdonen a nuestro amigo, que solo quiso defendernos —agregó, refiriéndose al chico inuit, que permanecía inmóvil, con sus ropas humeantes y la cara tiznada.

—¿Para qué quieren encontrarla? —interrogó la voz, con potencia.

—Somos visitantes de la superficie y en la Ciudad Subterránea nos esperan. Somos siete guerreros que debemos enfrentar al Señor de Abismo —repuso Andrés.

Hubo un silencio prolongado, seguido de un murmullo persistente, emanado de las cuevas.

–¡Yo cuento solo seis! –expresó la voz, con autoridad.

–Sí, es que uno de nosotros... –Andrés se interrumpió al ver la figura que se acercaba por entre las rocas, desplazándose con dificultad–. Uno de nosotros...– intentó continuar, pero en eso reconoció el rostro de quien se aproximaba plétorico de felicidad.

–¡Mark! –gritó Constanza, al reconocer al chico que caminaba hacia ellos ayudado por un bastón.

–¡Jefe, Vale, Coni, Víctor, Chamán, Salvador! –gritó el joven y se fundieron todos en un gran abrazo.

Fue un reencuentro emocionante, lloraron y se abrazaron, ante la expectativa de quienes rodeaban las fogatas. Le contaron a Mark lo preocupados que estaban de su suerte, de las aventuras vividas en las cavernas. El chico les relató su increíble viaje con los escaladores, que estuvo a punto de morir por el veneno de los amaroks, pero que esas criaturas bondadosas lo habían traído a este lugar para ser curado por el gran hechicero, el mismo con el cual Kalaalit rivalizó, y que con su afecto, preocupación y medicinas mágicas, que solo se hallan en la subtierra, lo había sanado por completo...

–¿Dónde está la Ciudad Subterránea? –le preguntó Andrés, interrumpiéndolo.

Mark lo miró extrañado.

–¿Cómo que dónde está? –repuso el chico, asombrado–. ¡Es esta, jefe! ¡Esta es la Ciudad Subterránea!

Andrés no pudo ocultar su decepción. Esperaba otra cosa; tal vez edificios blancos de mármol, rodeando una plaza central, recorrida por sabios envueltos en pulcras túnicas, como en las antiguas ágoras griegas. En lugar de ello veía otra caverna inhóspita, con hombres semidesnudos viviendo como en la prehistoria.

–Esperaba una bienvenida distinta y no un hechicero loco lanzándonos proyectiles de humo –dijo Andrés.

En ese momento, desde cada fogata empezaron a saltar chispas y brasas

diminutas, que comenzaron a flotar en el aire, como una danza de estrellas en el espacio, arremolinándose entre sí, formando en la oscuridad un espléndido espectáculo. Los chicos quedaron extasiados ante aquel rito de bienvenida. Mark miró a Andrés con picardía y le dijo:

–¿Y esto, jefe, le parece poco?

ENCUENTRO CON LOS ANCIANOS

Andrés pudo comprender tiempo después lo que había vivido. En efecto, era la Ciudad Subterránea, el místico lugar habitado por hombres que prefirieron el autoexilio a permanecer en la superficie. El aislamiento les permitió proteger su forma de vida ancestral, negándose a evolucionar; a ellos les bastaba con lo que tenían. Mantenían una cultura tribal basada en el trabajo comunitario y la autoridad recaía en la sabiduría de un consejo de ancianos, que resolvía todo en forma pacífica.

Mark les contó que las pinturas del pasillo que desembocaba en la caverna habían sido creadas hacía siglos, por niños que escuchaban de sus abuelos las profecías de las heroicas hazañas de los siete guerreros del Arkanus. Luego, el chico los condujo por un laberinto de escaleras de piedra, hasta una cavidad mayor que lo común y que parecía ser el lugar de reunión del pueblo.

Alrededor de un gran fogón, cinco ancianos permanecían silenciosos y concentrados, mirando fijamente las llamas que danzaban en la oscuridad. Tras ellos permanecía el hechicero de pie, muy serio.

Los siete héroes, por fin de nuevo juntos, se sentaron en el espacio que les destinaron para unirse a la asamblea. Uno de los ancianos, de edad indefinible y aspecto sabio, recitó poemas y cánticos, como ritual para iniciar el consejo.

–Que todas las bendiciones de la naturaleza y de sus elementos favorezcan e

iluminen el camino a estos siete visitantes –pronunció a modo de apertura–. El Señor del Abismo y su sangre comienza a despertar en las profundidades. Los siete Todopoderosos han de reencarnarse de nuevo en criaturas perversas y se disponen a allanar el camino de regreso de la bestia del sumidero –Andrés y los chicos oían con atención el relato. El anciano continuó–: Nuestros visitantes han sorteado las siete pruebas con éxito, han vencido a los ejércitos del mal en heroicos combates, han demostrado su valor y sabiduría en cada jornada y han encontrado nuestra ciudad secreta. ¡Está claro que son los llamados a descubrir el Arkanus y revelarlo! –Y dirigiéndose a la asamblea, pidió con gran solemnidad–: ¡Cantemos nuestros himnos y poemas para que sean conocidos en los cuatro confines de la Tierra y den fuerza a la madre naturaleza para defenderse de sus crueles enemigos!

Los ancianos entonaron unos cánticos que recordaban a los antiguos juglares. Luego miraron a Andrés, quien supuso que tenía que decir algo.

–Venerables ancianos –improvisó Andrés–, agradecemos su sabiduría y hospitalidad. Somos siete humanos que han sabido escuchar las voces de la Tierra y han sentido los lamentos de la naturaleza. Nuestro planeta está en peligro, nuestra propia especie lo ha destruido y queremos reivindicarnos. Necesitamos saber dónde está la Leyenda para ser revelada, y cuáles pasos hemos de seguir para continuar combatiendo al mal, que no descansa.

Los ancianos volvieron a entonar himnos y alabanzas a la naturaleza. Otro de ellos habló:

–El mal atacará en varios lugares poco conocidos y lo hará con todas sus fuerzas, con todos sus ejércitos desplegados, comandados por los crueles siete Todopoderosos, que se han esparcido por toda la Tierra para sembrar el mal. El Señor del Abismo desea adelantar el colapso de la superficie para apresurar su retorno y ha ordenado a sus lacayos buscar las últimas reservas de la negra sangre maléfica, para liberarla. El Señor del Abismo despierta, pero sabe que es vulnerable, pues ya tiene noticias de que han renacido los siete héroes que lo enfrentarán y

querrá destruirlos cuanto antes, sacrificando sus ejércitos, si es necesario.

Los chicos se asustaron al escuchar estas palabras. El oscuro ser de las profundidades ya sabía de ellos y los buscaba, lo que los conmovió sobremanera. Andrés recordó el encuentro que tuvo con la imagen en el Espejo de Agua.

–Debemos apresurarnos para impedir que lo liberen–, reflexionó el líder, mientras aclaraba sus pensamientos. –Es esencial que sepamos dónde atacará el primero de los siete Todopoderosos –agregó, dirigiéndose en forma apremiante a los ancianos–. Ustedes deben ayudarnos a saberlo.

Uno de los ancianos pidió la presencia del hechicero, quien se acercó a la fogata con otra de sus esferas mágicas, la que arrojó en medio del fuego. Una gran nube violácea comenzó a ascender, hasta copar el espacio entre la cabeza de los asistentes y la bóveda de piedra. En el humo comenzaron a apreciarse imágenes aterradoras. Kalaalit reconoció en ellas a osos polares huyendo en el hielo, a máquinas gigantes vomitando fuego sobre la superficie helada, a una aldea, similar a la suya, arrasada por los amaroks, y a familias inuits completas huyendo de la destrucción y la muerte. El chico se desesperó tanto, que quiso salir corriendo en cualquier dirección, para acudir en auxilio de los suyos. Mark lo retuvo de un brazo.

–Eso aún no ha pasado, chamán –le aseguró–. Podemos evitar que suceda, pero para ello debemos permanecer unidos.

Al ver las imágenes, Andrés supo de inmediato que la primera gran batalla se daría en el Ártico. Debían impedir que este océano fuese derretido por las máquinas de las visiones, que clavaban gigantescos hierros candentes en el hielo, fundiendo su cubierta helada. La búsqueda del Arkanus podía esperar; debía evitarse a toda costa la liberación del Señor del Abismo.

El silencio se apoderó del lugar; un silencio grave, que se nutría de los temores y dudas de los congregados. Otro de los ancianos, uno tan viejo como las cavernas, habló:

–Los siete visitantes no podrán hacerlo solos –señaló–. Los ejércitos de los siete

Todopoderosos son muchos y muy fuertes, por lo que deberán convocar al campo de batalla a todos los que puedan. Solo una concertación de hombres, animales y elementos de la naturaleza podrán oponerse al Señor del Abismo y a sus huestes.

Los héroes permanecían en silencio. La nueva misión parecía la más peligrosa de todas y les causaba gran temor. Además, Andrés no veía la forma de concertar a todos esos seres y elementos. Todos los extraordinarios seres que habían conocido en las cavernas se sentían decepcionados de la humanidad y preferían permanecer ocultos en la subtierra, sin inmiscuirse en una guerra que consideraban no les pertenecía.

La asamblea culminó. Por suerte era costumbre finalizarla con un sencillo festival artístico. Luego, con tambores, flautas y pífanos se inició un festejo de danzas y cantos, en la que ninguno de los siete héroes se animó a participar, dados su agotamiento y preocupación. Todos, menos Andrés, se durmieron alrededor de la fogata; el líder buscaba respuestas mirando la oscuridad. Una extraña palabra se repetía en su mente: “Kullorsuaq, Kullorsuaq”. De pronto se le reveló que se trataba de una perdida isla del Ártico, donde existía una roca mítica, a cuyo pie se le revelarían importantes secretos de su misión.

La estadía en la Ciudad Subterránea fue muy provechosa para el grupo. La permanente oscuridad no les permitió saber si fueron días o semanas las que pasaron ahí, pero los atendieron como a los verdaderos héroes que eran. Los ancianos les transmitieron importantes conocimientos en extensas jornadas de estudio y reflexión. Sin haberlo encontrado aún, el Arkanus se les iba revelando poco a poco. Víctor perfeccionó su poder de volar solo, sin triciclo, extendiendo sus brazos y haciéndolo como un pájaro. Mark, recuperado de sus heridas, se dedicó a escalar los muros de la gran caverna, impresionando a todos. Kalaalit compartió secretos chamánicos con el hechicero y terminaron siendo muy buenos amigos.

Entre las enseñanzas y consejos prácticos que los ancianos les traspasaron sobre

su misión, les insistieron en que no debían utilizar sus poderes en presencia de seres humanos, porque su guerra era silenciosa y anónima, y no debían alterar los acontecimientos del hombre de ninguna forma, pues nadie comprendería su labor y acabarían por entorpecerla. Les alertaron que los resurgidos Todopoderosos eran hombres codiciosos de la superficie, corrompidos por el mal y que ya no podrían considerarse como humanos, por el poder maligno que detentaban y la fidelidad ciega que profesaban al Señor del Abismo. Estos crueles engendros se harían valer de máquinas monstruosas y bestias aterradoras para conseguir sus macabros propósitos.

Andrés estudió en profundidad las pinturas rupestres que descubrieron tras las rocas desprendidas de la caverna. Necesitaba saber cómo enfrentar en el Ártico al primero de los siete Todopoderosos. Descifrando e interpretando los dibujos pudo conocer en detalle el verdadero plan del venido del abismo, que consistía en liberar su sangre oscura en los lugares más sensibles del planeta, para así acelerar su destrucción. Comprendió otras muchas cosas que lo entristecieron: supo cómo el calentamiento global era algo que muchos hombres ambiciosos anhelaban que se produjera, ya que el derretimiento de la banquisa ártica, la primera consecuencia del cambio climático, permitiría acceder a las mayores reservas de petróleo del planeta. El derretimiento del océano septentrional posibilitaría a los perforadores acceder hasta esas regiones prácticamente inexploradas, que escondían bajo su cubierta helada aquel tesoro combustible, para extraerlo con sus gigantescas plataformas. “Mientras más rápido se licúe el Ártico, más rápido podrán succionar sus entrañas”, pensaba Andrés.

Vislumbró mucho mejor la estrategia del Señor del Abismo. Este se aprovecharía de la codicia y servilismo de uno de sus siete lacayos, el Todopoderoso Fusionador, quien sería el encargado de iniciar el colapso. Andrés logró identificar también el lugar preciso donde ocurriría: una extensa planicie del Círculo Polar Ártico, al norte de Groenlandia, para de ahí avanzar deshielándolo todo, hasta el mismísimo Polo

Norte.

Por su parte, Constanza, Salvador y Valentina enseñaban sus aventuras a los niños de la tribu, representándolas graciosamente con el chico inuit cubierto de pieles, simulando ser un terrible amarok y las niñas vencíendolo con sus poderes. Parecían pequeñas obras de teatro, que los chiquillos aborígenes disfrutaban mucho. Pero el momento de partir se acercaba y debían abandonar aquel acogedor lugar, que pese a su rusticidad, era un espacio confortable.

Los ancianos realizaron una ceremonia muy especial. Consistió en investir a los héroes como tales y nutrirlos de los poderes del mundo subterráneo. También los colmaron de regalos y bendiciones. Los habitantes de la Ciudad Subterránea confiaban en ellos, porque a pesar de que su mundo era pacífico y acogedor, habían oído a los ancianos referirse a guerras en la superficie, al sufrimiento de los pueblos, al maravilloso y desconocido sol, al aire fresco y al terrible destino que les esperaba.

Una multitud de antorchas, encendidas en cada hendidura de las rocas, despidió a los héroes. Estos, más seis de los mejores guardias de la Ciudad Subterránea, que decidieron acompañarlos, comenzaron el viaje al Ártico.

Ni Andrés, ni ninguno de los chicos imaginaron que su viaje por las cavernas los había acercado tanto a su objetivo. Los guardias de la ciudad les enseñaron atajos secretos para llegar a destino en solo doce jornadas. Durante las siete pruebas, en las profundidades de la Tierra, habían cruzado de un hemisferio a otro, viniendo desde el sur, y ahora se aprestaban a emerger a la superficie en el norte mismo de Canadá. Cada jornada les había permitido planificar y disponer sus mentes para la lucha que los esperaba. Pero lo más importante era que ya tenían dispuestos sus corazones.



CAPÍTULO 5

LA GRAN BATALLA DEL ÁRTICO

VIAJE POR UN PAISAJE DESCONOCIDO

Ártico significa oso⁷. Algunos investigadores afirman que se debe a que la estrella polar es parte de la constelación de la Osa Menor. Otros, sin embargo, aseguran que es porque allí existen osos polares, que en la Antártica⁸ no es posible encontrar. Lo importante es que estos animales parecen ser los habitantes más simbólicos de estas latitudes, como el gran Nanuc.

El Ártico es el sistema de alerta temprana de nuestro planeta, un espacio natural tan sensible a los cambios climáticos que es el primer lugar de la Tierra que se ve

afectado por cualquier anomalía, por mínima que sea, de las temperaturas globales. Ya se pierden cerca de quinientos mil kilómetros cuadrados de cubierta helada cada diez años por su derretimiento irreversible, situación que afecta tremendamente a la valiosa biodiversidad que ahí habita.

Desde hace un tiempo se ha descubierto que el Ártico no es un continente, sino un océano helado, sobre el cual se ha formado una plataforma de hielo conocida como banquisa ártica. Bajo ella se encuentran, en la actualidad las reservas de gas natural y petróleo mayores del planeta, las que no han podido ser explotadas por lo extremo del clima y los impenetrables hielos que la forman. Sin embargo, el calentamiento de la Tierra ha provocado tal nivel de deshielo, que en poco tiempo el Ártico será navegable en verano, por lo que podrá accederse con facilidad a esos lugares, donde se encuentra el hidrocarburo esperando para ser succionado.

Fue por todo ello, precisamente, por lo que el Señor del Abismo eligió estos parajes para su nuevo despertar. Es el territorio que representa la meta de la codicia del hombre en su más fiel expresión; y que representa, además, su indiferencia ante la naturaleza y su ambición de riquezas sin control ni miramientos.

Para los chicos que conformaban el grupo de los siete héroes, en cambio, el Polo Norte no representaba otra cosa que el hogar del Viejo Pascuero, un personaje mitológico que reaparecía para las épocas de Navidad, repartiendo regalos por doquier. Para los chicos cartoneros no significaba mucho, pues a don Matías, su padre, este personaje no le simpatizaba. Encontraba absurdo que existiera un ser, en el hemisferio sur, que en pleno verano usase botas gruesas y abrigos de invierno, se desplazase tirado por renos, que no existían en ningún bosque de estas latitudes, en un trineo para el hielo. Don Matías les decía que lo importante era recordar el nacimiento de Jesús. Es más, a diferencia de todas las casas del pueblo, donde el árbol navideño se instalaba con ramas de pinos insigne, don Matías iba al cerro y traía un espino, un árbol autóctono de esas regiones, para adornarlo. Lo desenterraba de raíz, sin cortarlo, para luego devolverlo a su sitio. —Porque están en peligro de

extinción— decía. Y argumentaba, además, que los pinos radiata, que abundaban en los bosques, habían sido introducidos desde Australia solo para explotar su madera y que destruían el suelo vegetal con sus ácidos, dejándolo estéril por mucho tiempo.

Muchas veces Salvador pensó que su padre hacía y decía esto para evitar comprarles regalos y gastarse en alcohol el poco dinero que tenían. Cuantas veces lo odió por eso; sin embargo, ahora que había conocido estos parajes cautivantes, comprendía su postura.

La caravana de héroes y guardias, trece en total, emergió a la superficie por una discreta cueva, hacia el final de la primavera. Después de meses bajo tierra, los chicos volvieron a sentir el aire fresco en sus caras y a apreciar el cielo azul que se desplegaba ante sus ojos. Se dieron cuenta de lo poco que valoraban la maravillosa visión de un cielo despejado cuando lo tenían siempre ahí, o de las nubes con formas de algodón, que flotaban majestuosas. La luz brillante, reflejada en los faldeos del monte por los cuales descendían, casi cegaba su vista, que demoró en habituarse a ella. El corazón de Kalaalit latía rápido; volvía a sus tierras (o hielos, más bien) antes de lo previsto. Corrió por la nieve y rodó por ella, sintiendo su suavidad y frescura. Los demás chicos lo imitaron con gran entusiasmo y hasta los muy circunspectos guardias de la Ciudad Subterránea, que de a poco fueron tomando confianza, se lanzaron como niños sobre el manto blanco. No conocían la nieve.

Víctor saludó con admiración a un grupo de charranes del Ártico que emigraban al sur, volando veinte mil kilómetros hacia el otro polo.

Bajaron la suave pendiente hasta llegar a una planicie, donde se encontraron con un numeroso grupo de inuits, en una aldea pequeña de la Tierra de Baffin, justo al norte del estrecho de Hudson. Estos los proveyeron de vestuario apropiado, trineos y víveres, a cambio de medicinas subterráneas traídas por los guardias, que los nativos del Ártico apreciaban mucho, y del valioso fudre de cuero con incrustaciones de diamantes, del cual Andrés se desprendió gustoso, para olvidarse por fin del desagradable gnomo de la caverna.

Gracias a los trineos avanzaron rápido y sin interrupciones en dirección noreste, hacia el estrecho de Davies, el que debían cruzar para llegar hasta Groenlandia, que en idioma inuktitut se nombraba Kalaalit Nunaat⁹. Si, como el chamán, que era de lo profundo de estas latitudes, no sin antes disputar entretenidas carreras en estos transportes tirados por los vigorosos perros siberianos huskies.

Levantaron un campamento de toldos de pieles cerca de la costa, para prepararse y reparar la estrategia con que enfrentarían la lucha, a pesar de que ignoraban realmente la magnitud de las fuerzas enemigas.

Andrés los reunió en torno a la fogata.

—Cruzaremos el estrecho y llegaremos a la ciudad de Nuuk, donde nos reabasteceremos —les indicó—. Debemos intentar pasar desapercibidos para los habitantes y ante cualquier complicación mantener en secreto nuestra misión. Podemos pasar por exploradores o turistas.

—Pero me imagino que no es usual que niños exploren el Ártico —opinó Salvador, sensatamente.

—De acuerdo: en ese caso pasaremos por nativos de otras regiones —replicó Andrés.

—Eso es aún más difícil, en un lugar donde casi todos lo son —dijo Kalaalit—. Nuestros rasgos son muy particulares —agregó.

Andrés le encontró razón al chico y siguió buscando la forma de pasar por el poblado sin levantar sospechas.

—Diremos que somos peregrinos —propuso el chico inuit, que conocía bien las costumbres de su pueblo—. A veces pasan peregrinos, a quienes se les respeta y nada se les pregunta.

—¡Buena idea, chico! —celebró Andrés.

—¿Y cómo cruzaremos el estrecho? —preguntó Mark, poniendo otra dificultad en el tapete.

—No lo sé, Mark, es un problema a resolver. Debemos buscar una nave que pueda

transportarnos –respondió, preocupado.

Esa mañana despertaron temprano, animados por los bellos parajes que los rodeaban. Debían cruzar el estrecho de Davis en algún barco para llegar hasta Groenlandia, la mayor isla del mundo. Al acercarse a la costa, divisaron un extraño grupo de personas que corrían de aquí para allá, persiguiendo a unos pequeños animales, que dificultosamente lograban huir.

–¡Están persiguiendo focas! –gritó Mark. Recordó de inmediato el terrible video visto en Internet tiempo atrás, en el que hombres crueles cazaban crías de focas, matándolas sanguinariamente.

–¡Mark, espera! –gritó Andrés, pero el chico, furioso, no lo escuchó y comenzó a correr.

Los hombres que divisaban a lo lejos portaban algo en sus manos, con lo cual, al parecer, golpeaban en la cabeza a los indefensos mamíferos. Andrés y los demás corrieron tras Mark para detenerlo. No olvidaban que los ancianos de la Ciudad Subterránea les aconsejaron no desplegar sus poderes frente a los seres humanos, pues las consecuencias de ello podrían ser catastróficas. Mark, desoyendo las llamadas de sus compañeros, y gracias a su agilidad, llegó antes que ellos donde el grupo de hombres. Se lanzó de un salto sobre el que estaba cerca y le dio un potente golpe en el hombro, que lo arrojó al suelo pesadamente. El líquido que portaba en un tiesto se derramó en la nieve, tiñéndola de rojo. Mark creyó que era sangre de focas y se enfureció aún más. Una decena de sujetos corrió hasta el agresor para defender al compañero atacado, y lo rodearon amenazantes. Mark se dispuso a luchar, adoptando la posición de ataque.

–¡Es un maldito cazador de pieles! –exclamó uno de los hombres, que llevaba un grueso garrote en sus manos.

Mark lo miró con extrañeza, pero se mantuvo en posición de lucha.

–¡Mark, alto! –le ordenó Andrés, que llegaba con los chicos hasta el lugar. Los

hombres estaban a punto de abalanzarse sobre Mark, mientras el que estaba en el suelo comenzaba a reincorporarse adolorido.

–¡Están matando focas! –vociferó Mark.

Los hombres se miraron entre sí desconcertados.

–¿Qué dices? ¡Ustedes, cazadores de pieles, son los asesinos de focas, no nosotros! –gritó uno de los hombres.

El que estaba en el suelo se sacó sus lentes y gorro. Era una hermosa y joven muchacha de rasgos escandinavos.

–¡Eres un cobarde, que golpea mujeres! –le dijo la chica a Mark, tratando de ponerse de pie.

–Pensé que estaban matando focas –respondió Mark desconcertado

–¡No las matamos: las pintamos! –señaló la chica, visiblemente molesta y adolorida.

Mark miró confusamente a todos. No entendía qué pasaba.

–¿Pintarlas? ¿Y para qué las pintan? –preguntó.

–¡Para salvarlas de ustedes, cazadores imbéciles! –exclamó la chica, aún más irritada.

–No somos cazadores –explicó Andrés–. Pensamos que ustedes lo eran.

Ambos grupos dejaron su actitud beligerante, comprendiendo que todo parecía ser un desagradable malentendido. Solo la averiada chica seguía molesta y miraba a Mark con indignación.

–Lo siento –dijo Mark, arrepentido y avergonzado; pero la chica no le contestó.

–¿Entonces, qué hacen ustedes aquí? –preguntó uno de los hombres.

–Somos peregrinos –repuso Andrés–. Necesitamos un transporte para cruzar hasta Groenlandia.

Mark seguía buscando a la chica con la mirada, la que ahora parecía despreciarlo.

–¿Peregrinos a Groenlandia? ¡Que rara forma de peregrinar! –señaló el que parecía el líder del grupo.

—¿Cómo es eso de pintar focas para salvarlas? —preguntó Andrés, todavía intrigado con la curiosa actividad que desarrollaban aquellos individuos—. Eso sí que es algo raro —agregó.

—Pintamos a las crías de las focas, que son de piel blanca cuando nacen, para estropear su pelaje. Así a los cazadores no les sirven para nada —explicó Hans, como se llamaba el que efectivamente era el líder—. Los cazadores las golpean y las aturden para desollarlas vivas, ya que si las matan antes, la piel se les pega al cuerpo y no pueden descuerarlas —añadió.

Valentina y Constanza se estremecieron, imaginando el cruel sistema para cazar a estos inofensivos vivíparos.

Por un rato largo, ambos grupos conversaron acerca de la curiosa y loable actividad que desempeñaban. Los pintafofas, como se identificaron, resultaron pertenecer a un grupo ecológico que protegía la biodiversidad ártica y contaba con un pequeño barco acondicionado, que podría cruzarlos por el estrecho hacia Groenlandia. Les hablaron, además, de sus esfuerzos por evitar la caza de osos, focas, morsas y ballenas, que en esos desolados parajes era una práctica sin control. Andrés trató de convencerlos de que él y su gente eran de verdad peregrinos y que realizaban esa travesía con un motivo también ecológico. Los demás chicos se entretuvieron con los tiernos y simpáticos pinnípedos y pintaron las pieles de algunas pequeñas focas oceladas. Mark, por su parte, intentaba acercarse a la chica escandinava para disculparse de su acto.

—Lo siento, no sabía...

—Está bien, no te preocupes —repuso la chica, más tranquila. Mark pudo apreciar la hermosura de su rostro y se sintió aún más confuso—. Pero fuiste valiente, se nota que amas a los animales —agregó Olga, que así se llamaba la chica—. Enfrentarse a tantos hombres no lo hace cualquiera.

Mark se sintió mejor. Tuvo el impulso de decirle que él era un gran héroe que luchaba por lo mismo que ella, pero respetó lo que aconsejaron los ancianos. La

belleza de la chica lo obnubilaba, pero la misión estaba primero.

—Podemos dejarlos en Nuuk, la ciudad más importante de Groenlandia —ofreció Hans—. Pero nosotros desembarcaremos en una bahía oculta más al norte, porque no contamos con autorización para ingresar a la ciudad. Perteneció a Dinamarca y exigen documentos, pasaportes, que imagino que ustedes tampoco poseen.

Andrés sintió que estaba en su destino encontrarse con aquel grupo ecologista, que les facilitaría el camino. Le parecía perfecto pasar desapercibido, ya que tenía claro que debían proseguir su viaje al norte, a la isla de Kullorsuaq, en la pequeña bahía de Baffin. Aquel era el lugar, revelado por los ancianos, donde se les develarían nuevas señales para lograr su misión.

Durante la jornada los dos grupos que luchaban por un mismo fin, aunque de manera distinta, compartieron amistosamente un improvisado campamento. Mark conversó con Olga, quien le contó que era de Suecia y que tenía dieciocho años, que amaba a los animales, especialmente a los del Ártico. El chico le habló de su afición al parkour y de su padre, un empresario hidroeléctrico con cuya actividad él no estaba de acuerdo.

En el viaje los acompañó una hermosa ballena beluga, saludándolos con su enorme cola. Los flanqueaban innumerables icebergs, que flotaban silenciosos, como mudos testimonios del calentamiento de que era objeto aquel océano helado.

Andrés conversó largamente con Hans sobre temas ambientales, pero mantuvo en secreto su misión. Le contó que viajarían a Kullorsuaq y que luego su destino sería el Círculo Polar, para apreciar la envergadura de los deshielos. Cada verano ártico los catorce millones de kilómetros cuadrados de cubierta helada descendían a la mitad, pero actualmente, con el ascenso de las temperaturas globales, esa cifra aumentaba en forma alarmante.

—El deshielo normal del Ártico aporta grandes masas de agua dulce al Atlántico —explicó Hans—. La corriente cálida que se crea con ello permite que nuestro continente sea habitable, moderando las temperaturas. Pero si los deshielos

umentan más allá de lo normal, se produce un desequilibrio en el clima, que puede llegar a ser desastroso para Europa –agregó.

Andrés escuchaba atentamente a este ecologista alemán, que sabía mucho acerca del continente helado y que dedicaba su vida a protegerlo.

–Además –continuó Hans–, cuando los deshielos eleven el nivel de los océanos, ¿qué ocurrirá con los casi cien millones de personas que viven a menos de un metro sobre el nivel del mar? Lamentablemente el glaciar de Jakobshavn está desapareciendo, una reliquia de la última glaciación, y otras cosas terribles seguirán sucediendo, porque este es un mundo adicto a los combustibles fósiles, que saturan la atmósfera de gases que sobrecalientan el planeta y derriten los polos... –Hans cambió de pronto su discurso y dijo–: Ustedes no son peregrinos, ¿verdad? Nadie peregrina por estas soledades.

Andrés sonrió, en silencio.

–No puedo comentarte nada. Confía en nosotros –dijo Andrés–. Lo siento.

–Lo entiendo –respondió Hans–. Pero hagan lo que hagan, tengan cuidado. Estos hielos ya no son los de antes: la primavera se adelanta y el otoño comienza después; la Tierra está casi un grado más cálida que hace cien años, lo que aquí comienza a sentirse con fuerza.

El 21 de junio, día del solsticio de verano, el grupo de héroes, acompañados de los pintafocas, desembarcaba en una pequeña bahía oculta al norte de Nuuk, la capital de Groenlandia.

–Presiento que ustedes van a hacer algo importante –dijo Hans a Andrés, todavía con la esperanza de que le contara el motivo real del viaje.

–Sea lo que sea, debemos hacerlo solo nosotros –contestó Andrés, extendiéndole la mano–. Ustedes ya han cumplido su parte y se lo agradecemos tremendamente. Han sido muy amables en traernos hasta acá –agregó.

Mark se acercó a él, como sabiendo de antemano la respuesta a la petición que le haría:

–Olga quiere ir con nosotros –le dijo en tono de ruego.

–Tú sabes, Mark, que es imposible; los ancianos nos advirtieron...

–Los ancianos también dijeron que necesitaríamos toda la ayuda posible –le interrumpió Mark.

Andrés observó a la chica, que permanecía lejos, esperando la respuesta.

–No podemos –dijo tajantemente, y se encaminó hacia los trineos.

Mark apretó los puños; le pareció que Andrés era injusto con él.

–Tal vez nosotros también viajemos al norte, bordeando la costa. Hay muchas focas que pintar por ahí –dijo Hans, sonriendo.

–De todas formas, él tiene razón: no pueden mezclarse en esto –dijo Mark, resignado.

–¿Qué van a hacer, chico? ¿Por qué tanto misterio? –insistió Hans, con la esperanza de que Mark rompiera el incomprensible silencio.

–Lo mismo que hacen ustedes: ayudar a salvar el planeta –repuso el chico, provocando aún más dudas en Hans. Y se dirigió donde Olga, para despedirse.

Hans miró al grupo de niños, a Andrés y a los silenciosos hombres que los acompañaban, preparando los trineos para partir. Sintió algo en su corazón, una agitación extraña, que no podía comprender. Olga se le acercó, con los ojos húmedos.

–No te preocupes –le dijo Hans–, sé adonde se dirigen. Viajaremos por la costa a Kullorsuaq; los acompañaremos en silencio.

Olga lo miró radiante y lo abrazó.

Un enjambre de ladridos huskies se apoderó del lugar. Los trineos partieron veloces y se perdieron en la bruma, mientras los pintafocas volvían a abordar las lanchas. Regresarían a su barco y los seguirían en secreto.

La caravana de trineos avanzó rápido por el interior de Groenlandia, la enorme isla, que según las últimas investigaciones no era una, sino tres, unidas por glaciares eternos, que ahora corrían peligro de licuarse.

–¿Inuit, cuánto tardaremos en llegar a la isla? –preguntó Andrés a Kalaalit, de un trineo a otro.

–Unos cuatro sinik.

–¿Sinik? ¿Qué es eso?

–Sueños –repuso Kalaalit–; en esta época el sol no se pone y deberemos dormir solo cuando nos dé sueño. Y cuando hayamos dormido cuatro veces, completaremos cuatro sinik.

Andrés lo miró asombrado, pero comprendió el curioso sistema de medición adaptado a ese lugar, donde el sol ilumina incluso en la medianoche.

–¿Y cómo cruzaremos a la isla? –preguntó Andrés.

–¡Kayaks! –respondió el chico inuit–. Mis hermanos de la costa nos proveerán de kayaks.

De pronto se formó en el cielo una hermosa aurora boreal de color carmesí, que los chicos contemplaron con gran admiración.

–¡Qué lindo! –exclamó Valentina.

Los guardias de la Ciudad Subterránea se alborotaron un poco al ver la maravillosa manifestación de la ionósfera. Andrés miró atónito un espectáculo que solo había visto en revistas y que nunca creyó que iría a presenciar en vivo. Mark, Constanza y Salvador también quedaron extasiados con el espectáculo de luminiscencia natural. Solo Kalaalit pareció muy preocupado.

“Es un mal presagio”, pensó. “Las luces del norte, las almas de las focas en verano, son un mal presagio”, y su rostro se ensombreció.

KULLORSUAQ Y EL PULGAR DEL DIABLO

Efectivamente, transcurrieron cuatro sinik antes de que llegaran a la costa, cerca

de Kullorsuaq. En el trayecto pasaron por la aldea de Uummannay. Allí consiguieron los kayaks en que cruzarían a la isla con un grupo de inuits conocidos por Kalaalit, a cambio de dejar en prenda los trineos y los perros.

Durante un día entero el chico inuit fue enseñándoles el arte de navegar en aquellas singulares canoas. No era tan simple como parecía. Kalaalit demostró ser un gran maestro. Junto con enseñarles la técnica de este arte ancestral, que desde hacía tres milenios practicaban los habitantes de estas latitudes, les contó cosas importantes de saber acerca del kayak, como que era una prolongación del cuerpo y que cada uno de estos aparatos estaba hecho para una sola persona.

–No hay que meterse adentro –les dijo–, sino que hay que ponérselo, como una prenda de vestir más. Nosotros le llamamos “ropa de andar en el agua”.

El recorrido hacia la isla les permitió apreciar la magnificencia de un paisaje desconocido para la mayoría de los seres humanos; un paraje donde el silencio se siente como un vacío penetrante, con grandes icebergs flotando como gigantes majestuosos y silentes, mostrando solo una décima parte de su enorme envergadura. Ante los ojos asombrados de los expedicionarios, aparecían fantásticas formaciones de nieve: grandes arcos helados, puentes de hielo formados por la acción erosiva de las aguas y el viento, verdaderas obras de arte de la naturaleza, esculpidas en silencio durante siglos de paciente trabajo, pero que lamentablemente testimoniaban el derretimiento despiadado de que era objeto aquella zona.

El grupo navegaba lenta y cuidadosamente por las tranquilas aguas, ya que si un kayak se volcaba, bastaban unos segundos para que su ocupante se congelase. Kalaalit se los había advertido, a pesar que vestían cubrepectik, un ropaje que usaban los inuits para soportar las gélidas aguas árticas. Sin embargo sucedió lo que todos temían: de pronto comenzaron a emerger del agua unas aguzadas púas de gran tamaño, que tan pronto emergían como se hundían muy cerca de los kayaks. Uno de los guardias de la subtierra vio pasar muy cerca a una de estas puntas afiladas y se asustó tanto, que perdió el equilibrio, quedando debajo de la embarcación. Kalaalit

avanzó rápido hasta él, para ponerlo en posición vertical antes de que fuese demasiado tarde. El guardia tardó en reaccionar, pero afortunadamente no había alcanzado a congelarse. Pese a ello, hubo que llevarlo de inmediato a la costa para secarlo.

—Son solo narvales, no les teman, son muy pacíficos —los tranquilizó Kalaalit—. Nos acompañan porque les gusta presumir de sus dientes. Además, es seguro que buscan bacalao y no hombres para alimentarse.

Les hubiese gustado poder observar con calma a los magníficos mamíferos, que parecían tener un gran cuerno, el que en rigor era un diente superdesarrollado, como les explicó el niño inuit. Pero era preciso apurar la navegación hacia la isla, que ya se vislumbraba en el horizonte.

Andrés no olvidaba que antes de dirigirse al Círculo Polar Ártico, donde se desarrollaría el encuentro con las fuerzas del mal, debían visitar el Pulgar del Diablo o *Devils Thumb*, una legendaria roca en la costa de la isla de Kullorsuaq, perteneciente al municipio de Upernavik, donde según los ancianos recibirían nuevas revelaciones. El Pulgar del Diablo era una formación rocosa, que los ancestros de los lugareños habían encontrado en su recorrido por los hielos miles de años atrás, cuando migraron durante la última glaciación.

La isla de Kullorsuaq, uno de los asentamientos más septentrionales del mundo, está solo habitada por unos cuatrocientos inuits. El frío en ella es intenso, incluso en verano, y está muy cerca del límite norte de Groenlandia. En algunos lugares el aire es tan seco y frío, que ni siquiera puede formarse la nieve. El grupo de héroes y sus seguidores caminaba en fila india por la costa, buscando el caserío y especialmente aquella roca mitológica que se alzaba cerca del litoral. ¿Qué revelaciones los esperaban? ¿Qué nuevos peligros iban a encontrar? Esas y muchas otras interrogantes cruzaban sus mentes, mientras divisaban a lo lejos un desperdigado grupo de construcciones en los faldeos de un monte.

Los habitantes de Kullorsuaq los recibieron con aprecio, como era costumbre en

aquel remoto lugar. Los visitantes eran escasos, por lo que su aparición se transformaba en un acontecimiento que involucraba a todos, especialmente a los niños, que corrieron presurosos y entusiastas a conocer al extraño grupo de expedicionarios. Andrés pudo contemplar la enorme conformación rocosa que se desplegaba en lo alto del pueblo y no le cupo duda de que era el legendario Pulgar del Diablo, por su aspecto similar a un dedo negro y tenebroso. No pudo evitar sentirse estremeado por la imponente imagen que se alzaba hacia el cielo.

Esa noche en el pueblo compartieron amistosamente con los lugareños, cenando en un espacio comunitario, donde se reunieron casi todos los habitantes del caserío para agasajarlos. Kalaalit las ofició de intérprete y gracias a él conocieron más de las costumbres de un pueblo muy singular.

En un rincón del recinto, Andrés permanecía algo ajeno a los festejos.

—Cuida a los chicos —le dijo de pronto a Salvador, mientras preparaba sus cosas para ir al encuentro de las revelaciones—. Debo ir solo a ese lugar, como me comunicaron los ancianos.

Salvador lo miró con desánimo. Quería acompañarlo, aunque entendía que su líder lo protegía de algo incierto.

—Quiero acompañarte —rogó.

—No es posible, chico; no es que me estorbes, pero es una misión que debo enfrentar únicamente yo —repuso Andrés, con seriedad.

—¿Por qué no esperas hasta mañana? El frío es muy intenso de noche —le insistió el chico, preocupado.

—Creo que este es el momento, siento la llamada dentro de mí. No te preocupes: los ancianos estarán conmigo, protegiéndome.

Andrés salió silenciosamente, para pasar inadvertido, en especial por los lugareños. No quería preguntas.

El líder solo llevaba su nariz en contacto con el aire; así y todo, el frío le

penetraba el cuerpo entero. Una ventisca gélida hacía lento su avance; la oscuridad era total y su pequeña linterna alcanzaba a iluminar únicamente lo que tenía a un par de metros ante sí. Mientras recorría el sendero en dirección al misterioso lugar, las sensaciones que registraba su mente eran contradictorias; el miedo se mezclaba con la exaltación. De la roca que contenía tantos secretos emanaba cierto magnetismo, a la vez que una especie de malignidad agobiante. Andrés debió subir a gatas el último trecho del camino, por lo empinado y resbaloso. Los signos que había podido ver por vez primera en la revista comenzaron a hacerse más confusos y complejos en su mente. Sentía que el cerebro iba a estallarle, el aire comenzó a faltarle y respiraba agitado. Solo lo separaban unos metros de la mítica roca, que parecía agrandarse en medio de un impenetrable velo de bruma.

En eso alcanzó a divisar, a los pies del peñasco, una sombra que parecía la de un hombre con el torso desnudo, sentado en una piedra. “La falta de oxígeno comienza a hacerme delirar”, pensó Andrés, en el momento en que el frío y el agotamiento lo hicieron caer de rodillas, presa de una completa fatiga. Sus miembros empezaban a entumecerse y quedó inmóvil. El hombre, cuyo rostro no alcanzaba a ver, estaba frente a él cavilando, ajeno al intenso frío y a la oscuridad.

—El depredador caza a la presa solo para su supervivencia —sentenció el misterioso hombre—, no hay maldad en sus actos, y solo sobreviven los individuos más hábiles y adaptados. El depredador no siente compasión por quien mata, porque lo guía el instinto, el instinto de perpetuar su especie. El hombre ha roto esos ciclos, creando los conceptos del bien y del mal, que en la naturaleza no existen. Solo lo ha hecho para justificar sus actos de dominación y exterminio —afirmó, manteniendo su vista fija en el suelo.

—¿Quién eres tú? ¿Por qué dices esas cosas? —preguntó Andrés, en medio de la oscuridad.

—¿Tú crees que la naturaleza busca en los propios hombres que la han destruido a quienes la rediman en su agonía? —preguntó la sombra, mirándolo por primera vez—.

No hay un bien y un mal que organice a la naturaleza: ella se guía por sus propios procesos cíclicos, que el hombre ha alterado. Tu especie ha creado esta contradicción, para evitar enfrentarse a sus propios temores.

—El hombre es una dualidad —repuso Andrés, fatigosamente—. Posee un cuerpo y un espíritu que trasciende —continuó, al borde del llanto. Una tristeza inexplicable lo inundaba.

—El hombre se ha atribuido el título de gran depredador —prosiguió la sombra—. Su extinción será parte de un proceso normal, mediante el cual la naturaleza se equilibra, ¿Qué es el espíritu? ¿Acaso no es una pretensión del hombre querer arrogarse el hecho de tener una trascendencia y escapar de los ciclos naturales? La carne se corrompe y pasa nuevamente a formar parte de la tierra, completando el círculo. Cree inútilmente que una fuerza superior lo guía y que lo espera en una ilusoria eternidad. Desde siempre el hombre ha imaginado dioses, para comprender su sufrimiento y evadir su mortalidad.

—El hombre, por esencia, es bueno —gimió Andrés, luchando con el frío que lo agarrotaba. Sentía que debía reivindicar a su especie, que aquello era parte de su misión—. No queremos destruir el planeta, hemos cometido errores, pero hay bondad en nuestras almas.

—¿Bondad? ¿Acaso este concepto no es solo una creación de la misma humanidad, que lo ha convertido en un valor, atribuyéndoselo indebidamente? Debes preguntarte, Andrés, si para salvarte y perdonarte, y ser parte de la naturaleza ¿mereces lo que has vivido? ¿Mereces padecer? ¿Has sido un hombre tan malo, que mereces el castigo de estar solo, abandonado por tus seres queridos? ¿Tu Dios te ha abandonado? ¿Te lo has preguntado, Andrés? Todo esto de los héroes, de la misión de salvar el planeta, de los poderes, es parte de tu necesidad de reivindicación, de comprender tu propia tragedia. Estás solo y siempre has estado solo. El hombre pagará caro haber confiado en la razón y no en el instinto.

—¿Y los niños? ¿Y todos los seres buenos que nos han ayudado? —preguntó

Andrés, saturado de angustia.

–Ese es vuestro error –afirmó la sombra–, creerse superiores, distintos, especiales, cuando son una especie menor, que hace del dominio su fortaleza. No merecen habitar este planeta. Tú mismo eres un espécimen frágil, que cree liderar un grupo con sabiduría, cuando tu vida es un cúmulo de fracasos. Utilizas a esos niños indefensos para expiar tus propias culpas, niños tan solitarios y marginados como tú. Pero aún es tiempo de que te salves, Andrés. Debes abandonarlos, dejar que busquen su propio destino. Es la ley de la vida de las especies: tratar de sobrevivir por cuenta propia.

–¡No! –gritó Andrés, entre sollozos–. ¡Esos niños me necesitan, soy su guía!

–Es tu oportunidad, Andrés, tu oportunidad de redención –continuó tentándolo la sombra–. Solo debes convencerte de que todo esto es una ilusión creada por ti mismo. ¿Por qué estás aquí? ¿Te lo has preguntado verdaderamente? Este viaje ha sido para que encuentres respuestas y esta es la única respuesta.

Andrés recordó que en aquel sitio recibiría importantes revelaciones; sin embargo, en lugar de ellas, se estaba llenando de dudas; se sintió engañado y traicionado por aquellos en quienes había confiado ciegamente. Recordó el Laberinto Oscuro y al horrible ser que trató de intimidarlo; el Espejo de Agua y la faz del Señor del Abismo.

–Hazlo, Andrés –continuó la sombra–, busca en tu interior. Todo esto del Arkanus es una farsa; no hay un ser maligno que despierte en las profundidades; no hay pruebas ni héroes, es solo tu imaginación, que ha creado toda esta historia para redimirse.

Aunque paralizado por el frío y el peso de lo que estaba oyendo, Andrés sentía que algo en su interior lo llamaba, una voz misteriosa, una inexplicable voz interna, que lo hacía resistir.

–¡No! –gritó, reincorporándose y enfrentando a la sombra–. ¡La naturaleza nos ha llamado! ¡Ella ve el bien y la bondad en nuestros corazones! ¡En lo que hemos

vivido, en el peligro! ¡La solidaridad, la amistad, la valentía, son valores intransables de nuestra especie! ¡No es cierto lo que dices, criatura de las tinieblas; yo no temo enfrentarte a ti ni a tu señor!

Los ojos de la sombra relucieron amarillos en la oscuridad.

–¡Entonces, si así lo quieres! –exclamó la sombra, acercándose a Andrés, que se había puesto en pie, tembloroso y agitado–. ¡Prepárate para tu propia extinción!

En un instante, la sombra se transformó en una horrible y viscosa serpiente negra, que se arrastró hasta él con claras intenciones de morderlo e inocularle su veneno mortal.

–¡Demuéstrame que la especie humana no es nefasta! ¡Pruébame que no es una plaga que destruye los recursos naturales! ¡Muéstrame que tienes valor y enfréntame! –siseó el reptil, abalanzándose sobre Andrés.

Este perdió el equilibrio y rodó por la pendiente, quedando semiaturdido. “Es mi fin”, pensó, al borde de la inconciencia, mientras el pavoroso animal se le acercaba y alzaba su cabeza, exponiendo su lengua pegajosa.

En medio de su conmoción, Andrés creyó reconocer a la figura que apareció de pronto, blandiendo una antorcha y haciendo retroceder a la bestia rastrera.

–¡Atrás, bestia maldita! –gritó el recién llegado, batiendo de lado a lado la lanza de fuego que portaba.

–¿Por qué te arriesgas por un fracasado? –silbó la serpiente, avanzando y retrocediendo, buscando el momento justo para clavar sus ponzoñosos colmillos en uno de sus dos rivales.

El recién llegado se lanzó sobre el cuerpo de Andrés, protegiéndolo, mientras la llama de su antorcha comenzaba a extinguirse. La serpiente retrocedió a esperar que el fuego se apagara para atacar.

–¿Quién eres? –preguntó rápidamente Andrés.

La aparición, que se vislumbraba grande y poderosa, se descubrió el rostro. Era Salvador, con sus facciones de niño asustado.

—¿Qué haces aquí, chico? —preguntó Andrés, sin dejar de mirar a la serpiente, que continuaba a la espera de que el fuego se apagase.

—Eres mi líder y no iba a dejarte solo —repuso Salvador.

—No debiste arriesgarte. Ahora la bestia nos matará a ambos —dijo Andrés, mientras la antorcha se apagaba definitivamente.

La macabra risa de la serpiente se dejó oír en la oscuridad. Solo sus penetrantes ojos amarillos podían verse en la penumbra.

—¡Estúpidos humanos! —exclamó la serpiente—. Sus emociones han sido siempre su debilidad. Ahora tendrán dos mártires. La cacería será mejor de lo que esperaba.

—¡Si has de morder a alguien, me morderás a mí! —exclamó Salvador, avanzando decidido hacia el maligno reptil.

—¿Te sacrificas por tu amigo? ¿Qué ganarás con eso? ¿Te irás al cielo acaso? ¿Algo que ni siquiera sabes si existe?

—¡No importa adonde me vaya! —replicó Salvador—. ¡Pero a mi amigo no lo morderás! ¡Antes deberás matarme a mí!

La bestia retrocedió confusa. No comprendía el sacrificio al que estaba dispuesto Salvador.

—¡Criaturas ineptas! —siseó la serpiente, encolerizada—. ¿Por qué mueren por otros? ¿Por qué mueres por este fracasado? ¡Respóndeme!

—¡Simplemente porque es mi amigo! —repuso Salvador, con sus ojos inundados de lágrimas.

La serpiente dio un sinuoso salto sobre él, pero antes de alcanzarlo, la fulminó un rayo que apareció de la nada; un rayo que tal vez provino de su propio odio, de su malignidad, de su incapacidad de comprender el renunciamiento de un ser a su propia vida solo por el afecto, el amor que puede hacer sacrificarse a los seres humanos.

Salvador cayó al suelo lleno de dolor. Había visto de frente a la muerte, al propio Señor del Abismo, transmutado en una horrible serpiente. La malignidad había

rozado su pequeño organismo de niño, afectándolo brutalmente.

Una gran cantidad de símbolos se iluminaron entonces en la roca, revelándole a Andrés nuevos e importantes secretos, signos que grabó con rapidez en lo profundo de su mente.

Muchas de sus interrogantes se despejaron en ese instante, tal como lo habían adelantado los ancianos de la Ciudad Subterránea: la forma cómo enfrentar al temido Todopoderoso Fusionador; la formidable espada de hielo que debía encontrar, la única arma capaz de derrotar a aquel enviado del Señor del Abismo; la caverna donde todo ocurriría y otras muchas cosas más. Pero el frío y la emoción de las revelaciones terminaron por hacerlo caer junto a Salvador.

Varios habitantes de Kullorsuaq llegaron hasta los pies de la roca, acompañando a los preocupados chicos, que buscaban a sus amigos extraviados. Los encontraron juntos, abrazados, con Salvador cubriendo con su cuerpo a Andrés, para protegerlo del frío. Aquel mismo día decidieron rebautizar a la piedra como la Roca del Gran Abrazo, en memoria de los dos héroes que vencieron a la muerte y al frío gracias a su inquebrantable amistad.

—Ya no tendrá ese feo nombre que nos asustaba —reflexionó un niño inuit, mientras bajaban del lugar hasta el pueblo.

Los chicos y Andrés debieron permanecer tres días, esperando que este último se recuperara. Los aprovecharon para imbuirse de la mágica cultura a la que pertenecía Kalaalit, uno de los suyos.

Cuando partieron, el frío había amainado un poco. Cruzaron las heladas aguas de la Bahía de Baffin, acompañados de un grupo de inuits que los devolvió a la costa de Groenlandia. Allí recuperaron sus trineos y huskies y enfilaron rumbo al mismísimo Círculo Polar Ártico, donde ya no encontrarían aldeas ni aborígenes; allí estarían únicamente ellos y los hielos, además de las fuerzas del mal, que avanzaban a paso

seguro por las profundidades.

PRIMERAS INCURSIONES

El viaje hacia los hasta entonces hielos eternos fue tan rápido como necesario bajo las actuales circunstancias. Andrés intuía que los ejércitos del mal estaban cerca y sus pensamientos lo guiaron hacia una extensa planicie rodeada de colinas de hielo, entre las que sobresalía un pequeño monte. Era un excelente sitio para vigilar la llegada del Todopoderoso Fusionador y sus temidos ejércitos. El grupo de niños y los valientes guardias de la subtierra abandonaron los trineos y comenzaron a ascender la pendiente.

De pronto, la nieve bajo los pies de Kalaalit comenzó a desgranarse, producto de una leve vibración del suelo que solo él logró percibir. El chico inuit se arrojó al piso para escuchar mejor, posando una oreja sobre la cubierta helada.

—Son aparatos enormes y pesados, que se arrastran sobre la nieve —dijo.

Andrés intentó aguzar el oído, pero no sintió nada.

—Además, se oyen cientos de pasos intensos —agregó el inuit.

El grupo entero se detuvo expectante.

—¡Allá, sobre esa colina! —exclamó Salvador.

Unas formas oscuras trataban de ocultarse en la cima de uno de los montículos de nieve.

—¡Mark! —ordenó Andrés, apuntando hacia el lugar.

El chico entendió la orden y comenzó a desplazarse rápido, trepando por la elevación como un hábil escalador. Desde la cúspide vio a un grupo de seis hombres que bajaba veloz, huyendo al verse sorprendido. Con solo dos saltos impresionantes Mark los alcanzó.

—¡No me golpees de nuevo! —gritó la chica, que se había quedado rezagada. Mark se desconcertó y abrió sus ojos, asombrado.

—¿Olga? —preguntó, con el corazón latiéndole a mil por hora.

—¡Sí, somos nosotros, no nos hagas daño, por favor! —suplicó la chica, protegiendo su cabeza con ambas manos.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Mark, aún sorprendido.

—Hemos estado siguiéndolos; queremos ayudarlos, sabemos que ustedes harán algo importante y queremos ser parte de ello —señaló la chica.

—¡Ustedes no pueden estar aquí, es muy peligroso! —advirtió Mark.

—¡Pero ya estamos! —interrumpió Hans, que volvía sobre sus pasos—. ¿Cuánto más peligroso puede ser para nosotros que para un grupo que viaja con niños? —agregó.

—Es que ustedes no comprenderían... —Mark sintió que debía llevarlos donde Andrés, pues no sabía cómo resolver la situación.

Justo en ese instante Andrés apareció sobre la colina.

— ¡Son los pintafofas! —le comunicó Mark.

—¡Deben irse de inmediato! —ordenó el líder con severidad.

—¡Nosotros sabemos cuidarnos, no tenemos por qué obedecerte! —respondió Hans, desafiante.

—¡Está bien, Hans! —exclamó Andrés, de pie sobre la colina—. Te diremos qué estamos haciendo aquí, tú lo has querido. Pero lo haré solo para convencerte de que te vayas con tus amigos y no los expongas a un grave peligro.

Hans lo miró extrañado, pero se dispuso a escucharlo.

—Soy todo oídos —dijo, sintiéndose triunfante de poder saber, de una buena vez, en qué andaba aquel grupo misterioso.

—En este lugar se librará una gran batalla contra las fuerzas del mal que quieren destruir el planeta —explicó Andrés, hablando con claridad y franqueza—. La lucha comenzará aquí, en el Ártico. Los ejércitos del mal intentarán derretirlo, para acelerar el colapso del clima en la Tierra. Nosotros somos los guerreros que los

enfrentarán e intentarán impedirselo –agregó.

–¿Guerreros? ¿Ustedes guerreros? ¿Acaso están locos? –rió Hans, irónicamente, y recordó en ese momento a los niños que acompañaban a Andrés y al exótico grupo de guardias. Olga miró a Mark, que permanecía en silencio, cabizbajo.

–No precisamente locos –repuso Andrés–, porque contamos con poderes sobrenaturales, que nos confirió la naturaleza para enfrentar a las fuerzas del mal. Por eso estamos aquí y ustedes deben irse cuanto antes. La batalla comenzará de un momento a otro y no deben estorbarnos.

A Hans le parecía una locura que este hombre se internase en el Círculo Polar Ártico con un grupo de inexpertos, y, encima, se creyese héroe. Le pareció estar ante uno de esos fanáticos que lideraban sectas y que llevaban a los fieles a su perdición.

–¡Vamos! –dijo Hans–. ¡No creas que nos tragaremos tu cuento!

Olga miró a Mark con molestia, le pareció que se burlaban de sus compañeros. Andrés no tuvo más remedio que hacer algo imprevisto y extremo para convencerlos de que tenían que irse. Dio media vuelta y gritó hacia al otro lado de la colina:

–¡Victor!

Casi de inmediato apareció sobre la colina el hombre pájaro, volando sobre su triciclo. El grupo de pintafocas retrocedió unos pasos, atónito ante lo que estaban viendo.

–¿Convencidos? –preguntó Andrés.

Hans y sus compañeros, estupefactos, no podían articular palabra. Para completar el cuadro, Mark dio un salto tremendo y cayó al lado de Andrés, en lo alto de la colina; enseguida aparecieron Kalaalit, Constanza, Valentina y la media docena de guardias de la subtierra.

–¡Asombroso! –exclamó Hans.

Olga miró a Mark y ya no lo vio como el chico tímido e infantil de antes.

–¡Es preciso que se vayan al instante! –volvió a decir Andrés, con dureza.

Pero Hans aún se resistía.

–Tal vez podamos ayudarles, somos valientes –dijo.

–No me cabe duda de que lo son, pero esta batalla es contra los ejércitos del Señor del Abismo. Son criaturas poderosas y malignas que vienen de la subtierra. No basta con ser valientes, se requieren talismanes y poderes especiales para enfrentarlos.

–¡Nosotros tenemos el poder de nuestras convicciones! –exclamó Olga, con audacia.

Andrés se dio cuenta de que nada obtendría insistiéndoles en que se alejaran del peligro: eran idealistas y esta era, seguramente, la ocasión en la que habían soñado participar en sus más locas fantasías.

–Está bien, no puedo obligarlos a que se vayan, pero no deberán interferir en esta batalla, por su seguridad y porque nosotros no podremos protegerlos –dijo Andrés, resignado y rogando porque los ancianos de la Ciudad Subterránea se hubiesen equivocado en su vaticinio. Serían los primeros humanos en ser testigos de sus poderes.

Kalaalit, que permanecía ajeno a la conversación, daba muestras de gran inquietud.

–Están cerca –le comunicó a Andrés–. Cada vez más cerca.

Andrés miró la extensa planicie y comenzó a sentir que el suelo temblaba ligeramente. Empezaba a oírse un ruido sordo.

–Si estuvieran tan cerca podrían verse desde aquí –observó Andrés, preocupado–. Es muy extraño que aún no los divisemos. ¡Ocúltense tras esas colinas, rápido! –ordenó al grupo de pintafocas, que todavía lo miraban turbados. Los guardias de la subtierra tomaron sus lanzas envenenadas y se pusieron en alerta.

El temblor de la superficie helada se hacía cada vez más intenso; sin embargo, los temibles ejércitos del mal no aparecían por parte alguna. El hielo que pisaban comenzó a resquebrajarse peligrosamente. Andrés comprendió finalmente lo que sucedía.

–¡Pasan debajo de nosotros! –exclamó, justo en el instante en que la gruesa placa

de hielo que los sostenía se partió en dos. Por la abertura de la grieta en formación se deslizaron tres de los pintafocas, entre ellos Olga. Constanza alcanzó a sostener de sus mochilas a dos de ellos y Mark, de un salto formidable, agarró a Olga y la elevó por los aires, salvándola de caer al vacío. Andrés cayó de bruces sobre la superficie helada y pudo ver, por la fisura que se produjo bajo su cuerpo, un desfile horrendo de máquinas monstruosas, que se desplazaban bajo ellos.

—¡Rápido a las colinas! —ordenó de nuevo, ahora a todo el grupo, que esta vez lo hizo velozmente.

—¡Son cientos! ¡Cientos de máquinas gigantes y monstruosas!—exclamó Andrés, dirigiéndose a Salvador—. ¡Tenían razón los ancianos: no podremos solos contra ellos! —gritó, tratando de hacerse oír bajo el ruido ensordecedor.

—¿Dónde está Kalaalit? —preguntó Constanza. El chico inuit había desaparecido misteriosamente—. ¿Habrá caído en la grieta? —se lamentó, preocupada.

—Él conoce bien estos hielos, no te preocupes, de seguro alcanzó a huir a las colinas —la tranquilizó Salvador.

El grupo completo subió hasta una cumbre cercana, desde donde se apreciaba toda la planicie. El ruido subterráneo no cesaba, ni tampoco el temblor del piso helado, que cada vez era más intenso. Olga se aferró a Mark, que la miró a los ojos.

—No temas, yo te cuidaré —le dijo. La chica lo miró esta vez con ojos distintos y se sujetó a él con fuerza.

De pronto, el infernal ruido cesó y un silencio agobiador se dejó sentir, en un paraje de por sí silencioso. Andrés observaba el horizonte con preocupación; la extensa explanada permanecía en completo sosiego. Repentinamente, a lo lejos, comenzó a levantarse una columna de líquido negro; brotaba del hielo a gran presión, contrastando con el paisaje blanco de la planicie.

—Están abriendo una salida —señaló Andrés—. Usan petróleo para emerger —agregó, observando el viscoso líquido que teñía la superficie.

Antes de que el líder terminara su observación, el petróleo comenzó a inflamarse,

formando una gigantesca columna de fuego, que empezó a derretir aceleradamente el hielo de la banquisa. Un lugar de la planicie pareció hundirse de súbito entre una espesa humareda negra y gran cantidad de vapor de agua, creando un tremendo boquete en la superficie, por donde comenzaron a emerger rápidamente las monstruosas máquinas fusionadoras, expulsando enormes cantidades de gases tóxicos por sus escapes.

Eran cientos de vehículos similares a retroexcavadoras, con una pértiga gigante de unos diez metros, que surgía de la proa de cada una de ellas. Los flanqueaban escuadras completas de amaroks. Sus integrantes tiraban cadenas que arrastraban unas jaulas enormes, en las que se divisaban unas horripilantes bestias desconocidas para los héroes, unas criaturas realmente aterradoras. Era evidente que el Señor del Abismo había liberado a sus engendros más espantosos.

Las máquinas comenzaron a detenerse, posicionándose en distintos lugares, para comenzar las fusiones. Desde lo alto, Andrés y sus seguidores pudieron apreciar cómo los horribles artefactos iban repletando la planicie, mientras los enjambres de amaroks la exploraban en diversas direcciones.

—Constanza, dime qué ves —pidió Andrés.

La chica apretó en su bolsillo los pellets de perro y aguzó sus poderosos ojos de fuego.

—Cargan de combustible a las máquinas. Junto a los seres que las operan, que parecen no tener rostro, hay miles de amaroks —reseñó la muchacha—. ¡Espera, hay más! Hay, enjauladas, unas bestias enormes y...— impulsada por una fuerza invisible, la chica saltó por los aires y cayó de espaldas sobre la nieve, con sus ojos ardiendo.

—¡Coni! —gritó Andrés—. ¿Qué te pasa?

—¡Me miró a los ojos! ¡Es horrible!

—¿Quién es horrible? ¿A quién viste?

—¡Sabe que estamos aquí! —gritó la chica, con la vista todavía cegada.

Salvador la remeció:

–¡Coni! ¡Dinos qué fue lo que viste!

–¡A él, a uno de los Todopoderosos, al primer Todopoderoso esclavo! Él comanda personalmente los ejércitos! ¡Nos ha visto!

En ese instante, las roncas bocinas de todas las máquinas de la planicie sonaron fuerte, anunciando el inicio de la contienda. El mal los había descubierto.

–La batalla ha comenzado –dijo Andrés–. Es el Todopoderoso Fusionador, quien comanda a sus huestes.

Los rugidos de los amaroks y de todas las criaturas malignas que los acompañaban, se sintieron como un gigantesco trueno. Desde las máquinas comenzaron a alzarse las largas pértigas incandescentes, que ascendían muy alto, para luego caer como meteoritos sobre el hielo.

–¡Nos atacan! –gritó Andrés, mientras un enjambre de proyectiles, lanzados desde las máquinas, formaban profundos agujeros en la nieve.

Parapetados tras unas prominencias, intentaban aprovechar un respiro en el diluvio de fuego para descender a la explanada, según los planes que Andrés había comunicado a sus seguidores. Por la pendiente del cerro helado ascendía un numeroso ejército de furiosos amaroks.

–¡Ahora, Valentina, dominadora de los elementos! –ordenó el líder.

Adelantándose al grupo, la pequeña empuñó su pastillero y, alzando sus manos, dirigió una violenta ráfaga de nieve, viento y hielo contra las pavorosas bestias, causando su estampida. Aprovechando su fuga, los héroes descendieron a la carrera tras ellas. Ya podían verse las máquinas más cercanas, que habían comenzado al unísono a levantar sus pértigas para realizar las perforaciones del piso helado.

–¡Hay que impedir que sigan haciéndolo! –gritó Andrés.

Pero al cabo de unos minutos se vieron enfrentados nuevamente a una oleada de amaroks. Era parte de la estrategia del Todopoderoso Fusionador, el atacarlos en oleadas escalonadas, agotando a los héroes, que los contenían con gran esfuerzo, recurriendo a todos sus poderes. Como juntos parecían ser presa más fácil de las

bestias, Mark gritó:

–¡Jefe, debemos separarnos o nos harán papilla!

Andrés se sintió impotente. Recordó a los ancianos cuando le dijeron que no podrían cumplir su misión solos. Y era cierto: apenas lograban resistir los ataques de las horribles criaturas; ni pensar en detener las máquinas, que comenzaban a clavar con furia sus candentes estacas en el hielo.

Los guardias de la subtierra luchaban valientemente con sus lanzas en la vanguardia, junto a los chicos, demostrando gran habilidad. Sin embargo, el número de bestias era tal, que ni siquiera los héroes con sus poderes y los propios guardias eran capaces de detenerlos.

–¡Lo haremos como en el bosque! –exclamó Andrés–. ¡Lucharemos en parejas! ¡Mark, Víctor, corran hacia el valle! ¡Constanza, Valentina, encárguense de las colinas! ¡Salvador, tú vendrás conmigo al frente del oeste!

El grupo se disgregó en las distintas direcciones, causando cierta confusión en las huestes de amaroks. Las máquinas, por su parte, sin que nadie pudiera detenerlas, perforaban lentamente el hielo.

Víctor, acompañado de Mark, voló con su triciclo por sobre las bestias, chocando y destrozando cráneos de amaroks por doquier. La carrocería delantera del triciclo parecía haberse vuelto de acero. El ver a aquel insólito artefacto en acción, desanimaba a las bestias próximas a los que eran destrozados por sus golpes, y muchas retrocedían. Valentina y Constanza luchaban de espaldas una a la otra. Valentina, envolviendo a las bestias de su izquierda en una espesa niebla y conteniéndolas con chorros de nieve; y Constanza, abrasando con sus ojos de fuego a los amaroks de la derecha. Las bestias quemadas por la niña chisporroteaban un instante y luego caían dando alaridos de dolor, despidiendo un fétido vapor negro. Pronto, el frente de combate se llenó de una espesa humareda de petróleo tóxico. Muchos amaroks, aterrados por los pavorosos aullidos de dolor de sus

compañeros quemados y asfixiados por el venenoso ambiente, perdían su arrojo y huían confusos.

Entretanto, y convencidos por las circunstancias de que Andrés tenía razón y de que en esta fase de la batalla en nada podrían ayudar, los pintafocas se habían dirigido a la colina más lejana, en cuya cima se parapetaron. Aterrados y asombrados al mismo tiempo, observaban los combates. Hans no podía creer lo que oía y veía. Escéptico por formación, no sabía si estaba sumergido en una pesadilla o si asistía a un espectáculo de magia pavorosa. Olga, espantada, intentaba localizar con la mirada a Mark.

Andrés y Salvador, por su parte, se habían dirigido hacia el oeste, perseguidos por una decena de rabiosos engendros. El chico, empuñando su talismán, trataba de concentrarse en medio de aquel infernal caos de aullidos, chillidos y rugido de motores, para convocar a alguna especie animal que fuera en su ayuda.

—Salvador, deberás luchar solo —gritó Andrés—, también yo deberé enfrentar solo al Todopoderoso Fusiónador. Fue lo que me reveló la roca.

—No logro comunicarme con ningún animal; ¡no me dejes, Andrés! —gritó Salvador, que comenzaba a considerar su poder como el más inútil de todos.

Pero el líder de los héroes sabía que el chico sería uno de los participantes importantes de la batalla que se estaba dando; lo sabía por las visiones que tuvo a los pies del Pulgar del Diablo. Debía infundirle confianza.

—Deberás esperar mi señal, Gran Domador —le gritó al impresionado niño—. Tú sabrás identificarla.

Dicho esto, se desvió en dirección a las máquinas perforadoras.

Lejos de allí, las dos chicas permanecían acorraladas por las bestias que, pese a las bajas sufridas, crecían en número y en furor. La pequeña Valentina tenía sus brazos agotados enviando ráfagas incesantes de niebla y nieve, y a Constanza le ardían insoportablemente los ojos de tanto abrasar a bestias con su mirada. Todo ello, en

medio de una atmósfera cada vez más enrarecida. Cuando estaban por rendirse, presas del cansancio y superadas largamente por los escuadrones de engendros, uno de estos dio un tremendo salto sobre Valentina, pero mientras volaba por los aires, una flecha se incrustó en su espalda y le salió por el pecho, atravesándolo completamente. Cayó al suelo dando un lastimoso alarido.

Desde atrás de unos montículos de nieve comenzó a volar un enjambre de puntiagudas flechas, que traspasaban los cuerpos de los amaroks, quienes sucumbían presas de un intenso dolor. Constanza intentó identificar la procedencia de los proyectiles y logró divisar las cabezas de varios hombres enfundados en gruesas pieles. De allí procedían las saetas envenenadas, que caían con gran precisión sobre las fieras, las que comenzaron a retroceder.

—¡Son guerreros inuits! —gritó Constanza, con alegría—. ¡Kalaalit debe haberlos traído!

Sin embargo el chamán no aparecía por parte alguna. Las chicas tuvieron un momento de descanso, mientras los guerreros del hielo seguían arrojando sus municiones y desbaratando bestias. Cogidas entre dos frentes, estas últimas vacilaban. De pronto, una serie de rugidos hizo temblar el hielo a sus pies. Por entre los mismos montículos de nieve en que habían aparecido los inuits, una legión de osos polares, de magníficos osos polares del Ártico, asomó rugiendo ferozmente, embistiendo a los amaroks, que comenzaron a huir en medio de una gran confusión. Llegaban comandados por el mismísimo Nanuc; es decir, por Kalaalit y Nanuc fundidos en un solo ser, combinando su poder y sus fuerzas. Así, por el lado sur de la explanada, comenzaba a abrirse un flanco en dirección a las máquinas, que continuaban perforando el hielo y se disponían a fundirlo. Los mejores guerreros y cazadores inuits, los osos polares de toda la región y las chicas del Arkanus, hacían retroceder a las bestias de las profundidades que, presas de pánico, retornaban a la planicie huyendo despavoridas.

En el extremo norte de la llanura, que se orientaba de este a oeste, la suerte no

estaba de parte de los demás héroes. Mark, trepado en el triciclo de Víctor, ayudaba a este a subir y bajar en el aire, golpeando lomos y hocicos con fuerza; pero a medida que dejaban fuera de combate a una fiera, aparecían dos para suplirla. Algunos amaroks más ágiles comenzaron a hostigar a Víctor, que apenas podía esquivar los terribles zarpazos y dentelladas. Mark advirtió el peligro que corrían con su amigo, al divisar a una de las bestias ocultándose en un montículo, a la espera de que el triciclo se acercase para saltar sobre él. Y así fue: en el instante mismo en que pasaban sobre el montículo, el engendro saltó sobre Víctor para tumbarlo. Pero Mark, que estaba alerta, dio un salto y lo interceptó en el aire, antes de que cayera sobre el desprevenido Hombre Pájaro.

Mark y el amarok rodaron por el suelo helado, con tan mala suerte que el chico quedó debajo del engendro. Este aprovechó para inmovilizarlo, usando sus oleosas patas para aplastar sus piernas. El chico trató de zafarse, pero no pudo. Sentía el aliento nauseabundo y humeante de la bestia a centímetros de su rostro y pensó que era su fin. Víctor se había alejado del lugar y no alcanzaría a volver a tiempo para socorrerlo. Mark estaba solo a merced de la bestia.

—¡Este es tu fin, humano! —rugió el engendro, que babeaba sobre su rostro. Mark trató de apartar el hocico enemigo, pero le fallaban las fuerzas, el peso del engendro lo ahogaba. La bestia dio un gran aullido y cuando se aprestaba a enterrar sus fauces en la cabeza del chico, recibió un feroz golpe en el hocico, que se lo partió en dos. Estupefacto, Mark vio que se hallaba a su lado una figura corpulenta, temblando de miedo, con un garrote en las manos.

—¡Hans! —gritó Mark, con una mezcla de sorpresa y alegría—. ¿Qué haces aquí?

—No aguantamos ver cómo los estaban acorralando y bajamos de la colina para intentar ayudarlos —repuso Hans, tratando de sobreponerse a su miedo.

Mientras Mark se abalanzaba hacia Olga, para calmarla, vio cómo los demás pintafocas se reunían a su alrededor, armados apenas con sus fierros, dispuestos a ayudarlos a costa de sus vidas. La sorpresiva presencia de Hans y de sus compañeros

ecologistas hizo recobrar fuerzas al héroe escalador y a Víctor, que había vuelto con su triciclo. Sin proponérselo, ambos héroes comenzaban a formar un pequeño batallón, que más que batallón, era un grupo de seres valientes y determinados, que luchaban por un suelo que amaban entrañablemente.

Las gruesas columnas de humo que habían empezado a brotar desde las máquinas, junto con sus estridentes bocinas y el sonido infernal de sus motores petroleros, señalaban el inicio de la temida licuefacción. El Todopoderoso Fusionador, el mismísimo petrolero corrompido, daba la orden de comenzar el dañino proceso. Su estrategia funcionaba: mantener lejos a los héroes y sus poderes, agotarlos con interminables ataques escalonados de amaroks, proteger a las máquinas, para que comenzaran la fusión, y liberar la sangre del Señor del Abismo. Sus ejércitos todavía se mantenían casi intactos; los amaroks enviados a la batalla eran los más débiles, la carne de cañón; sus fuerzas invencibles aún permanecían ocultas y descansadas.

LLAMADAS DESESPERADAS

Salvador llegó hasta media altura del monte helado, con su retaguardia cubierta por los valientes seis guardias de la Ciudad Subterránea, que con sus lanzas y flechas certeras mantenían a raya a las bestias que los perseguían. Pero las municiones se les acababan y también ellos comenzaban a agotarse; las fieras, en cambio, no disminuían en número y estaban por darles alcance.

El Gran Domador dudaba que pudiera convocar animales a estas soledades heladas, aunque en su interior sentía que algo imprevisto iba a ayudarlo en cualquier momento. Sí, la naturaleza no iba a abandonarlo y acudiría en su auxilio, como lo había hecho en ocasiones anteriores.

—¡Por aquí! —gritó Salvador, indicando una caverna cuya boca se divisaba a unos

metros de distancia. Pero antes de que pudieran entrar en ella, algunas bestias embistieron a los guardias que lo cubrían, haciendo caer a dos de ellos. Sus compañeros intentaron ir en su ayuda, pero ya era demasiado tarde. Abalanzándose sobre ambos caídos, las bestias se los pelearon a mordiscos y los devoraron rápidamente.

Sin darse cuenta de lo ocurrido, Salvador ingresó a la caverna helada por entre las estalagmitas que emergían del suelo. Angustiado, apretó en su bolsillo a su chicle poderoso y clamó con toda la fuerza de su mente al mundo animal, mientras en la entrada de la caverna sus afligidos compañeros contenían el paso de los amaroks con sus lanzas. Pero era evidente que no podrían detenerlos por mucho tiempo.

El chico, que veía cómo sus esfuerzos eran inútiles, se arrodilló en el piso, invadido por una gran tristeza. No lograba dar con la forma de continuar con éxito la lucha. De repente, el suelo de la cueva comenzó a crujir; no le cupo duda de que eran los amaroks, que ya habían sobrepasado a los guardias y venían por él. Unos resoplidos extraños y profundos, como la respiración de una gran bestia, lo llenaron de espanto.

—¿Así que aquí está el héroe que gusta de hacer bailar a los mamuts? —dijo una voz conocida.

—¡Musfar! —gritó Salvador, sorprendido—. ¡Musfar, estás aquí! —volvió a gritar, con su corazón exultante de alegría.

—Tú nos has llamado, ¿por qué te sorprendes? —dijo el gran mamut, esbozando una sonrisa.

En efecto, Salvador había pensado en ellos fugazmente, aunque sin esperanzas, dado que los mamuts habían asegurado que no participarían en ninguna guerra que involucrara a los hombres. El chico corrió hasta el animal y abrazó su gruesa trompa.

—Hazte a un lado, Gran Domador, vinimos a despanzurrar alimañas — dijo el mamut, apartándolo suavemente con sus colmillos.

Salvador sintió que el alma le volvía al cuerpo. En la gélida caverna comenzaba

un desfile interminable de grandes y poderosos mamuts, dando potentes trompetadas que hacían temblar las paredes. Uno de ellos cogió a Salvador con su trompa y lo subió a su lomo. El chico debió agacharse para no golpear su cabeza en la bóveda de hielo.

En el portal de la caverna aún luchaban los guardias con una turba de amaroks. Un tercer guardia había sucumbido y estaba siendo disputado por las bestias, que al ver acercarse a los enormes mamíferos del pleistoceno comenzaron a huir.

Así, desde el sur las chicas, los guerreros inuits y los osos polares; desde el norte Mark, Víctor y los pintafocas; y desde el oeste Salvador, los guardias sobrevivientes y el formidable ejército de mamuts, comenzaban a avanzar hacia las máquinas fundidoras, determinados a evitar que continuaran licuando los hielos árticos. Simultáneamente, desde las colinas habían comenzado a descender enjambres de amaroks, que habían permanecido ocultos hasta entonces; bestias más grandes y poderosas aún, más rabiosas y enfurecidas todavía. Montado sobre una de las máquinas, el Todopoderoso Fusiónador observaba con satisfacción cómo se producía la carga del grueso de su ejército. Había hecho liberar a las más espantosas criaturas de sus huestes, los temidos amaroks del Foso Negro, verdaderas bestias nacidas del petróleo, el ejército más despiadado, la guardia de elite, que se había guardado para el final y que atacaría por todos los flancos al singular ejército de humanos y fieras de la subtierra. Eran muy superior en número y, lo que es peor, las máquinas permanecían protegidas, allá a lo lejos, incólumes, emitiendo gruesas columnas de humo tóxico, perforando y derritiendo el hielo sin piedad.

Y fue allí, en el extremo occidental de la planicie, donde se produjo una de las batallas más feroces de que se hubiese tenido memoria en la historia de la Tierra. Con chillidos estridentes, rugidos furiosos y bramidos ensordecedores, los terribles amaroks del Foso Negro cayeron sobre las fuerzas del bien produciendo grandes bajas, especialmente entre los valientes y enormes mamuts, que luchaban en la vanguardia y a quienes los amaroks odiaban a muerte, por haberlos desterrado en el

pasado.

Andrés y los seis héroes que lo seguían desplegaron todos sus poderes para abrirse paso entre sus enemigos. Víctor, secundado por Mark, volaba de aquí para allá en el triciclo, destrozando cráneos con golpes certero. Valentina había descubierto arrojar hielo en forma de estalactitas, que atravesaban a las fieras en pleno pecho. Constanza hacía estallar en llamas a las bestias con su mirada portentosa y Salvador comandaba a los gigantes lanudos, que embestían a los amaroks con sus colmillos y trompas, o aplastándolos simplemente con las patas. La sangre espesa y oscura de los amaroks, mezclada con la roja de sus enemigos, comenzaba a teñir la nieve. Los inuits luchaban valerosamente junto a los osos polares. Nanuc, con sus zarpazos, descabezaba a dos amaroks de una vez, y hasta los pintafocos luchaban certeramente desde una de las colinas, premunidos de arcos y flechas proporcionados por los guardias de la subtierra. Sin embargo, el número de engendros no parecía disminuir y seguían abalanzándose con furia atroz sobre los héroes y sus seguidores, que no siempre podían combinar sus poderes para enfrentarlos. Andrés había logrado hacerse invisible una vez que penetró entre las huestes del Todopoderoso dado el ambiente de malignidad que lo llenaba de pavor. Alejándose del núcleo de la lucha, ahora se movía sin ser visto entre las máquinas, en busca del magnate esclavo del Señor del Abismo.

Mientras pasaba junto a las máquinas fundidoras, Andrés pudo apreciar su real envergadura. Ni siquiera los fuertes mamuts, si las embistieran, podrían voltearlas. Se hallaban enclavadas en el hielo, perforando y licuando. El ruido que producían era atroz, el calor sofocaba y el humo de sus escapes no dejaba respirar. Muchas de sus pértigas habían logrado ya atravesar el hielo, hasta traspasar la banquisa, y con el calor aplicado por sus estacas metálicas, comenzaban a derretirla inexorablemente. Andrés se decía que si lograba llegar hasta el Todopoderoso Fusionador, podría descabezar a su ejército y crear confusión en sus huestes. Pensaba que era su única alternativa, aunque ignoraba por completo con qué más podría encontrarse en aquel

lugar. Recordó a los ancianos de la Ciudad Subterránea, que hablaban del inmenso dominio de los Todopoderosos y recordó, también, que si los chicos no lo acompañaban, solo contaría con sus propios poderes, que aunque tan importantes como interpretar símbolos y hacerse invisible, ahora no le parecían suficientes para cumplir su misión.

Pasó cerca de unas horribles bestias gigantes, que permanecían enjauladas, esperando su momento, pues aún no habían sido liberadas. Se dio cuenta que el ejército del mal todavía no mostraba todo su poder y que guardaba para el final sus armas más destructoras. Trepó en silencio a una de las máquinas, que se encontraba detenida y sin su conductor, en busca de una panorámica mejor; intentaba hallar al comandante de los ejércitos del Abismo. Observó, entonces, que las operaban unos extraños seres enmascarados; parecían hombres, pero no lo eran. “Tal vez son humanos corrompidos por el mal”, pensó. Pero en parte alguna se divisaba al Todopoderoso Fusionador.

En la planicie, los amaroks del Foso Negro habían comenzado a hacer retroceder al improvisado ejército del bien. Muchos mamuts heridos se retiraban del campo de batalla, los cadáveres de otros yacían en el hielo, derrotados por el poderoso veneno de la mordida de las bestias.

—¡Musfar, acércate a mí! —gritó Salvador al gran mamut, que luchaba fieramente no lejos del chico. Musfar se acercó y Salvador saltó sobre su lomo—. ¡Llévame de regreso a la caverna!

El paquidermo no comprendió la orden del muchacho y siguió luchando.

—¡Gran mamut, debes llevarme a la caverna de hielo! —volvió a gritar Salvador—. ¡A la caverna por donde viniste!

—¡No abandonaré a mis hermanos! —exclamó el animal.

—¡Si quieres que sigan vivos debes obedecerme!

Al mamut le pareció que el chico tenía algún plan, aunque la derrota parecía inapelable. A regañadientes, se apartó de la lucha y subió de nuevo hasta el monte,

golpeando con sus colmillos a las criaturas que encontraba en su camino. Salvador se dio cuenta que una de sus patas mostraba la profunda mordedura de un amarak.

–¡Estás herido, Musfar!

–Es solo un rasguño –contestó el paquidermo.

–¡Pero el veneno de estas bestias es mortal! –dijo Salvador con tristeza.

Musfar comenzó a sentir cómo la toxina hacía efecto en su fatigado cuerpo, pero siguió adelante sin quejarse.

Habían llegado a la entrada de la caverna y el chico bajó del lomo del paquidermo y acarició su trompa.

–Espérame aquí, amigo mío, volveré enseguida y te curaré.

Se internó en la oscuridad, hasta perderse de vista. Musfar sintió que su cuerpo entero se dormía y que su visión comenzaba a nublarse, pero no quiso detenerlo, comprendiendo que su plan era más importante.

Salvador se arrodilló en el piso de la caverna y rebuscó en sus bolsillos a su chicle, su talismán. Apretándolo en su puño, se concentró con toda su mente. Buscaba desesperadamente llamar a los animales de las profundidades para cambiar la suerte de una batalla que se perdía sin vuelta. Unos pasos se sintieron en el fondo de la cueva, pero eran unos pasos débiles y titubeantes.

–¿Quién está ahí? –preguntó Salvador.

–¿Son ustedes, las niñas, quienes me llaman? –dijo una voz desde la oscuridad.

Salvador reconoció la voz que había escuchado alguna vez en la subtierra.

–¿Eres el rey que esclavizó a los hombres de piedra? –indagó.

–¡He ahí el punto! –respondió el hombre, apareciendo con su túnica raída y su corona oxidada. Salvador sintió una gran decepción al verlo y por no haber podido convocar a los seres que realmente eran capaces de ayudarlo.

–¿Qué haces aquí? –le preguntó con resignación.

–¡Aunque no nos has pedido ayuda a nosotros, precisamente, hemos venido a ayudarte! ¡Para que veas que no soy rencoroso! –respondió el reyezuelo.

–¿Hemos? –preguntó Salvador–. ¿Tú y quienes más?

–¡Yo y mi gran ejército! La verdad que esto de ser rey ya está pasado de moda, lo de capataz también, y en tiempos de guerra lo que se necesita son generales que guíen sabiamente a los ejércitos –repuso.

–¿Eres general ahora? –preguntó Salvador.

–¡Correcto! ¡Y fui elegido democráticamente!

–Bien ¿y dónde están tus ejércitos? –lo urgió Salvador, sabiendo que el tiempo atentaba contra los suyos.

El reyezuelo giró hacia lo profundo de la caverna y gritó:

–¡Ejércitos de las columnas del fin del mundo, os convoco al combate!

De pronto, desde la oscuridad, comenzaron a emerger los gigantes de piedra, los ingeniosos hombres de roca. Ahora formaban parte del ejército de este rey, que de nuevo los había convencido con su labia demagógica. Saludaron al chico y comenzaron a marchar en perfecto orden hacia el exterior de la caverna.

Salvador salió detrás de ellos con esperanzas renovadas. Había logrado, al menos, convocar a estos seres de gran fuerza y envergadura. A la salida de la cueva un bulto enorme les obstruía el paso.

–¡Musfar! –gimió Salvador, acongojado. El gran mamut yacía tirado en la entrada de la caverna, agónico–. ¡Musfar! –volvió a gemir el chico, arrojándose sobre el cuerpo del animal herido mortalmente.

–Ve con tus amigos –musitó el animal moribundo–. Ellos te necesitan.

–No, Musfar, no te dejaré aquí solo. Has acudido a mi llamada y debo cuidarte –dijo Salvador, desconsolado.

–He cumplido mi parte, chico, y ya no hay nada que hacer. La batalla no ha terminado y tus amigos te necesitan. Eres tú quien debe comandar a ese ejército de hombres de piedra. Son muy fuertes, pero ese rey tonto no sabrá conducirlos.

La respiración del mamut se hacía cada vez más lenta y dificultosa y su voz se apagaba.

–Amigo, tenías razón en no confiar en los hombres –dijo Salvador, sollozando.

–He vuelto a confiar en ellos –susurró el mamut–. Desde que los conocí a ustedes, que de verdad aman a este planeta maravilloso... Ve con ellos... que mi muerte y la de todos los mamuts de la subtierra no sea en vano.

–Perdóname, amigo mío –lloró Salvador –. Prometo que tu muerte no será en vano.

Con el rostro empapado en lágrimas, el chico cartonero retornó al combate.

El niveo campo de batalla del Círculo Polar Ártico estaba regado de cadáveres. Allí yacían tanto amaroks como muchos de los valientes defensores de la Tierra. El paisaje era desolador y una profunda angustia inundó el corazón de Salvador. Las máquinas continuaban incólumes, derritiendo los hielos, y era evidente que habían fracasado en el intento por detenerlas. ¿Cuál había sido la suerte de Andrés, que se había internado entre las máquinas y que aún no daba señales de vida?

Tras un montón de nieve, Salvador encontró a Kalaalit. Estaba sentado en el suelo helado, bastante maltrecho, con Víctor a su lado, mirando cabizbajo su radio a pilas.

–¿Y los demás? –preguntó Salvador, temeroso.

–Los perdimos –respondió Kalaalit, visiblemente conmovido–. Muchos han muerto y otros han huido a las colinas –agregó.

–¿Valentina y Constanza? ¿Dónde están las chicas? –preguntó Salvador alterado.

Kalaalit y Víctor callaban.

–¡Las chicas! –gritó Salvador, remeciendo al niño inuit.

Kalaalit lo miró con tristeza.

–Se las llevaron –respondió escuetamente.

–¿Cómo? ¿Quién se las llevó?

–Las bestias del Foso Negro. Las tomaron prisioneras y no pudimos evitarlo. Las llevaron donde el comandante de sus ejércitos.

–¡Pero cómo! ¿Y los gigantes de piedra? –preguntó Salvador, con un nudo en la garganta.

–¿Gigantes de piedra? No hay gigantes de piedra –respondió Kalaalit.

–Los envié al combate –exclamó Salvador.

Kalaalit lo miró incrédulo.

–No ha llegado ni uno solo de ellos –repuso el chamán.

Visiblemente abrumado, Salvador subió rápido a la colina y vio que al otro lado de ella estaba el reyezuelo. Arengaba a los gigantes, discursando sobre el valor que había que mantener en los combates.

–¡Pero qué haces! –le gritó al reyezuelo con indignación–. ¡Vinieron a pelear, no a escuchar discursos!

–Nosotros queríamos entrar de inmediato en combate, pero nuestro general nos reunió aquí –dijo uno de los gigantes.

–¡Hay que motivarlos! ¡Necesitan de las instrucciones de su general! ¡Soy un gran estratega! –respondió el reyezuelo.

Salvador lo miró con furia y se dirigió a los gigantes:

–Desde este minuto seré yo su general, solo deberán obedecerme a mí.

De inmediato, los gigantes parecieron estar de acuerdo. El reyezuelo trató de discutir.

–¡Tú te callas! –le gritó Salvador, y ordenándole a los gigantes que lo esperaran allí, para recibir sus órdenes, se dirigió rápidamente hacia los restos del ejército derrotado, hacia los pocos que quedaban ocultos tras las colinas heladas. Sobrevivían algunos osos y mamuts y solo dos guerreros de la subtierra, que permanecían desolados por la pérdida de sus compañeros. Mark, Olga y Hans se les reunieron, completamente exhaustos.

Entretanto, y desde distintos lugares del Ártico, habían comenzado a llegar nuevos grupos de inuits en sus trineos. Como pudo, Kalaalit salió a su encuentro. Entre ellos estaba su padre, al cual abrazó entre llantos. Salvador, por su parte, aún mantenía la secreta esperanza de que Andrés, introducido en las líneas enemigas, realizara alguna acción utilizando sus poderes. Aprovecharía la tregua, que sin acuerdo de las

partes se había producido espontáneamente ante tanta mortandad, y esperaría un tiempo antes de atacar con sus gigantes de piedra.

–Esperaremos una señal de nuestro líder para ir hacia las máquinas y rescatar a las chicas –señaló Salvador.

A lo lejos, los maléficos vehículos fundidores proseguían con su faena implacable, derritiendo el Ártico, para liberar la oscura sangre oculta de su amo.

CON MÁS CORAZÓN QUE FUERZAS

Las maltrechas fuerzas del bien aprovecharon la improvisada tregua para reponerse de sus heridas y reunir a los restos de un ejército, que en cierto momento fue numeroso y fuerte. Salvador le pasaba revista en silencio y solo los gigantes de piedra, con su fuerza descomunal, le daban cierta esperanza. Desde lejos podían sentir el zumbido de las máquinas licuando despiadadamente la banquisa de hielo. Kalaalit se acercó a él con su rostro iluminado.

–¡Son mis hermanos, vienen de todas partes del Ártico! –le dijo, mostrando los trineos que seguían llegando en forma ininterrumpida–. Son cazadores bien entrenados y muy valientes –agregó y corrió a recibirlos con alegría. Salvador asintió desganado; agradecía que estos valerosos aborígenes vinieran a luchar por sus tierras, pero en su interior sabía que su ayuda no era suficiente. Reunió a los otros chicos en secreto:

–Pase lo que pase debemos acceder a las máquinas y tratar de impedir que sigan derritiendo los hielos. Debemos hacer que los gigantes de piedra lleguen hasta ellas; poseen suficiente fuerza y empuje para destruirlas. Aprovecharemos su avance para ir al rescate de Constanza y Valentina. –Salvador miró a Mark y a Víctor, que permanecían más desesperanzados que él, sintiéndose tristes e impotentes–. Vamos,

chicos, no decaigan, la naturaleza no los abandonará y les renovará sus poderes. Miren a esos hombres: ellos confían en nosotros, no podemos decepcionarlos.

Enternecidos, vieron cómo seguían llegando trineos tirados por hermosos huskies, con silenciosos pero arrojados combatientes, con voluntad para luchar contra fuerzas mucho más numerosas y fuertes, y dispuestos a dar la vida para proteger el territorio que habitaban.

–Confiemos en que nuestro líder nos dará la señal para recomenzar el combate –dijo Salvador, alzando la voz, mientras un viento helado levantaba la nieve polvo de la superficie.

Por entre las máquinas, la figura invisible de Andrés se desplazaba silenciosamente, mientras unos furiosos amaroks del Foso Negro olfateaban el aire, percibiendo su presencia, pero sin lograr descubrirlo. El pánico que había invadido al héroe al ver la horrenda destrucción que causaban las máquinas, le permitió hacerse incorpóreo. Andrés buscaba cómo sabotear a aquellos vehículos aterradores, pero esta parecía ser una labor imposible. Tras unos minutos, todo pareció ensombrecerse aún más; había logrado llegar hasta el forado por donde las máquinas surgieron a la superficie, el centro mismo de los ejércitos del Abismo, su cuartel general.

Mientras un grupo de silenciosos hombres enmascarados trasladaba mangueras con combustible, alimentando las máquinas, en la mente de Andrés comenzaron a surgir las imágenes vistas en la isla de Kullorsuaq, los símbolos grabados en la roca misteriosa. El esclavo, el Todopoderoso Fusionador, el mismísimo lacayo del Abismo, ahora estaba cerca, muy cerca, y podía percibirlo. Los símbolos revelados le recordaban que debía enfrentarlo sin temor. Aunque la prueba en el Laberinto Oscuro lo había preparado para ello, un estremecimiento recorrió su cuerpo entero. El mal, en su forma más brutal, estaba cerca y su poder se dejaba sentir oscureciéndolo todo.

Tres amaroks del Foso Negro, enormes y horripilantes, aparecieron desde las

sombras avanzando hacia él. Venían sujetos por gruesas cadenas, cuyo astil lo sostenía un ser velado por la penumbra. “Me han descubierto por el olfato”, pensó Andrés. Pero no: rápidamente se dio cuenta que había vuelto a ser visible: los símbolos, recordó, ordenaban que debería enfrentar al Todopoderoso Fusionador cara a cara.

—Andrés —pronunció una voz desde lo oculto, voz que retumbó dentro de la cabeza del héroe—. Así te llaman ¿verdad? —el tono meloso de la criatura pretendía, desde las sombras, parecer considerado y amistoso.

—Andrés me llamo. Y soy el líder de las fuerzas del bien. Estoy aquí para enfrentarte. —Las palabras del líder sonaron firmes y decididas. El engendro rió con sarcasmo:

—Tú eres únicamente un intérprete —dijo—. No tienes poderes para desafiarme. —Las bestias encadenadas rugieron frenéticas, intentando zafarse de sus cadenas para devorarlo, pero el engendro las detuvo y prosiguió—: Los ancianos de la subtierra te engañaron y te han enviado a tu propia muerte. —Andrés no quiso creer en sus palabras. Aquellos afables y sabios hombres de la Ciudad Subterránea no podrían haberle mentado; eran hombres buenos, podía sentirlo—. Te enviaron al Pulgar del Diablo ¿verdad? Esa roca te mostró que debías enfrentarme, ¿no es cierto? —continuó el Todopoderoso, mientras Andrés comenzaba a llenarse de incertidumbres—. Esa roca está ahí desde hace milenios y nuestro señor la erigió cuando dominó la superficie, como una muestra de su grandeza y de su poder supremo. —La voz del engendro llenaba de vacilaciones la cabeza de Andrés.

—Tú quieres atemorizarme —repuso Andrés—. Llenarme de dudas y que no confíe en mis amigos. El Señor del Abismo ya intentó engañarme en aquella roca, en sus propios dominios, y no pudo hacerlo.

—No pretendo atemorizarte, hombre valeroso, solo pretendo que aceptes la realidad. ¿Cómo crees que podré derrotarte? Tus amigos están sobre las colinas, esperando tu señal, pero un ejército mucho más poderoso está listo para

exterminarlos. —Andrés sintió miedo e impotencia; así que el Todopoderoso sabía perfectamente lo que ellos tenían planeado—. El Abismo es omnipotente, Andrés; mira más allá de lo que ves y verás que en esta lucha están solos. La Tierra y la naturaleza son entidades inertes; has creído en una leyenda falsa, que leíste en una mediocre revista que guardas como un tesoro. —Andrés sintió el bulto de la revista en su bolsillo—. Solo has buscado perdonarte a ti mismo —prosiguió el engendro, reteniendo a los ansiosos amaroks encadenados—, olvidar tu amargo pasado. —El héroe recordó el Espejo de Agua y sus visiones—. Los seres humanos son una especie débil y destructora. ¿Cómo puedes confiar en ellos? Solo su desaparición permitirá que la Tierra logre perdurar.

Con un esfuerzo de voluntad y determinación, Andrés contestó con firmeza:

—Eso ya lo he escuchado antes; ni serpientes de fuego ni hombres corruptos podrán con nuestras convicciones. Hemos cometido muchos errores, es cierto, pero amamos este planeta y a todos los seres que lo pueblan. Es el Señor del Abismo —afirmó— quien ha corrompido las mentes de algunos hombres, como lo ha hecho con ustedes, que por su ambición desmedida han caído seducidos por el mal.

El Todopoderoso Fusionador dejó ver entonces su rostro, saliendo de la penumbra. Profundas llagas recorrían su semblante; su cuerpo era enorme y su sonrisa mostraba una dentadura negra y oleosa.

—Me conmueve ver cómo un ser frágil y pequeño es capaz de desafiar el poder de mi Señor solo por unas convicciones inútiles —rió irónico—. Pues bien —exclamó, alzando la voz—. Si insistes persistir en tu error, pagarás con la vida tu estúpida fe en una especie nefasta y decadente.

Dicho esto, el engendro soltó a los tres rabiosos amaroks, que se abalanzaron sobre Andrés, arrastrando ruidosamente sus cadenas. Las tres fieras saltaron sobre el líder, quien debió esquivarlas trepando a una de las máquinas. Pero fue solo un respiro, pues las ágiles bestias comenzaron a ascender tras él, por entre los cables y tubos del aparato. Andrés agarró rápidamente una de las mangueras alimentadoras

del vehículo y dirigió el chorro de negro combustible sobre las cabezas de las criaturas, haciéndolas caer. Pero estas se incorporaron aún más furiosas y se lanzaron nuevamente contra él. Andrés arrancó uno de los focos encendidos de la máquina y lo arrojó al cuerpo de uno de los engendros. El golpe quebró el vidrio del farol y puso en contacto el oleoso pelaje con la bombilla todavía incandescente. Por un segundo, el pelaje de la bestia llameó y luego ardió estrepitosamente, transfiriendo el fuego a sus compañeras. Dando aterradores aullidos, las criaturas comenzaron a golpearse contra los tubos de la máquina, y luego se perdieron bramando entre los demás vehículos.

Una densa humareda se apoderó del lugar, haciendo imposible la visión de Andrés, quien bajó hasta el piso en busca del Todopoderoso Fusionador. Por entre el humo espeso, este utilizó su báculo luminoso y le envió a Andrés un fuerte golpe de energía, que lo lanzó a varios metros de distancia. El héroe, semiaturdido, trató de incorporarse; se hallaba justo al borde del orificio por el que habían emergido las máquinas. De pronto sintió que se posaba sobre su pecho un enorme pie.

—Qué poca resistencia ofrece el líder de las fuerzas del bien —dijo el Todopoderoso, con mordacidad.

Andrés vislumbró la profundidad del agujero y recordó las visiones de Kullorsuaq: la lucha con el Fusionador debería darse en una caverna de hielo y no en el lugar donde estaban; en una caverna donde encontraría una milenaria espada de hielo para exterminarlo. Pero en ese instante dudaba de todo: de las visiones en la roca oscura, de los ancianos y sus consejos... todo le parecía ser una hábil trampa del Señor del Abismo. El Fusionador alzó su báculo para lanzarle al héroe una nueva descarga de energía:

—¡Aquí termina la insignificante historia de los siete héroes! —voceó—. ¡Y aquí comienza la era del Señor del Abismo! —volvió a exclamar, mientras Andrés, con todas las fuerzas de que disponía, y con un ímpetu que le vino de alguna misteriosa zona, agarró una de las botas aceradas del Todopoderoso y lo desestabilizó. Ambos

rodaron por la pendiente helada, cayendo en lo profundo de la caverna desde la que habían emergido los ejércitos del Abismo.

En lo recóndito del subterráneo congelado, Andrés trataba de recuperar el aliento. El golpe sufrido tras caer al foso lo había semiaturdido. Aunque su enemigo no se veía en parte alguna, sintió de pronto el eco de su risa rebotando en las paredes de hielo:

—Malditos humanos, creen estar conectados con dimensiones que ni siquiera comprenden —reía el Todopoderoso—. Creen que un dios los protege desde lo alto.

Andrés intentó ponerse de pie y logró dar dificultosamente unos pasos, al tiempo que trataba de identificar desde donde provenía la voz

—Morirás como una rata asustada —le amenazaba ahora el Todopoderoso—, sepultado en estas cavernas, en el más completo olvido, y nunca hallarán tu miserable cuerpo.

Tras estas palabras, y desde las sombras, el Todopoderoso enfrentó nuevamente al héroe, enviándole con su báculo otro potente golpe de energía, que lo arrojó contra la pared de hielo, cerca de un foso de petróleo que borboteaba ruidosamente.

—¡Te sumirás en la sangre de mi amo y pasarás a formar parte de nuestra estirpe! —tronó la voz desde la penumbra.

—¡Si yo no puedo derrotarte, lo harán mis amigos! —gimió Andrés, con voz temblorosa y dolida, gateando por el piso e intentando encontrar la espada de hielo que le habían señalado las visiones.

—¡Tus amigos! ¿Te refieres a ese grupo de niños indefensos que se ocultan en las colinas? —El Todopoderoso rió estrepitosamente.

En eso y en su semiconciencia, Andrés escuchó una voz que no era la del Todopoderoso, precisamente. No supo si estaba soñando o era real; la voz parecía desafiar al Fusionador y sonaba conocida.

—¿Quién osa reír en las profundidades? —se oyó de entre las sombras.

El Todopoderoso se sobresaltó. Había vislumbrado que se acercaba una enorme

forma humana.

–¡En estas cavernas está prohibido reír! –Andrés se sintió alzado por los fuertes brazos del gigante, que aparecía en escena, junto a un grupo numeroso de enormes hombres de hielo—. Ven conmigo, humano; mis parientes escarchados acabarán con este ser repugnante.

–¡Bubby! –exclamó Andrés con júbilo.

–No me llames así, que se burlarán de mí –dijo el gigante, haciéndole un gesto amistoso.

El Fusionador comenzó entonces a enfrentar a los enormes hombres de hielo, que lo acometieron sin miedo. Ahora, desde su báculo, les arrojaba furiosas descargas de fuego, que les provocaban cortes y profundas heridas en sus cuerpos congelados.

–Tendré que dejarte aquí –dijo el gigante a Andrés, posándolo sobre el suelo—. Mis parientes necesitan ayuda –y, dando unos pasos, se lanzó contra el engendro del Abismo.

Enloquecido de ira, este le envió un poderoso relámpago, que arrojó al gigante contra las rocas, con las ropas inflamadas. Andrés comprendió que la conmovedora resistencia de los gigantes era inútil ante el poder destructivo del Fusionador, que arrojó otra de sus ráfagas de energía al pozo de petróleo. El oleoso líquido comenzó a arder con estrépito.

–¿Dónde te ocultas, cucaracha humana? –gritó el engendro– Es inútil que te escondas, tu miedo te delatará.

Andrés estaba detrás del cuerpo del malogrado gigante, que trataba de reponerse de sus quemaduras.

–¡Eh, Bubby! ¿puedes distraerlo? –pidió Andrés.

El gigante, malherido, oyó que la cabeza de uno de sus parientes, que aún no se había fundido por completo, le hablaba:

–Arrójame hermano, arrójame contra él, yo lo sorprenderé.

El gigante recogió con sumo cuidado el cráneo helado de su camarada.

–¡Arrójame, hermano! –repetió la cabeza moribunda.

Conmovido, el gigante se puso de pie como pudo, y gritando: –¡Maldito engendro, mi amigo te destruirá –le lanzó la cabeza helada de su pariente, que dio en el rostro llagado del Todopoderoso, encegueciéndolo por un momento.

El Fusionador logró reanimarse y presa de una cólera espeluznante, comenzó a enviar descargas de energía en todas las direcciones, haciendo retumbar la caverna, que comenzaba a desmoronarse.

–¡Morirán sepultados, malditos cobardes! –rugía.

En ese instante, sorpresivamente y por detrás, apareció Andrés, con una afilada estalactita de hielo en la mano. Saltando sobre la espalda del sorprendido Todopoderoso, se la clavó en pleno corazón. El Fusionador, el lacayo del Señor del Abismo, el derretidor del Ártico, trató de librarse desesperadamente del líder de los héroes, que aferrado a su cuello le clavaba aún con más fuerza la estaca de hielo en el pecho. Cayó primero de rodillas, agitándose entero, luego empezó a temblar y sus ojos y boca a despedir una luz brillante y cegadora, y la energía maligna que él mismo producía lo envolvió por completo. El Todopoderoso Fusionador sucumbía presa de su propia malignidad.

Una formidable liberación de energía se produjo al interior de la caverna, lanzando al suelo a Andrés y al gigante. La explosión estremeció las cavernas vecinas y la planicie entera, y se dejó sentir como un fuerte temblor en todo el Océano Ártico. El primero de los siete todopoderosos lacayos del Señor del Abismo dejaba de existir gracias a la mágica espada de hielo que pregonaron los ancianos, que no era otra cosa que una milenaria estalactita, forjada durante siglos en el más completo silencio; una vértebra, una astilla misma del Ártico, que cobraba el precio a quienes habían osado profanarlo.

–¡La señal! –gritó Salvador, al sentir, en medio del enjambre de máquinas, la gigantesca explosión–. ¡Es la señal de Andrés!

La esperanza de la victoria les volvió al cuerpo a los menguados ejércitos del

bien. Con renovados bríos, descendieron de las colinas, acometiendo nuevamente a los temibles amaroks del Foso Negro y a las máquinas fundidoras. Pero la horda de bestias malignas que ahora les salía al encuentro, había perdido su ímpetu; presentía que su Señor había sido derrotado.

Impulsados por el entusiasmo y la presencia avasalladora de su nuevo líder, que sentía que los vientos de la batalla soplaban ahora en su favor, los gigantes de piedra se abalanzaron sobre las máquinas perforadoras, arrollándolas, despedazándolas y destruyéndolas con sus formidables puños de piedra. Sobre la colina, el ex comandante de las columnas del fin del mundo, el reyezuelo de las profundidades, miraba con satisfacción.

—¡Eso es, mis valientes guerreros! ¡Estrategia y organización! ¡He ahí el punto! —ordenaba desde lo alto, en un lugar lejano y seguro.

Sin embargo los amaroks del Foso Negro no se daban por vencidos y lograron liberar de sus jaulas a un tropel de bestias que aún mantenían en retaguardia. Era el aletazo de ahogado de las fuerzas del Abismo, descabezadas, sin comandante, pero dirigidas desde la profundidad de la Tierra por el mismísimo Señor del Abismo. Este les ordenaba ahora que condujeran a las profundidades a las chicas que mantenían prisioneras. Las quería como rehenes.

En el campo de batalla, Salvador alcanzó a divisar a tres colosales bestias, que avanzaban iracundas.

—¡Son los carceleros del Abismo! —gritó Salvador, recordando otra de las revelaciones que recibiera Andrés en la isla de Kullorsuaq. Alzaban por los aires a los poderosos gigantes de piedra, como quien levanta cojines de pluma, y los aventaban lejos.

Un destacamento de amaroks aprovechó la lucha para huir por los hielos, trasladando a Constanza y a Valentina amordazadas, dentro de una jaula cubierta, sin que nadie pudiera evitarlo.

Desde las colinas, los pintafocas, los guerreros y los valerosos inuits lanzaban

flechas y lanzas sobre las bestias recién llegadas, que parecían verdaderos remolinos de destrucción. Algunos gigantes de piedra los enfrentaban con sus duras manos, pero eran rechazados lejos con facilidad.

—¿Cómo acabaremos con estos monstruos? —preguntó Mark a Salvador.

—¡No lo sé! —respondió este—. Mi talismán no funciona. ¡Solo Andrés debe conocer la respuesta! —agregó.

La gigantesca figura de Bubby emergió desde debajo de la helada cubierta de nieve. Era el mismo sitio donde una vez estuvo el foso por el que aparecieron las máquinas, y por donde Andrés y el Todopoderoso Fundidor cayeron luchando ferozmente. Aunque bastante estropeado, el gigante logró salir al exterior, preocupadísimo por proteger un pequeño bulto que sobresalía de su abdomen. Parecía un marsupial que carga a su cría con esmero, protegiéndolo del frío. Traía a Andrés; lo había resguardado con su propio cuerpo del aluvión que les cayó encima. Lo extrajo de sus ropas y lo puso sobre la nieve delicadamente. Andrés estaba consciente a medias; casi una tonelada de hielo había sepultado a ambos, pero el valeroso gigante lo protegió en cada momento, a riesgo de su vida. El líder trataba de recuperarse; había derrotado al primero de los todopoderosos del Señor del Abismo, pero había quedado bastante malherido.

Las máquinas que aún no habían sido dañadas permanecían silenciosas e inmóviles; ya no derretían el hielo. Lo que antes fue un concierto de perforaciones, fusiones, motores, bocinas y gases tóxicos, parecía ahora un cementerio metálico silente e inanimado. Algunos amaroks moribundos deambulaban por el lugar, dando aullidos de dolor antes de perecer.

Entre las máquinas se agrupaban silenciosos los misteriosos hombres enmascarados, los que operaban los vehículos fusionadores, hombres que contra su voluntad fueron corrompidos por el Todopoderoso Fusionador. Se los veía desorientados y taciturnos, reunidos en aquel lugar sin saber qué hacer. Pese a su

incierto estado, Andrés pudo advertirlo y recordó otra de las revelaciones de la roca de Kullorsuaq, la más confusa de todas, que en su momento no logró comprender; una visión que le habló sobre los redimidos, sobre unos seres que él debía liberar de su esclavitud. Ahora, al ver a esos hombres desdichados, entendía lo que se le había revelado. Asistido por el gigante, se puso dificultosamente de pie para ir a su encuentro. Los seres sin rostro se inquietaron al ver a los que llegaban y trataron de ocultarse entre los aparatos mecánicos.

—No teman —dijo Andrés—. No les haremos daño, estamos aquí para pedirles su ayuda. —Los hombres enmascarados se miraron entre sí, con desconcierto, y comenzaron a asomar sus cabezas desde detrás de los vehículos—. Esta es la oportunidad para que se liberen de su esclavitud, para que se salven, para que vuelvan a recuperar su voluntad y dignidad perdidas. —Andrés hablaba como transportado, como si alguien sabio e iluminado hablara por él—. El Todopoderoso Fusionador los ha subyugado —continuó—, nada pudieron hacer para evitarlo, pero ustedes fueron hombres alguna vez, trabajadores, obreros con poder de decisión... percibo que dentro de ustedes todavía queda humanidad...

Los hombres lo miraron curiosos, como tratando de comprender sus palabras, pero aún parecían confusos e incrédulos. Poco a poco fueron descubriéndose el rostro, quitándose sus gruesas máscaras negras y mostrando una faz repleta de profundas llagas. Con sus ojos oscuros y ensombrecidos, querían mostrar a Andrés que para ellos ya no había salvación, que todo estaba perdido, que la corrupción de sus voluntades y de sus cuerpos era irreversible.

—No es necesario que me muestren sus rostros —señaló Andrés—. Lo que yo veo lo percibo dentro de ustedes, en sus almas, en sus corazones, la bondad que aún persiste en su interior y que quiere liberarse. —Los hombres se miraron entre sí, para apreciar sus propios rostros lacerados, logrando distinguir por un momento sus antiguos semblantes, sus caras humanas, que alguna vez les fueron arrebatadas por el mal.

Uno de ellos avanzó hasta Andrés y el gigante, que permanecía silencioso a su

lado, y puso su máscara en el suelo; luego lo fueron haciendo uno a uno, todos, como un ritual de sanación, de redención, de liberación de aquel sometimiento que el Señor del Abismo les había impuesto. Andrés se sintió conmovido y alegre a la vez; comprendió que estos hombres, corrompidos contra su voluntad, querían salvarse de su infausto destino.

—Les prometo que las fuerzas del bien los acogerán —les dijo con convicción—. Quedarán salvos de sus llagas y heridas y podrán perdonarse a sí mismos. Y ahora nos ayudarán —añadió el líder—. Ustedes son nuestra última esperanza.

Desde lejos llegaba el fragor de un combate arduo y destructivo. Las nuevas bestias continuaban luchando contra los restos de las huestes del bien. Los héroes, los animales, los inuits, las pétreas criaturas de la subtierra resistían con una tenacidad conmovedora.

—Algunas máquinas están nuevamente en movimiento —exclamó Salvador, observando cómo, a lo lejos, muchos de los imponentes aparatos retornaban al campo de batalla.

—Estamos perdidos —reflexionó Mark, que miraba a los vehículos con desesperanza, mientras ambos permanecían protegidos tras las colinas—. Debemos salvar a nuestros sobrevivientes, aceptar la derrota y tratar de rescatar a las chicas —agregó el joven escalador.

Salvador, sin embargo, mantenía su secreta ilusión.

“Andrés, ¿dónde estás?”, pensaba, deseando que el intérprete se encontrara vivo y pudiera usar sus poderes.

Una veintena de máquinas se desplazaba por la planicie, desprendiendo de sus escapes gruesas columnas de humo. Habían alzado sus pértigas fundidoras mientras se acercaban a las bestias poderosas. Uno de los aparatos se apartó del grupo y comenzó a avanzar hacia la colina donde se hallaban Salvador y Mark.

—¡Se acerca a nosotros! —exclamó Salvador. Mark se sobresaltó. El niño lo

contuvo, agarrando su brazo con fuerza—. Espera —le dijo—, se ha detenido.

Sorpresivamente, de la máquina descendió Andrés de un salto, y el vehículo retornó de inmediato donde las otras máquinas.

—¡Es nuestro líder! —exclamó Salvador—. ¡Es Andrés!

Este corrió hacia los chicos, gritando radiante:

—¡Ellos nos están ayudando! ¡Son los redimidos! —y luego, agregó—: ¡Te debía una, Salvador, y no me gustan las deudas!

La veintena de aparatos fundidores había rodeado a las bestias. Los horripilantes engendros se abalanzaron de inmediato sobre las máquinas, empezando a destruir a la más cercana. Los demás vehículos aprovecharon el momento para formar un círculo en torno a las bestias y clavar con fuerza sus pértigas en el hielo. Conduciéndolos, los hombres sin rostro se liberaban de su fatal destino ante la atenta mirada de todos. Con sus pértigas candentes, abrieron un gran foso en el hielo, hacia el que lograron empujar poco a poco a los engendros, haciéndolos caer en lo profundo. La alta temperatura de las pértigas había ampliado la boca del foso, que absorbió a las máquinas fundidoras y a los enmascarados redimidos. Todos perecieron, hundiéndose inexorablemente en las entrañas de la Tierra.

Los restos del ejército del Abismo, los pocos amaroks del Foso Negro que aún sobrevivían, se arrojaban a la cavidad suicidándose, humillados por la derrota, dando lastimeros aullidos de vergüenza por su fracaso.

De pronto, la planicie entera, que poco antes había sido un feroz campo de batalla, quedaba en total silencio. Desde las colinas comenzaron a descender los sobrevivientes del ejército del bien: osos polares, mamuts, inuits, gigantes de piedra, pintafocas, guerreros de la subtierra... La gran batalla del Ártico había terminado.

EL RESCATE

Tras la categórica victoria sobre el Todopoderoso Fusionador y sus ejércitos, los héroes y los inuits corrieron presurosos a los trineos que esperaban sobre la colina. Constanza y Valentina habían sido hechas prisioneras y debían rescatarlas.

Una legión de amaroks avanzaba velozmente por la estepa de hielo, deslizando la jaula que transportaba a las cautivas. Estas eran llevadas hacia lo profundo del polo, atadas, amordazadas y con vendas en los ojos, de modo que no pudieran utilizar sus poderes. Fijando sus ojos amarillos en un punto específico ante ellos, los engendros jadeaban agotados; su Señor los había convocado y apuraban el tranco a todo lo que permitían sus oleosas patas.

Detrás de ellos, y a una distancia no muy grande, los trineos de los héroes y de los inuits se deslizaban en su persecución. Kalaalit y sus hermanos lideraban el cortejo. Los seguían los cinco héroes, que mantenían dificultosamente el veloz paso de los nativos, expertos jinetes del hielo. Aunque la victoria sobre los ejércitos del Señor del Abismo había sido rotunda, sentían en sus corazones que mientras no rescatasen a sus compañeras, la batalla no había terminado. Era preciso liberar a las chicas antes que las bestias encontraran una entrada a las profundidades, donde sería imposible alcanzarlas.

—¡Ya puedo divisarlos! —gritó de pronto Kalaalit, azuzando a los huskies.

A lo lejos se veía la caravana de engendros, a la que comenzaban a aproximarse.

Los trineos lograron finalmente alcanzarla. Los amaroks que escoltaban a la celda con las prisioneras, comenzaron a embestir a los trineos, logrando destruir algunos. Durante un rato se produjo una contienda de acometidas y choques entre las bestias y los inuits. Estos utilizaban sus lanzas y flechas con gran maestría, pero eran contenidos por la aterradora bravura de los engendros. Aprovechando la confusión de la lucha, Kalaalit saltó sobre un costado del vehículo que transportaba la celda. A punto de caer, logró asirse de los grilletes de la jaula, y agarrándose peligrosamente de las cadenas que la retenían, consiguió escalar hasta su cubierta. Allí lo esperaba

una horrenda criatura, que le lanzó de inmediato un mordisco furioso. El chico alcanzó a esquivarlo apenas, y metiendo rápido una mano en su alforja, sacó algún polvo misterioso que arrojó a los ojos amarillos de la bestia. Cegada, esta comenzó a deambular por el techo de la celda rugiendo, hasta que las bruscas oscilaciones del trineo lo hicieron perder pie y caer estrepitosamente al hielo.

Kalaalit soltó una a una las cadenas de la jaula, mientras trataba de mantener el equilibrio ante los vaivenes continuos del carruaje. De pronto, el pesado cajón de hierro, libre de las férreas sujeciones, cayó del trineo, arrastrándose por largo trecho sobre el hielo, hasta detenerse completamente. Los dos amaroks que conducían el vehículo, viendo que nada podían hacer, se perdieron huyendo en la bruma.

En la jaula encontraron a las chicas amordazadas y un poco aturdidas, pero felices de ser rescatadas. Los siete héroes se reunían nuevamente, sintiendo ahora el verdadero sabor del triunfo.

ADIÓS A LOS HIELOS

A los trineos victoriosos los esperaban en la aldea inuit muchas mujeres y niños, que corrieron alegres a su encuentro. El recibimiento fue cálido y afectuoso; en él se fundían la admiración y el agradecimiento a quienes habían luchado denodadamente por el territorio que los cobijaba.

Pero junto a la alegría reinó también la tristeza. Muchos hombres y criaturas de diversas especies habían quedado durmiendo eternamente en aquella planicie blanca. Sus nombres quedarían grabados para siempre en la memoria del Ártico y en los cantos y poemas de los ancianos. Cada colina helada, cada glaciar, cada témpano de hielo, sería testimonio de las hazañas de los valerosos personajes que derrotaron el mal para salvar aquel paraíso helado.

Los héroes se despidieron emotivamente de los dos guerreros de la subtierra que habían sobrevivido y que ahora emprendían el retorno a la Ciudad Subterránea. Cuatro de ellos habían perecido en el combate, luchando hasta sus últimas fuerzas. El abuelo de Kalaalit se acercó al grupo de héroes y comenzó a honrarlos en la lengua de sus ancestros y luego los bendijo. Enseguida le habló a Andrés, el intérprete, que entendió claramente sus sabias palabras. Le reveló que el Señor del Abismo no descansaría y que su próximo ataque sería en una selva impenetrable, en un lugar muy lejos de allí, donde el sol se agiganta y el cielo llora su tristeza a cada momento. Andrés comprendió que se trataba de una selva intertropical, una selva llena de vida, que estaba sucumbiendo minuto a minuto, arrasada por la civilización y el progreso. Luego de esto, los héroes abandonaron la aldea, mientras jóvenes, ancianos y mujeres se inclinaban reverentes.

El grupo avanzó silencioso hacia la costa, en busca del barco de Hans y de los ecologistas, que los esperaban. Tras unos minutos de recorrido, sucedió algo imprevisto: una caravana de trineos les dio alcance y estos empezaron a girar alrededor de ellos, formando un círculo perfecto. Los guiaban los hijos de los inuits, que comenzaron a gritar ululando, sonrientes y con una mano en alto, una forma de despedida que llenó de emoción a los héroes. Los pequeños nativos los festejaban dichosos y agradecidos. Luego de la conmovedora manifestación de gratitud, los trineos de los niños se perdieron en la niebla por el mismo camino por donde habían llegado.

Una vez en la costa, los héroes fueron recibidos por Hans, Olga y los demás pintafoques, que terminaban los preparativos del largo viaje que harían por los archipiélagos del norte canadiense. Emprendían el regreso hacia el sur, desde donde habían venido hacia muchas jornadas.

Comenzaron a abordar el barco, subiendo las pocas pertenencias con que contaban. Salvador miró a lo alto de la colina y pudo vislumbrar las difusas imágenes de un blanco oso polar y de un gran mamut lanudo, que los observaban

desde las alturas.

—Son los espíritus de Nanuc y de Musfar —dijo Kalaalit—, que nos desean buen viaje.

Salvador no pudo evitar sentir una gran emoción al ver a su amigo mamut, el valiente paquidermo que brindó su vida en la batalla del Ártico. Levantó su mano al mismo tiempo que Nanuc y Musfar le hablaron:

—Adiós, héroes magnánimos —oyó en su interior—, han dado un respiro al planeta. Permanezcan siempre unidos, luchando por el bien con fe inquebrantable. Ganamos esta batalla, pero la guerra recién comienza.

Por la mejilla de Salvador rodaron lágrimas, mientras les contestaba en su mente:

—Gracias, valientes compañeros, es tiempo que vayan en paz a reunirse con sus antepasados.

Constanza se acercó al chico, lo tomó de una mano, secó con ternura las lágrimas de su rostro y lo condujo al barco que los esperaba en la orilla.

Los siete guerreros del Arkanus abordaron la nave de los pintafocas. Muy lejos de allí, un nuevo desafío los esperaba; un nuevo paisaje, diametralmente distinto al que dejaban, requería de su entrega y de sus poderes. Diversas especies los aguardaban con la ilusión de ser amparadas y socorridas. En cada rincón del planeta cundió la esperanza, corrió el rumor de que un grupo de seres humanos, de siete héroes asombrosos y extraordinarios, habían derrotado al Señor del Abismo y luchaban por defender a todos los seres de la naturaleza.

En la cubierta del barco, que avanzaba en silencio por las aguas del estrecho de Davies, los chicos reían alegremente y hacían diversos gestos con las manos, mientras Andrés trataba de permanecer concentrado observando el horizonte.

—¿Qué hacen? —les preguntó finalmente, con curiosidad.

—Inventamos nuestro saludo, el saludo de los héroes del Arkanus —repuso Salvador.

—¿Y cómo es ese saludo? —preguntó Andrés.

Los chicos levantaron al mismo tiempo dos de sus dedos, formando la V de la victoria.

—Me parece bastante poco original —se burló Andrés.

—¿Y qué nos recomienda nuestro jefe? —bromeó Mark.

Andrés levantó sus dedos, formando una A con sus índices y sus pulgares, signo que pudo ver en la roca de Kullorsuaq y con la que derrotó a Nesfar, Ineter y Goldan.

—Este, chicos, es el signo del Arkanus.

Los chicos estuvieron de acuerdo con la idea de su líder y comenzaron a saludarse con la A de la leyenda. Permanecieron un buen rato divirtiéndose con su nuevo saludo.

Fue así como nació el signo que evocaría a los guerreros del Arkanus: la A de los siete héroes.

Una gran bandada de charranes del Ártico comenzó a sobrevolar el barco, formando enormes círculos en el cielo; las morsas rodearon la nave, dando aletazos y mostrando sus colmillos formidables, mientras una inmensa ballena de Groenlandia, uno de los seres vivos más longevos del planeta, daba un espectacular salto en agradecimiento a los valerosos guerreros.

Muy lejos de allí, en lo hondo del Abismo, la tenebrosa efigie de petróleo se agitó; el odio conmovió la sima de la Tierra y sus profundidades comenzaron a temblar, haciendo crujir rocas y cavernas. El segundo de los Todopoderosos esclavos, el Todopoderoso Talador, abrió sus ojos amarillos, daba un horrible y estruendoso alarido y partía a su destructora misión a un nuevo punto del planeta.

Dentro de la efigie aterradora que se estremecía, continuaba cautivo el Señor del Abismo, condenado al tormento eterno, cegado por el rencor y sediento de venganza. Su ser continuaba activo, furioso y humillado por su derrota y su fracaso. Aborrecía más que nunca a la naturaleza, a la especie humana y, sobre todo, a esas siete criaturas pequeñas y sencillas que lo habían vencido.

Ajenos a ello, los siete guerreros del Arkanus, los héroes del Ártico, el grupo cuyo

mayor poder era la fuerza de su espíritu y la inquebrantable amistad que los unía, ya estaba en marcha. El Amazonas sería su próximo destino.

⁷ Ártico: Del latín *articus*, del griego *artikos* = oso.

⁸ Antártica: Del latín *antarcticus*, del griego *ant/artikos*=opuesto/oso).

⁹ "Tierras verdes" en idioma inuktitut.

